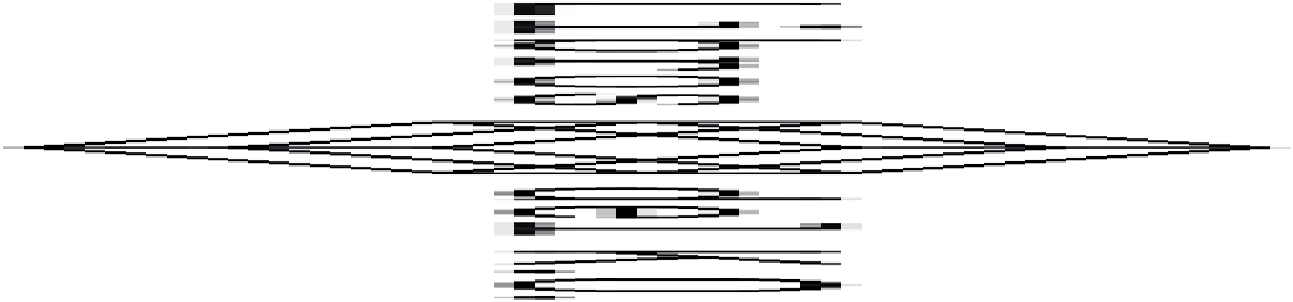
ASALTO AL BANCO CENTRAL

Mar Padilla

Libros del K.O.

asalto al banco central

Mar Padilla



PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2023

© Mar Padilla Esteban, 2023

© Libros del K.O., S. L. L., 2023
Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511
28020 - Madrid

ISBN: 978-84-19119-21-6
CÓDIGO IBIC: DNJ, JKVJ
DISEÑO DE PORTADA: Patricia Bolinches
MAQUETACIÓN: María O'Shea
CORRECCIÓN: María Campos y Melina Grinberg

A Nora, Enric y Tolo

«La gente corriente es tan importante
como usted, quienquiera que usted sea»

Joseph Mitchell, periodista

Primera parte

1. 23 de mayo

Todos los días son cotidianos hasta que dejan de serlo. El 23 de mayo de 1981 la mañana luce azul, casi envuelta en cristal. En breve se torcerá y un aire de terror recorrerá el país. Pero en esas primeras horas el fulgor de la primavera se refleja en los zapatos que lustran los limpiabotas de la plaza de Cataluña de Barcelona y en las sucias mesas de metal del Café Zurich.

Ya no falta tanto para el mes de junio y el rumor del verano se intuye en el leve hedor de las pescaderías del mercado de la Boquería, donde varias mujeres se arremolinan en torno a las cajas de sardinas plateadas. Unas las rebozarán, otras las cocinarán en escabeche y la mayoría las preparará con ajo y perejil. En el camino de vuelta a casa, acompañadas por el baile de los plataneros de la Rambla de Barcelona, las sardinas —algunas con ojos rojos— coletean envueltas en periódicos.

Entre escamas, la tinta del papel que acuna el pescado habla de una epidemia de neumonía de origen desconocido, de la destitución de Iñaki Gabilondo como jefe de Informativos de Televisión Española por culpa de un programa sobre la OTAN, de la salud del papa Juan Pablo II tras el atentado en la plaza San Pedro en el Vaticano, de «recuperar la ilusión» y la disciplina en las filas de las Fuerzas Armadas tras el 23F —ocurrido tres meses antes—, y de que, según palabras de François Mitterrand, el nuevo presidente francés, «Europa no admitirá una España golpista».

Más tarde, en otra parada de pescado de la Boquería, entre gambas de Palamós y cabezas de rape monstruosas, una radio anunciará el nombramiento del teniente coronel Emilio Alonso Manglano como nuevo director del Centro Superior de Información de la Defensa (CESID), los servicios secretos españoles, uno de cuyos altos mandos, José Luis Cortina, está presuntamente implicado en la trama del golpe. En su nuevo puesto, Manglano jurará «obtener, evaluar y facilitar cuanta información sea necesaria para prevenir todas las acciones de desestabilización contra la democracia española».

El 23 de mayo es sábado. La calle huele a desinfectante, a café negro, y el sueño de libertad que son las vacaciones está cada vez más cerca.

En cuanto asomó la cabeza, el año 1981 lució pálido, casi enfermo. España era un país «internacionalmente indefinido, internamente inseguro», en palabras de los periodistas Jáuregui, Cernuda y Menéndez, en estado político de coma por la dimisión sorpresa del presidente del Gobierno Adolfo Suárez, por el envalentonamiento de la ultraderecha, por la crisis económica, por los cadáveres del terrorismo.

El mes de mayo nace casi disimulando, con denodados esfuerzos de

normalización democrática tras el intento de golpe de Estado.

Mayo es un mes sangriento que despierta con atentados de la extrema derecha, de la extrema izquierda, con atentados perpetrados desde fuera y desde dentro del sistema, desde el decrépito aparato franquista que, entre las bambalinas de las instituciones democráticas, combate por el regreso al pasado.

El día 4 de mayo, un comando de los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO) mata a tiros a los guardias civiles Justiniano Fernández y Francisco Montenegro, miembros de un grupo Antiatracos, cuando tomaban un café en el bar La Parra, en el barrio del Turó de la Peira, en Barcelona. Casi a la misma hora, en Madrid, otro comando de los GRAPO asesina al policía Ignacio García y al general Andrés González de Suso cuando salía de su casa en la calle Hermosilla.

El doble atentado sucede en un momento muy crítico. Apenas unos días antes el periódico *Diario 16* había publicado unas declaraciones sumariales de Antonio Tejero al juez sobre la preparación del 23F, una filtración que, según *El País*, desprestigiaba al rey y al CESID, y favorecía a los golpistas y a sus simpatizantes. Estos son muchos de los que están en los cuarteles, los civiles vinculados directa o indirectamente a la extrema derecha, los que envían postales, cartas y regalos al teniente coronel Tejero, esos que hacen cola para visitarle en la cárcel de Alcalá de Henares. Tantos que se decidió trasladar al detenido a la prisión militar del Castillo de la Palma, en El Ferrol.

Según avanza el mes sigue la cuenta sangrienta. El 7 de mayo, dos terroristas de ETA subidos en una moto Ducati colocan una bomba encima del coche oficial del general Joaquín de Valenzuela, miembro del personal de Juan Carlos I. La explosión causa heridas graves al general, mata a sus tres acompañantes —el conductor Manuel Rodríguez, el suboficial Antonio Noguera y el teniente coronel Guillermo Tevar— y deja una veintena de transeúntes heridos por las aceras. Poco después, una manifestación de miembros de la ultraderecha grita proclamas a favor de Franco.

A la mañana siguiente, a las doce del mediodía, el país guarda silencio en repulsa de los atentados. Durante dos minutos el tráfico se detiene, enmudecen las radios y las personas, como en una revolución de maniquíes, permanecen inmóviles en las calles. Más tarde, en el Consejo de Ministros se debate la posibilidad de declarar el estado de excepción, pero la idea no prospera porque la ley correspondiente a dicha declaración aún no ha sido aprobada. Así de joven era la democracia española.

Llega el 10 de mayo y el terror no se detiene. Cerca de Roquetas de Mar aparece un coche carbonizado con tres jóvenes muertos en macabra compañía de un reguero de pistas falsas. Viajaban de Santander a Almería para asistir a la primera comunión del hermano de uno de ellos. Su plan era quedarse unos días para conocer las playas tranquilas de la Costa Blanca. Pero no pudo ser. Tuvieron una avería, cambiaron su SEAT 127 por un Ford Fiesta y eso les costó la vida. En plena psicosis por los atentados terroristas de los últimos días, unos guardias civiles los confundieron con un comando de ETA que huía con un coche similar. Los

detuvieron, los torturaron hasta matarlos y, después, al comprender su error, disfrazaron el crimen de accidente de tráfico. La familia luchó por la verdad y al abogado de los familiares de las víctimas, Darío Fernández, le colocaron una bomba en el coche. «Ocurrió algo más que un trágico error cuando Luis Cobo, Juan Mañas y Luis Montero fueron obligados a interpretar los papeles de los etarras Mazusta, Bereciartúa y Goyenechea Fradúa hasta morir mil kilómetros al sur», escribió después el periodista Antonio Ramos.

Con tantos muertos a sus espaldas en tan pocos días, el 23 de mayo la democracia, con apenas seis años de vida, despierta desvalida, casi tiritando. El terrorismo poliédrico alimenta la sensación de fragilidad y agranda la brecha de la convivencia, especialmente entre la sociedad civil y las Fuerzas Armadas. La casi nula renovación de los cuadros franquistas, la desesperación de estos por las cifras de asesinados a manos de terroristas y el aislamiento físico y mental de militares y guardias civiles —parapetados en casernas y casas cuartel— los mantiene al margen de la pujante realidad democrática. Un distanciamiento que se agravó abruptamente con la intentona golpista del 23 de febrero.

En esa primavera, el Gobierno de Leopoldo Calvo-Sotelo se esforzará por frenar el creciente abismo de desconfianza hacia lo militar y preparará con detalle la Semana de las Fuerzas Armadas. Este año toca en la IV Región Militar, en Cataluña, y el Gobierno lleva meses organizando una serie de actos de acercamiento entre la población civil, los militares, la Guardia Civil y la figura del rey.

Jordi Pujol, el joven presidente de la Generalitat, ayuda en los preparativos y ha encargado la confección de una bandera española —aún con el águila negra— de dimensiones gigantescas. Mientras, Narcís Serra, alcalde de Barcelona, sigue al detalle los preparativos de los actos previstos en la ciudad. Circula la anécdota —recogida por Julia Luzán en la revista *La Calle*— de que el Teatro del Liceo —donde está previsto que acuda Juan Carlos I en esa semana de fastos— es obligado a última hora a cambiar la ópera en cartel. Se interpretará *Eugene Onegin* en vez de *Borís Godunov*. Alguien ha caído en la cuenta de que una de las más importantes escenas de esta última es un regicidio.

El acto de cierre de la Semana de las Fuerzas Armadas será un desfile militar de 13.000 soldados en la avenida Generalísimo Franco —conocida popularmente como «la Diagonal»—, con la presencia de la familia real y el Gobierno español y catalán en pleno. En esta campaña de acercamiento entre piezas tan diferenciadas de un mismo puzle todo esfuerzo es poco. La ciudad amanece empapelada de carteles que dicen «Guardia Civil. Hombres al Servicio del Pueblo Español».

Ese 23 de mayo, de madrugada, José Juan Martínez Gómez se levanta pensando que la primavera es una promesa, pero no sabe de qué. Enciende un Winston, se lo fuma y, antes de apagarlo, enciende otro. Soñar es gratis y el dinero lo compra casi todo. En unas horas sabrá si va a pasar el resto de su vida entre hoteles y

restaurantes de la Costa Brava, en un BMW blanco conduciendo a cien por hora por las carreteras que bordean el Mediterráneo, o si va de cabeza a la cárcel. O peor. Al cementerio. Aún no, pero ya queda menos para que José Juan vaya a ser conocido en toda España como «el Rubio» —aunque es pelirrojo— o «el Número Uno»: el cerebro del asalto al Banco Central.

El 23 de mayo de 1981, cuando faltan treinta minutos para las nueve de la mañana José Juan ya está en la calle Vergara, una de las vías radiales —corta, con apenas veinte números— de la plaza de Cataluña, esperando. Se acercan varios hombres con bolsas de deporte. Observa el gesto torcido en la cara de dos de ellos y eso no le gusta. Delata el peso que transportan, un detalle que puede llamar la atención. En esas bolsas llevan taladros, brocas, picos, palas, megáfonos, cuerdas, pasamontañas, guantes y linternas. También subfusiles, metralletas, pistolas y dos botellas de coñac.

Martínez saluda al grupo sacando su paquete de Winston. Reparte cigarrillos para todos, empezando por el que está más nervioso. Mientras esperan a los últimos en llegar, el Rubio piensa al fin que esta primavera promete una vida regalada, un chalet con piscina y pista de tenis junto al mar en Sant Feliu de Guíxols y un restaurante en propiedad. Mira las volutas de humo del cigarrillo, pero lo que ve son platos de mejillones, botellas de vino blanco helado y billetes de mil pesetas esparcidos entre mesas ruidosas y risas de noche junto a la playa.

Pronto van a dar las nueve y junto al Banco Central está el primer quiosco de las Ramblas. Los clientes fuman Ducados y ojean los periódicos. Uno mira la portada del *Interviú* y suspira ante unos enormes pechos desnudos. Están hablando del Barça, del secuestro de Enrique Castro, «Quini», aquel domingo de marzo después de meterle tres goles al Hércules. Primero se pensó que era cosa de ETA, pero al final los secuestradores resultaron ser solo unos tíos desesperados, tres parados de Zaragoza. Después empiezan a discutir sobre Schuster. Unos dicen que es una estrella y otros se quejan de que en la selección alemana juega de maravilla mientras que en el Barcelona no es más que un gandul provocador. En secreto envidian su melena rubia, larga y libre.

Uno se pone a hojear el nuevo número de *El Papus*. En una viñeta lee: «Tenemos estado de alarma, estado de sitio y estado de excepción. Y luego dicen que no tenemos estadistas». Ese número de *El Papus* —revista satírica y neurasténica, explica el subtítulo— incluye un editorial titulado «Esto no es vida» que empieza así:

> Desde el 23 de febrero la vida parece haberse paralizado en España. Parece como si se hubiera abierto un paréntesis, a la espera de que un nuevo y definitivo golpe de Estado se produzca. Por mucho que Calvo-Sotelo hable de la imposibilidad de un proceso involutivo, Carrillo se ha permitido vaticinarlo en plan pitoniso, mientras que Felipe González da la sensación del condenado que espera sus últimas horas. Mientras, el país se limita a esperar acontecimientos, mientras los terroristas van haciendo de

> las suyas por las calles y la sensación de acojono va convirtiéndose en una seña de identidad. No basta decir que hay que aprender a vivir con el miedo, sino que el miedo se ha convertido en el único protagonista de nuestra realidad social. No se puede vivir así, pero lo estamos haciendo.

Ajenos a la tertulia del quiosco, desde la calle Vergara la banda de José Juan observa la esquina entre plaza de Cataluña y Ramblas. Contemplan la fachada del Banco Central como si fuera una virgen. No saben que antes de ser sede de uno de los bancos más importantes de España fue un café modernista. Fue derribado y reconstruido para albergar el Banco Arnús, y las campanas de sus cúpulas imitaban la melodía del carrillón de Westminster. Más tarde, la ampliación de aquel primer banco llevó a la incorporación del edificio contiguo, el Gran Hotel Continental y, con él, su crónica sangrienta: en una de sus suites, en una juerga privada de champán y cocaína, un hombre cogió una espada de samurái que colgaba en la pared y empezó a cercenar brazos y manos de los invitados. Mató a una mujer, hirió a una muchedumbre y acabó la fiesta degollándose.

Eso ya no se recuerda. Hace mucho que el Central preside el corazón de la ciudad. Un inmenso neón blanco —B-A-N-C-O C-E-N-T-R-A-L— corona el edificio. Las letras gigantes hipnotizan a la banda en pleno. El banco, un imán poderoso de siete plantas, les espera. Quieren entrar ya y que Dios reparta suerte. A punto de dar las nueve, José Juan se dispone a dar la orden de asalto. De repente, un furgón blindado se detiene junto a la puerta del banco. Hay que esperar un poco más. A dos pasos de la entrada se pone un pasamontañas marrón con dos agujeros a la altura de los ojos. La adrenalina le nubla la vista, la sangre más viva que nunca. Ahora sí, a las nueve y dieciocho minutos, Martínez da por fin la orden de asalto. Corriendo, casi levitando, con una pistola Llama apuntando al cielo, en alto, cruza la puerta. Detrás toda la banda le sigue en tromba. Entran empujando, disparando al techo y gritando «¡Todos al suelo!».

En ese preciso instante en el banco hay 263 personas entre trabajadores y clientes. En pocos minutos la Policía recibe una llamada. «Están atracando el Banco Central de la plaza de Cataluña», dice una voz. Después encuentran una nota de los asaltantes en una cabina telefónica y el país tiembla: exigen la liberación del teniente coronel Antonio Tejero, el general Torres Rojas, el coronel San Martín y el teniente coronel Pedro Mas Oliver, en prisión militar en espera de juicio por su presunta implicación en el intento de golpe de Estado del 23F. Si no se cumple su demanda, amenazan con volar el edificio con los rehenes dentro.

2. El Número Uno

Tiene siete balas en el cuerpo. No entiende cómo sigue vivo. De niño observaba los edificios financieros de otra rambla, la de su ciudad, Almería, y se imaginaba entrando a robar a punta de pistola. Ha atracado una veintena de bancos, la mayoría en España, otros en Alemania y Francia. Por dinero, pero hay más. Es la acción, y la preparación de esa acción. Un fulgor que no se parece a nada, la sensación del hierro —la pistola— en la mano. El peligro y el control. De muy joven decidió que no iba a trabajar y esperar un salario. No le gusta la vida de los que cumplen. Los «pringaos», los llama él.

Hay un momento especial en su vida. Fue una noche, en una terraza junto a la playa en el paseo de Badalona con el bolsillo lleno de dinero robado. Él y Cristina —su amor, atracadora como él— comiéndose a besos con sabor a whisky J&B, miraron de reojo, asombrados, a los madrugadores que corrían para no perder el tren y llegar puntuales al trabajo. José Juan nunca quiso eso. Eligió lo que llama «la bohemia». Ir a por todo.

De joven le gustaban los coches, cenar en restaurantes de la Costa del Sol, invitar a copas, meterse alguna raya —pocas, porque se habla más de la cuenta— y esos relojes aparatosos. Grandes y buenos. También le gustaban los hoteles con muchas estrellas, con piscina. Iba a discotecas donde sonaban mucho Los Chunguitos, pero la música que le gustaba de verdad era la de los AC/DC. Llevó una vida de dinero y libertad, y ha pagado un precio: entre el primer reformatorio y la última cárcel ha pasado más de tres décadas entre rejas. Eligió cómo vivir y conoce las reglas. En su filosofía hay tres clases de personas: los que obedecen, los que mandan y los que no saben lo que quieren. Los primeros son los que él quiere a su alrededor, y los terceros no le gustan porque le parecen los más peligrosos.

No tiene miedo a casi nada. Solo le acobarda un recuerdo infantil. Su familia consiguió un pequeño piso en Almería y el día en el que entraban a vivir el niño José Juan se tropezó, a solas en una habitación, con un hombre de aspecto tan lúgubre como la misma muerte. Una especie de fantasma que con una voz de terror le recriminó a él y a su familia que le arrebataran ese humilde lugar. Nunca ha podido olvidar el temblor que le produjo aquel ser derrotado en la miseria. Desde entonces le cuesta volver sin compañía a su propia casa.

José Juan era rápido en cualquier cosa. Pronto aprendió que los bancos, que hacen dinero con el dinero de otros —el destilado más puro del más puro capitalismo— nunca pierden, porque en caso de atraco el seguro les devuelve lo sustraído. Con esa información en la mano, decidió dedicarse a robarles en cuerpo y alma. Pero José Juan no es un atracador más. No es Mackie el Navaja, o no solo, el personaje de *La ópera de los tres centavos* de Bertolt Brecht que se defiende declamando «pero,

señor juez, ¿va a comparar el delito del asalto a un banco con el de la fundación de un banco?».

Según un testimonio de la Policía francesa de la época, José Juan no era solo un ladrón. Comía de muchas manos. También fue un mercenario, un infiltrado de la Policía española y de los servicios secretos de la Guardia Civil. Le hacían encargos y él los llevaba a cabo, aunque no aceptaba cualquier cosa. No cometió delitos de sangre, pero es posible que sus acciones ocasionaran alguna muerte de manera indirecta.

En sus días y en sus noches entre rejas, para no volverse loco, siempre hace lo mismo: piensa en su próximo golpe. Desmadeja todos los pasos del que será su nuevo robo a un banco. Hora tras hora, día tras día, en la celda, en las sucesivas celdas, en su cabeza planifica la acción perfecta en sucursales que conoce de memoria en Alicante, Toulouse o Barcelona. Luego, cuando sale, vuelve a la carga. A por el dinero. Los billetes son su única verdad y no hay lenguaje más sencillo y directo que recibir y pagar. El resto son subterfugios.

José Juan nació en 1956 en el barrio de la Pescadería, en Almería. Su familia tenía un puesto de venta ambulante de helados y churros, y él pasó la infancia desbocado, corriendo por las calles con sus amigos del barrio. Tenía prohibido bañarse en la playa y cuando volvía a casa su madre, que no se fiaba un pelo, le lamía el brazo en busca de restos de salitre en su piel. Su hijo aprendió a engañarla nadando en el mar y limpiándose después en una acequia con agua de lluvia.

Creció, y sus travesuras, con cierto regusto a desesperación, fueron a más. Temía las palizas y los arrebatos de su padre. Más de una vez lo había atado a la pata de la cama con una cadena para que no se escapara. Ese castigo lo acostumbró a pensar tumbado durante horas en la cárcel.

Apenas pisó la escuela. Solo estuvo medio día, ni siquiera una jornada completa. Fue una mañana, en el colegio Calvo-Sotelo de su ciudad. Por querer hacerle una monería a una niña le dio un pellizco. El maestro lo vio y cogió un palo para pegarle, pero logró zafarse y salió huyendo. Ese día, más tarde, su madre vio pasar a otro profesor junto a su casa cuando estaba regando los geranios. Al verlo le dijo: «¿Qué tal mi niño en el colegio?». Y este le contestó: «Bueno, ha entrado un rato y después ha salido por la ventana». Fue autodidacta para leer y escribir, pero antes llegó el aprendizaje de las sumas, las restas y las divisiones, por aquello de distribuir el botín que pronto empezó a robar.

A los siete años se escapó de casa por no dejar solo a un amigo que se había ensuciado los calzoncillos de arena del Zapillo, la playa de su ciudad. Con ocho años, siendo ayudante del cura en El Ejido, robó el dinero que las familias donaban a la iglesia para comprar camisetas y pantalones al equipo de fútbol de los monaguillos.

Su familia no sabía qué hacer con él. Un día, la venta de churros y helados los llevó hasta el pueblo de Aguadulce, donde había un campamento falangista de la Organización Juvenil Española (OJE). Allí recaló José Juan y allí recibió su verdadera formación: contención, disciplina física y mental y obediencia a la férrea

jerarquía de grupo. Algunos instructores eran policías en activo —uno de los muchos brazos armados de la dictadura franquista— y, si veían que alguno de los chiquillos valía, le daban una formación de más largo recorrido. A él lo reclutaron. Fue arquero y flecha hasta llegar a jefe de Centuria. En ese campamento de Aguadulce estuvo muchos años, saliendo y entrando. Usó la instrucción a su favor y siguió fiel a su impronta de ir robando aquí y allá. En una de sus salidas perpetró su primer atraco a un banco. Fue en la Caja de Ahorros en Huércal-Overa, tenía doce años y llevaba una recortada.

El destino tiene giros inesperados. Entre palo y palo, en una de sus muchas estancias en la cárcel, José Juan coincide con un vecino de su barrio de Almería afiliado a la CNT (Confederación Nacional del Trabajo). En las largas horas de celda compartida empieza a empaparse de la ideología del compañero. Y queda fascinado. Toda biografía busca su propia leyenda, y a José Juan le gusta la acción y el combate al poder. Decide apuntarse al movimiento anarquista. Cuando acabe su condena quiere largarse a Barcelona, donde se ha trasladado su familia, y entonces su vecino de celda le pide un favor: llevar un recado a un compañero de la CNT. Las instrucciones son ir al bar Casa Emilio, en la Barceloneta, y preguntar por un tal Evaristo.

Cuando José Juan queda libre, viaja a Barcelona y recala en el barrio marinero de la ciudad. Se hace habitual del Casa Emilio, centro de encuentro de pescadores, estibadores, delincuentes, librepensadores y anarquistas. Asiste a tertulias políticas y absorbe el embate y la resistencia de los desclasados antifranquistas. Acude a reuniones clandestinas, se afilia a la CNT, entra a formar parte del grupo Bakunin y adopta el apodo de Jacinto. Entre pinchos de tortilla y vasos de vino escucha locos planes que llaman a derribar el poder. La épica y la aventura engrandecen los delitos más comunes y los robos tienen ahora otro sentido. Algo empieza a cambiar dentro de él. La sinceridad solo consiste en ser fiel al personaje, y él es ya otro.

Viaja al sur de Francia y participa en robos para sostener la llamada «caja de resistencia» del movimiento. Se hace habitual de ese tramo entre la frontera y Perpiñán, zona de exiliados, refugiados políticos y anarquistas —algunos verdaderos y otros falsos—, etarras, policías, confidentes y agentes de los servicios secretos.

El fulgor todo lo puede y José Juan se aplica en su nueva identidad. Metódico y obsesivo, se esfuerza a la hora de hacer túneles y sueña con ser un experto dinamitero. Algunos viejos anarquistas no acaban de fiarse de él, pero otros creen que es un buen fichaje porque demuestra conocer muy bien a la Policía. Sabe cómo piensan, cómo funcionan y a quién utilizan. Se adelanta a sus pasos. En uno de esos trasiegos, dentro y fuera de la frontera, en la librería Spagnole de Perpiñán —centro de encuentro de refugiados españoles de la guerra civil y también nido de conspiradores, delincuentes y buscavidas— conoce a Eduardo Soler, un supuesto anarquista del que algunos comenzaron a sospechar muy pronto. Porque la mayoría de los trasiegos en los que Soler participaba terminaba con la detención de otros compañeros en manos de la policía.

En Perpiñán, José Juan conoce también a Cristina Valenzuela, compañera de atracos durante largo tiempo y madre de sus hijos.

Entre robos y huidas, politizado hasta la médula, en la cárcel José Juan se hace miembro de la COPEL, la organización social de presos. Gracias a su militancia anarquista, José Juan se beneficia de la amnistía de 1977, que, sin embargo, deja en la cárcel a todos los presos comunes y a los militares de la Unión Militar Democrática (UMD), la organización clandestina fundada en 1974 con el objetivo de democratizar las Fuerzas Armadas y derrocar la dictadura franquista.

Una vez libre, el hechizo libertario no dura mucho más. Entre torturas y palizas, llega a la conclusión de que es mejor ser delincuente que anarquista. En aquel tiempo, los policías más melancólicos por los años de la dictadura no te lo perdonaban.

Los anarquistas fueron una de las obsesiones políticas del franquismo, el tardofranquismo y la primera Transición. Con la vuelta de sus líderes en los primeros años de la democracia, la concepción de ruptura total y libertad del movimiento anarquista enamoró a centenares de miles de personas. Era un fragor. En marzo de 1977 más de 25.000 personas acudieron a un mitin de la CNT en la plaza de toros de San Sebastián de los Reyes, José Juan y algunos compañeros suyos entre ellas. Ese mismo año, a principios de julio, en la montaña de Montjuïc, en Barcelona, Federica Montseny, líder anarquista y primera mujer ministra de un gobierno en el continente europeo —el de la república española de 1936— habló ante más de 150.000 personas.

Ese mismo verano, medio millón de jóvenes participaron en los actos de las Jornadas Libertarias de Barcelona, organizadas por la CNT de Cataluña. Como un sueño, la represión que acogotó al país durante cuatro décadas se convirtió en una bolsa vieja, tirada en la calle, y ese vacío de poder llevó a una sensación de inédita libertad. Ese instante preciso cristalizó en Barcelona en el verano del 77.

Karmele Marchante, periodista y feminista radical entonces, describió esos días en un artículo:

> Las Jornadas han sido un éxito de espontaneidad, de imaginación, de creación, de antiautoritarismo, de crítica al poder en plan cachondo. El parque se convertía por la noche en un dormitorio colectivo, cuando los agotados currantes sacaban los sacos y esperaban la mañana. De todo ha habido. Abrazos y golpes de porra. Idas y venidas a la cárcel Modelo entre manifestaciones y «saltos». Encendidos gritos de «¡todos a la calle, comunes y políticos!». La tensión que se creó con motivo de los motines de diversas cárceles del país fue aprovechada desde las Jornadas para pedir amnistía total. Los anarcos piden las cosas a golpe de imaginación y humor. Todo estaba admitido. Hubo una especie de pacto colectivo para que la libertad se convirtiera en ideología. Por eso, cuando Ocaña, Camilo y Nazario, travestidos y traspuestos, se subieron al escenario, el orgasmo delirante se hizo colectivo. Mientras se iban quitando la ropa a los acordes de un «que se desnude y que se mee», Ocaña consiguió el micro y entonó un pasodoble. La orquesta de rock que estaba actuando tuvo que

callar, el personal solo tenía ojos para la improvisada actuación. Lo increíble se hizo realidad en el momento en que Ocaña espetó: «No soy gitana pura, soy gitana libertaria, por eso pido amnistía para todas las mariquitas», a la vez que se orinaba entre aplausos. Los rubios europeos, que estaban de visita, y que se suponía que están tan *à la page* en todo, no daban crédito a lo que veían. Quizás porque no están acostumbrados a conjugar el surrealismo con el sentido del humor y la ilógica libertaria.

Años después, en un programa de *La clave*, de José Luis Balbín, dedicado al anarquismo, Federica Montseny denunciaría el esfuerzo de los políticos por tutelar al movimiento anarquista y al movimiento obrero en general, para devaluarlo y desactivarlo. Los datos apuntan a que algo de eso hubo. En 1977, la distribución de nuevos carnés de la CNT alcanzó la cifra de 140.000 solo en Cataluña. Y si en 1978 el 54% de los asalariados españoles estaban afiliados a sindicatos, en 1980 la cifra bajó al 22% y, en 1984, al 11%.

El movimiento anarquista tuvo sus contradicciones, sus luchas internas y muchos infiltrados por la Policía o los servicios secretos. A la desactivación del movimiento contribuyeron decisivamente las llamas de la sala de fiestas Scala de Barcelona, que sufrió un incendio provocado el 15 de enero de 1978, dando alas, una vez más, al discurso que asocia anarquismo con violencia y terrorismo.

Ese día, tras una manifestación convocada por la CNT contra los Pactos de la Moncloa, un grupo de chicos y chicas arrojaron unos cócteles molotov a la Scala. El incendio mató a cuatro trabajadores —tres de la CNT y uno de UGT— y destruyó el edificio casi por completo. Fueron detenidos varios jóvenes de filiación ácrata, pero el movimiento anarquista denunció el atentado como una maniobra policial auspiciada por Joaquín Gambín, un agente provocador en sus filas. Los anarquistas detenidos fueron condenados, pero los hechos son tozudos: hubo testimonios que aseguraron que el edificio empezó a arder por el extremo opuesto a la fachada atacada con los cócteles molotov, hubo dudas sobre si dicho ataque podía causar un incendio de tal dimensión, y los bomberos hallaron un tipo de material inflamable habitualmente usado por militares en el interior de la sala. En aquel juicio, el fiscal Alejandro del Toro declaró su asombro ante la «extraordinaria celeridad» con que la Policía detuvo a los presuntos autores, y también hubo protestas por la imposibilidad de solicitar una labor de peritaje independiente.

Este oscuro entramado de confidentes, infiltrados, agentes provocadores y delincuentes no era tan extraño en aquel tiempo.

Entre las filas anarquistas empezaron a renegar de José Juan. Un día apareció en Madrid un cartel con una foto suya, serio, con jersey oscuro y cuello de camisa por fuera, donde lo denunciaban por colaborador en la caída de Fernando Simón y Agustín Rueda, asesinado en Carabanchel por sus carceleros. El cartel decía:

SE BUSCA

Juan José Martínez «El Rubio»
COLABORADOR en la caída de Fernando Simón y Agustín Rueda, asesinado en Carabanchel por sus carceleros.
COLABORADOR en la caída de los Grupos Autónomos Libertarios.
COLABORADOR en la caída de dos miembros del Ejército Revolucionario de Ayuda a los Trabajadores.
COMITÉS INTERNACIONALES DE DEFENSA ANARQUISTA
GRUPOS ANARQUISTAS (FEDERACIÓN MADRID)

En 1978, el propio José Juan es encarcelado en Carabanchel, donde empezó a soñar con túneles que atraviesan ciudades y desembocan en cajas fuertes. Entre rejas, conversa con sus compañeros y planea lo que les dijo a algunos que sería el golpe de su vida: el atraco a una gran sucursal bancaria.

Después, ya libre, intentando zafarse de los que tienen cuentas con él, José Juan se instala por temporadas al otro lado de la frontera española. Vive en estado de fuga permanente, como su SEAT 131, el coche de las mil caras, en perpetuo cambio de matrícula y color. Se esconde, se escabulle y comete algunos robos a mano armada también en territorio francés, con su mujer y con sus cuñados Cristóbal, Jorge y Paco.

Disfrazado, mimetizándose entre los franceses que toman el sol en alguna de las terrazas de la plaza François Arago de Perpiñán, José Juan lee en los periódicos que en España se vive una auténtica epidemia de atracos. Los franceses se sorprenden. Él no.

3. El país de los atracos

La realidad nunca cumple las expectativas. El año 1981 tiene un despertar abrupto. Algunos lo interpretan como el robo de un sueño colectivo. «La desaparición de la utopía, la tristeza y el desánimo ante la imposibilidad de transformar el país se ha asentado en España», escribe en enero Pina López Gay, secretaria general de la Joven Guardia Roja. «El pasado no existe y el futuro tampoco», dice Carmen Díez de Rivera, *musa* de la Transición según Francisco Umbral, de familia de vencedores de la guerra civil, hija ilegítima del falangista Ramón Serrano Suñer, enamorada de su propio hermano sin saber que lo era, jefa de gabinete y mano derecha de Adolfo Suárez, al que conoció cuando era director de Radiotelevisión Española en tiempos de Franco y al que le preguntó: «¿Cómo usted, siendo tan joven, puede ser fascista?».

La memoria puede ser mentirosa, pero la sensación es que fueron legión los que empezaron a sentirse desencantados. Desde los sindicatos a las feministas radicales, desde los jóvenes ácratas a los viejos comunistas. Se sabía que la democracia era la organización de la libertad, pero se esperaba más. Mucho más.

La década se estrena con un aire inquietante, el de la desintegración del sueño de la Transición. Las expectativas políticas empiezan a considerarse utópicas. Se vive en la incertidumbre mientras el ultramontanismo militar arrecia y el terrorismo golpea sin remisión. Además, una crisis económica flagelante hace que los problemas sociales se disparen. Se busca trabajo y libertad, pero muchas veces lo que se encuentra es paro y violencia. En los barrios urbanos, donde falta casi de todo, en los márgenes de la cara más amable de la ciudad, las luchas vecinales, que tanto consiguieron, empiezan a convivir con la desesperación de jóvenes sin futuro.

Los atracos empiezan a formar parte del paisaje cotidiano. Se exige mano dura. Se multiplican los robos con violencia o intimidación. En 1973 se contabilizaron 1400 asaltos en zonas urbanas. En 1981 eran 21.300. Se atracaban bancos, tiendas, farmacias, domicilios, oficinas de Correos o casinos. Se asaltaba a personas en la calle, en plazas, parques o descampados.

«Había bancos y cajas por todas partes. Parecía que estaban ahí para robarlos», dijo una vez en una entrevista José Juan. En 1981 había 30.000 oficinas bancarias en España y casi ninguna tenía medidas de seguridad. En 1973 hubo 95 robos a bancos y cajas, y en 1981, 2433.

Era una epidemia. Un día de 1981, la Policía contabilizó veintitrés atracos a bancos en Barcelona. Las calles empezaban a ponerse peligrosas. Se atracaba y a veces se disparaba. También en Madrid. En las grandes ciudades el paisaje trasmuta y se respira un aire *noir*. La violencia es un nuevo artículo de costumbre. Como dice el detective Germán Areta, interpretado por Alfredo Landa, en *El crack*,

la película de José Luis Garci estrenada en 1981: «Hace tiempo que está lloviendo mierda».

Más allá del tópico, en aquellos años atracaban muchos tipos de personas. Atracaban los llamados «hijos del agobio» —para comer—, atracaban los yonquis, los quinquis y atracaban algunos grupos anarquistas, y atracaban también algunos jóvenes burgueses desencantados con ganas de golpear al sistema —y llevarse, de paso, un dinero—, a veces con la ayuda de algún director de banco o trabajador que no soportaba más ver escabullirse tantos billetes entre sus manos. También atracaban numerosos grupos de extrema derecha, buscando dinero fresco para financiar sus acciones de desestabilización.

Entre unos y otros, la suma de atracos subía como la espuma. Emilio Monje, jefe de la Brigada Antiatracos de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, explicó en un reportaje de *El País* titulado «Barcelona, capital del atraco bancario»:

> En nuestra ciudad nos hemos ganado con creces la medalla de oro por este tipo de delitos, debido principalmente a la insuficiente colaboración de los ciudadanos y de los empleados de banca. En Barcelona todavía existe la persona que se da la media vuelta cuando ve un atraco y el trabajador que no acciona una alarma porque piensa que el dinero que se llevan no es suyo.

La irrupción de la heroína modifica las reglas del juego entre policías y ladrones. Desaparece la compasión. El relato más negro toma cuerpo y los medios sensacionalistas escupen historias truculentas a todo color. Se habla de bandas infantiles de delincuentes, de barrios enteros enfangados en el vicio de la jeringuilla. En el imaginario colectivo se desata la psicosis social. Es el terror a lo cotidiano.

En esos años, el llamado «peligro quinqui» se convierte en un fenómeno que se retroalimenta en los medios y las películas de *exploitation* y *cinéma vérité* patrio. De repente, chicos como Juan José Moreno, «el Vaquilla», son delincuentes y también protagonistas de películas. Son las nuevas estrellas del barrio y, por extensión, del país entero. Se convierten en iconos pop. Un día salen en la sección de Sucesos del periódico y otro en la de Espectáculos. A finales de la década de los setenta y principios de los ochenta, el fenómeno quinqui es el nuevo mercado a explotar y se hacen treinta películas en seis años. El pistoletazo de salida es *Perros callejeros*, de José Antonio de la Loma, que reventó taquillas en 1977, y su apogeo fue *Deprisa, deprisa*, de Carlos Saura, que ganó el Oso de Oro del Festival Internacional de Cine de Berlín en 1981.

Sus protagonistas adolescentes —que en una secuencia beben un vaso de leche y en la siguiente se meten rayas de caballo— son los últimos antihéroes y sus imitadores son los nuevos amos de las calles. Como ellos, quieren vivir aquí y ahora. Buscan la libertad y el placer. Son los que saben que el que no tiene miedo vence.

En una suerte de wéstern ibérico, en las películas de quinquis las chicas y los chicos se pasan el día viviendo a cielo abierto, robando lo que pueden en huida

permanente. Se transforman en personajes de leyenda en sus calles, en los bares, en las salas de juegos recreativos y en las discotecas.

El cine quinqui echa por tierra la historia oficial de la modélica Transición española. Es una impugnación al flamante sistema democrático, un sucio cristal que no refleja ningún futuro, donde el presente es la única verdad y el buen tiempo —el esplendor del sol o la noche tibia— es la única posesión genuinamente democrática. En una secuencia de la película *Navajeros*, sus protagonistas, casi niños, huyen en un Renault 12. A todos les puede la gana de estar contentos y quieren música, pero al poner la radio lo que suena es una voz relatando un nuevo atentado de ETA.

Es cuando triunfa la rumba callejera, que canta al desamor, al caballo y a la fiesta entre estrofas de serena desesperación. Ese cruce de ritmos aflamencados y caribeños es la banda sonora en los coches, en las salas de fiesta y en las televisiones. En 1979, el programa *Aplauso* unió en un mismo escenario a Rumba Tres, a Los Chichos y a Los Chunguitos, y, al verlos, tantas décadas después, casi se tiene la certeza de que eran los únicos hombres que bailaban en público en España, quitando a los del Ballet Zoom. El éxito es tal que ese programa de Televisión Española incorpora una sección que se llama «Rumbitas en la discoteca». Para algunos medios, que a veces todo lo confunden, más allá de la rumba las distintas expresiones musicales que vienen de los barrios de la periferia van todas en el mismo saco. En el imaginario, la figura de los jóvenes a la intemperie tiene un único cuerpo y mil caras, todas perversas. Son los quinquis, los quillos, los chorizos, los heavies, los punks. Son los perdidos.

En aquel tiempo, lo único que todos estos grupos tenían en común era la vida de la noche. Famosos o desconocidos, los representan Los Chichos, Los Chunguitos o Los Burning, pero también miembros de grupos como La Banda Trapera del Río, del barrio de San Ildefonso de Cornellá, o Los Desechables —del pueblo de Vallirana y liderado por Tere González—, uno de cuyos miembros murió a balazos atracando una joyería con una pistola de juguete.

José Juan Martínez Gómez, el Número Uno, podría ser el primo mayor de los quinquis, algo más maduro, más politizado y con unos intereses que le llevan a encargos más complejos. Pero el Rubio no quiere yonquis en su banda.

El 23 de mayo, el mismo día del asalto al Central, fueron detenidas por un equipo de inspectores de la comisaría de Getafe dos atracadoras que operaban en Barcelona. Se las consideró responsables de doce robos en los que habían conseguido un botín de más de nueve millones de pesetas. En la Brigada Antiatracos de Barcelona se pusieron muy contentos con la llamada que anunciaba la detención desde Madrid. Pero la alegría duró un instante. El asalto al Banco Central les iba a dar el quebradero de cabeza de su vida. Porque aquel iba a ser un asalto extraño, casi suicida, con tintes de terrorismo político, estrechamente ligado a otro asalto por las armas y con rehenes que paralizó el país. Sucedió en Madrid exactamente tres meses antes. Fue el asalto al Congreso de los Diputados del 23 de febrero.

4. Tres meses antes. El 23F

La tarde del martes 23 de febrero de 1981, José Juan está volviendo de Francia hacia Barcelona. En el coche está sonando su casete de los AC/DC cuando llega a la entrada de la ciudad. Resuelve que le apetece tomarse unas cervezas y tira hacia la playa. Aparca en una de las callejuelas oscuras del interior de la Barceloneta y, al pasar junto al restaurante El Rey de la Gamba, un conocido le cuenta que en Madrid unos guardias civiles han entrado armados al Congreso y se han encerrado allí con Adolfo Suárez, con Carrillo y con Fraga. Con todos. Cuando José Juan llega al bar Casa Emilio con la noticia, algunos de los habituales de la barra, fichados por la Policía, deciden esconderse en un piso franco a esperar a ver qué pasaba.

El intento de golpe de Estado de febrero fue un movimiento de freno al límite, un violento giro al volante en dirección contraria a la ruta decidida en las urnas. Ese día de febrero casi 400 personas, entre diputados, ujieres, mecanógrafas y camareros, asistieron, mudos primero, asombrados después, a la toma por la fuerza del espacio democrático.

Apenas un rato antes, en su discurso para optar a la presidencia del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, en la tribuna de oradores del Congreso, había dicho: «Es lícito que hagamos este balance con satisfacción y esperanza y que deduzcamos de él una conclusión clara: la Transición ha terminado, la democracia está hecha. Aunque todavía quede mucho Estado por hacer, no hay fragilidad en el sistema».

Días después, el arquitecto conservador del Congreso contabilizó treinta y siete impactos de bala en el hemiciclo asaltado por el teniente coronel Antonio Tejero y su grupo de guardias civiles.

Torcuato Fernández-Miranda, preceptor de Juan Carlos I y estratega clave en el triple salto mortal que va del franquismo al Gobierno de las urnas, definió la Transición como una obra de teatro en la que él era el autor, el rey el empresario y Suárez su principal protagonista. Si tiene algo de razón, el argumento del libreto vendrá definido por la explosión de ese martes de febrero que cegó otras muchas escenas. De esta forma se revelará exacta la reflexión del periodista José Luis Morales: «El 23F fue un fogonazo que nos deslumbró a todos y nos impidió ver la auténtica trama golpista y el reguero de golpes antes y después».

Entre la dictadura militar de Franco y la naciente democracia, el Ejército era el precipicio en medio del camino, una sima tan abismal que, como un sonámbulo andando entre dos fuegos, se trató de ignorar.

Años antes, la inminente verdad del *hecho biológico* —casi nadie se atrevía a nombrar la muerte de Franco con todas las letras— agudizó las luchas de poder entre las filas franquistas y también entre los militares. Desde el tardofranquismo, el grupo que formó la UMD —Unión Militar Democrática— fue implacablemente perseguido y castigado por sus propios compañeros. La presión fue tal que, en

1977, el propio sistema que ellos defendieron —la democracia— les negó la amnistía.

En 1976, el Ejército que hereda Adolfo Suárez es casi el mismo que el de Arias Navarro, el mismo que el de la dictadura. Un ejército golpista que tras la guerra civil depuró de sus filas a los más de cinco mil militares leales a la República y que añadió a sus cuadros más de diez mil alféreces provisionales —procedentes de las milicias, falangistas o requetés, con marcadas ideas políticas antidemocráticas—, transformándolos en militares profesionales.

De la muerte del dictador en adelante, sin el pétreo régimen del generalísimo, tan personalista, las Fuerzas Armadas andaban desmadejadas, divididas entre un reducido grupo de tendencia liberal, dispuesto a adaptarse a la pluralidad y la democracia; un sector conservador fiel al franquismo, pero tolerante a ciertos cambios, y un sector ultra que buscaba la continuación más estricta del franquismo tras la muerte del dictador.

En ese caldo de cultivo, las sucesivas intentonas del golpe querían volver al pasado, lejos de la disminución de su poder, lejos de la normalización de la izquierda y de la España de las autonomías, lejos del terrorismo etarra y de los GRAPO.

En esa situación, los nuevos representantes de Defensa del naciente sistema gubernamental construían la senda democrática con las manos, a la intemperie. No es solo una metáfora. Hasta la llegada de Narcís Serra con el Gobierno de Felipe González de 1982, el Ministerio de Defensa no tuvo edificio propio. Desde la muerte de Franco y hasta que se celebraron las primeras elecciones, los sucesivos ministros de la democracia, —Gutiérrez Mellado desde julio de 1977, Agustín Rodríguez Sahagún desde enero de 1979 y Alberto Oliart después del 23F— ejercían sus cargos en lo que el periodista Miguel Ángel Aguilar llama humorísticamente «la trashumancia». Esta trashumancia consistía en que cada semestre el representante ministerial se desplazaba a una región militar siguiendo rigurosamente el turno numérico. Allí, el jefe del Estado Mayor del lugar le buscaba una mesa y una silla que hacía las veces de despacho de ministro. Como un convidado de piedra, viviendo de prestado, en los mismos cuarteles que le debían obediencia.

Miguel Ángel Aguilar sintetiza el aislamiento y el mundo paralelo en el que vivían las Fuerzas Armadas subrayando los «364 días de silencio y un día de salvas». Esa era toda la comunicación entre los militares y la población civil. En los primeros años de la democracia, España era aún un país ocupado por su Ejército, con los cuadros militares perdidos en su propio laberinto, a pesar del esfuerzo de Gutiérrez Mellado por acercarlos a la vida cotidiana. El Centro Superior de los Estudios de Defensa Nacional puso en marcha un curso de formación, coordinado por Miguel Ángel Aguilar, para que periodistas y militares se conocieran, hablaran y se escucharan unos a otros.

Algo necesario en un tiempo en el que «los periodistas pensaban que todos los militares eran unos golpistas y los militares creían que todos los periodistas éramos

unos hijos de puta», según Aguilar.

En su casa de Roses, un pueblo de l'Empordà, a la altura de sus ochenta años, Fernando López de Castro, jefe de Seguridad de Adolfo Suárez, recuerda ahora esa tarde nefasta del 23 de febrero de 1981. «La verdad es que pude matar a Tejero. Yo tenía un arma escondida, pero no lo hice porque no vi ningún cadáver». López de Castro explica que la entrada de los guardias civiles lo pilló en el bar del Congreso. Estaba tomándose un café con unos compañeros que le preguntaban qué gestiones burocráticas debían hacer para dejar de trabajar con el presidente saliente Suárez y pasar a trabajar con el entrante, Calvo-Sotelo.

De repente oyeron gritos y tiros. Casi todos los del bar se tiraron al suelo, entre ellos la periodista Pilar Urbano. López de Castro afirma que él permaneció de pie y que fue entonces cuando Urbano le espetó: «Fernando, qué cojones tienes», a lo que él, templado, le contestó: «¿Es que me los ves desde abajo?». Ríe ahora al explicarlo, mirando de lejos los modos y las formas de aquel siglo XX. Después se pone serio al recordar su conversación con un guardia civil que se le acercó al saber que era la mano derecha de Suárez. «¿Ya sabes que estás dando un golpe de Estado? ¿Que vas a ir a la cárcel y perderás la carrera?», le informó. El joven le reconoció que no sabía exactamente qué estaban haciendo allí, que el teniente coronel Tejero les había llamado «para hacer un servicio a España».

«Aquello era como el ejército de Pancho Villa. Uno con las armas reglamentarias, otros con pistolas, vestidos de cualquier manera», describe ahora López. Cuando consiguió salir del Congreso fue en busca de Francisco Laína, presidente técnico del Gobierno en aquellos momentos. Revela que este encargó un estudio a los GEO para asaltar el Congreso a partir de la información revelada por López: dónde se ubicaban los guardias civiles y policías armados, dónde los diputados, el número aproximado de trabajadores. Tenían un centenar de agentes de operaciones especiales dispuesto a atacar, pero desistieron cuando calcularon que el asalto podía llegar a causar ochenta muertos y doscientas bajas.

En uno de los momentos más tenebrosos de la historia de España, en el transcurso mismo del golpe, cuando su desenlace aún no estaba claro, la revista underground de cómics *El Víbora* se arriesgó a publicar un número especial. Antes de que concluyera el golpe, en una reunión de urgencia en la redacción de Barcelona, acordaron hacer un monográfico de cincuenta páginas. Y lo tuvieron listo en quince días. «Pensamos que si ganaban aquellos nos iban a dar por todos lados, por delante y por detrás. Y decidimos que, si había que morir, sería matando», explicó hace tiempo en una entrevista José Miguel González, «Onliyú», dibujante y redactor jefe de *El Víbora* en aquella época.

Tras años de ser considerados poco más que «drogadictos y folladores sin medida» por parte de la *intelligentsia* izquierdista, con el número especial del 23F se ganaron su respeto. Entre otras cosas porque la televisión, los periódicos, las revistas y las radios, a la hora de tratar el golpe, medían sus palabras. No era su caso. El póster central de ese número es la imagen del bar del Congreso atestado

de guardias civiles borrachos, cayéndose de los taburetes. No se equivocaron tanto como algunos piensan. El inventario del Servicio de Intendencia del Congreso reveló que en el bar del Palacio de las Cortes se consumieron 16 cajas de cerveza y 203 botellas de alcohol: vino, vermut, coñac, brandy, vodka, ron, ginebra y whisky.

A su vez, como en un juego de espejos, algunas escenas reales del asalto son dignas de *El Víbora*. Cuatro décadas después del suceso, el fotoperiodista Roberto Cerecedo explicó en *La Vanguardia* que al oír el asalto al Congreso por la radio fue a una fuente, se mojó el pelo con agua, se peinó hacia atrás al estilo fascista, escondió la cámara y el magnetofón en la gabardina y se metió en el Congreso muy decidido, gritando «¡arriba España!» y «¡ya era hora, joder!». Le dejaron pasar hasta que lo descubrieron y lo echaron de allí.

En esos meses clave, la incipiente democracia caminaba sobre el alambre. La periodista Nativel Preciado, que firmaba entonces como La Pantera Roja, habitual del Congreso, vivió el asalto desde dentro del hemiciclo. Su conclusión es que el golpe fracasó «por el mismo espíritu franquista que lo puso en marcha, es decir, por la obediencia ciega y la disciplina jerárquica» hacia la figura del rey. Preciado recuerda el ambiente enrarecido de aquel tiempo. El miedo y la incertidumbre a cada paso.

Recuerda también la sensación de que todo estaba por hacer. Como flashes, rememora momentos de luz, como una tarde en el bar del Parlamento, situado en el vestíbulo principal del Congreso, justo detrás de las puertas flanqueadas por los leones, cuando Tierno Galván le recomendó dos libros: *Escritos de un viejo indecente*, y *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones*, de Charles Bukowski. Recuerda también que en ese mismo bar compartió una vez un café con Rafael Alberti, que le dijo envidiar la recia melena negra de Felipe González. «Es lo mejor que tiene», dice que afirmó el poeta. Curiosamente, Pedro Altares, otro periodista determinante en la época, dejó escrito que, en la jornada del asalto golpista, los camareros del bar del Congreso, en un acto de prurito democrático, invitaban a los diputados mientras hacían pagar precios estratosféricos por cualquier cosa que pidieran los miembros de la Guardia Civil.

Finalmente, la tentativa del 23F no fructificó pero estuvo a punto de noquear al país. El intento del golpe de Estado «evidentemente estuvo mucho más cerca de prosperar de lo que el Gobierno quiere admitir», revela un informe de la CIA fechado el 3 de marzo de 1981. Además, algunos de los golpistas declarados no tuvieron tan mala prensa. En las elecciones generales de 1982, Antonio Tejero se presentó desde la cárcel como candidato de un partido que se llamaba Solidaridad Española y su lema fue «Entra con Tejero al Parlamento». Consiguió algo más de 28.000 votos.

El golpe de febrero del 81 dejó un ambiente irrespirable. En primavera, una encuesta de la agencia EFE traducía ese aire de fatalidad en un titular: «El 57% de los españoles espera otro 23F».

Como en una pesadilla, en una secuencia casi repetida, exactamente tres meses después del 23F, en otro espacio, en otra ciudad, una banda de hombres armados

va a retener por la fuerza a un grupo de personas, poniendo en jaque, una vez más, al Gobierno democrático y a todo el país.

5. El asalto

Poco después de las nueve de la mañana del 23 de mayo, José Juan se pone el pasamontañas y se dirige a paso rápido a la esquina entre plaza de Cataluña y Ramblas. Saca la pistola y con sus sesenta y cinco kilos —casi volando, en trance— ya está atravesando la puerta del Banco Central. Como un solo hombre, entra arropado por toda la banda tras él. Irrumpen en tromba, empujando y disparando al techo. En la sala principal de la sede financiera hay gente haciendo cola y fumando entre charlas de sábado, y ese preciso instante hace saltar por los aires la quietud de lo cotidiano. El estupor paraliza las conversaciones y el ojo de las metralletas congela un grito. Un asaltante apunta a la cabeza de un trabajador y la sangre se hiela en los cuerpos.

Casi corriendo, cada miembro de la banda busca su posición. Suben a los pisos que les toca cubrir, bajan al sótano, controlan los movimientos de clientes y trabajadores y se encargan de cerrar las entradas de acceso. Mientras, muchas caras los observan asombrados. Son de personas que hace un momento vivían tranquilas y ahora piensan que van a morir. Se oyen chillidos, frases inconexas y sollozos. Los presentes en la sala se tiran al suelo y algunos, muy pocos, lograrán esconderse. Las manos sudan en el mármol y un hombre balbucea compasión. Al final todos enmudecen aterrorizados.

Minutos después entra una llamada anónima a la sala de la Brigada Regional de Seguridad Ciudadana: «Están atracando el Banco Central de plaza de Cataluña». El reloj de la fachada del banco marca algo más de las diez cuando el edificio ya está rodeado por una treintena de coches de la Policía. Un grupo de especialistas toma posiciones en la azotea del banco y se da el primer tiroteo entre asaltantes y policías. El fuego cruzado desata el pánico y se oyen gritos de terror. Por la radio, Jefatura da la orden de dejar de disparar cuando entiende que varios rehenes han sido obligados a situarse en las ventanas a modo de escudo.

La policía anda discutiendo sus próximos movimientos cuando en *El Diario de Barcelona* reciben una llamada anónima. La voz comunica que encontrarán una nota de los asaltantes en una cabina telefónica en Gran Vía, no muy lejos del banco. En la redacción avisan a Jefatura y un coche de la Policía —un SEAT 131 Break— sale disparado para allá. Al llegar a la cabina, encuentran un sobre enganchado con cinta adhesiva bajo la repisa del teléfono. Dentro, una nota mecanografiada hace temblar al país: los asaltantes exigen la liberación de varios implicados en el asalto al Congreso de los Diputados del 23 de febrero bajo amenaza de dinamitar el banco con todos los rehenes dentro.

En ese momento, lo que iba a ser un atraco más se transforma en un enigma de dos cabezas: ¿terrorismo político o uno de los intentos de robo más insólitos de la historia?

Aún no han dado las once y el asalto en Barcelona ya es un asunto de Estado. En Madrid, el presidente Calvo-Sotelo informa al rey y con carácter de urgencia convoca a ministros y colaboradores en la Moncloa. Lo primero que hacen es estudiar detenidamente la nota de los asaltantes:

> En el afán de limpiar a España de tanta inmundicia, y acabar con el terrorismo rojo, exigimos se cumplan las peticiones siguientes:
>
> La libertad de cuatro militares héroes del 23 de febrero (Pedro Mas Oliver, Ignacio San Martín, Torres Rojas y de nuestro valiente teniente coronel Tejero).
>
> Que en el plazo de 72 horas tengan dispuesto un avión en el aeropuerto de Barajas para trasladar a los cuatro defensores de la causa, con destino Argentina. Y otro avión más en el aeropuerto del Prat con el mismo destino, para garantizar nuestra huida.
>
> Si todas nuestras peticiones no son tomadas en consideración, nos veremos obligados a llevar a cabo los planes de defensa:
>
> 1.º pasando de 72 horas el plan fijado, nos veremos en la obligación de ejecutar a diez personas, y a cada hora restante cinco personas más.
>
> 2.º si tratasen de penetrar en el edificio donde nos encontramos, nos veremos en la obligación de volarlo y ejecutar a todos los rehenes que se encuentren en nuestro poder; rogamos al pueblo español sepan comprender nuestro acto, pero es la única solución para volver a la paz que tanto deseamos.
>
> Viva España

El Gobierno emite el primer comunicado en el que se informa de que, según los primeros datos, en el Banco Central hay casi trescientas personas, entre clientes y empleados, retenidos a la fuerza por un grupo de entre veinte y veinticinco hombres armados con pistolas, metralletas y explosivos.
La nota dice que no se descarta que puedan pertenecer a un grupo de extrema derecha.

La noticia es la bomba del día. Hace rato que las radios han interrumpido su programación habitual y retransmiten el asalto en directo, con unidades móviles a las mismas puertas del banco. Han llegado en apenas unos minutos, porque de las cinco emisoras importantes —Radio Nacional de España, Radio Barcelona, Radio Miramar, Radio España de Barcelona y Radio Cadena en Barcelona—, cuatro tienen su redacción a menos de trescientos metros del Central. La radio se convertirá en la bestia negra del Gobierno porque recogerá declaraciones, comentarios, opiniones y hechos en paralelo a las versiones oficiales. Y también —y quizás lo más importante— porque José Juan y su banda tienen un transistor dentro del banco y las emisiones en directo les van informando puntualmente sobre cada uno de los movimientos de la Policía.

Antes de las doce ya hay un primer contacto telefónico entre autoridades y asaltantes. Los de dentro exigen que la Cruz Roja les envíe tabaco y comida, y reclaman una ambulancia para los rehenes con salud delicada.

Para demostrar que van en serio, el Rubio escoge a un rehén joven de entre los

secuestrados, le dice algo así como «esto te va a hacer daño, pero no te va a matar», saca la pistola y le dispara en la pierna izquierda. El tiro fractura la tibia y el peroné y le secciona el nervio ciático a Ricardo Martínez Calafell, empleado del banco. José Juan le hace un torniquete mientras esperan la ambulancia y, en medio del caos y las escenas de pánico, salen liberados Martínez Calafell y el primer grupo de rehenes. «Con el disparo no siento dolor. Es como una explosión, sale un chorro de sangre y ya no puedo mover la pierna», explicaría después. De camino al Hospital Clínico, un policía le acribilla a preguntas sobre el aspecto de los asaltantes, las armas que llevan y las conversaciones entre ellos. También le pregunta cómo se dirigen unos a otros y si tienen un aire marcial. «Mi sorpresa es que están convencidos de que hay guardias civiles dentro del banco», diría Calafell.

Mientras, para afrontar el asalto, se monta un centro de mando unificado en el Banco de Bilbao, situado en la esquina de plaza de Cataluña con la calle Vergara. En este gabinete de crisis están el general de zona de la Guardia Civil, Camilo Pajuelo; el teniente coronel jefe de la 411 comandancia de la Guardia Civil, Antonio Pastor; el teniente coronel de la Policía Nacional, José Trave; el jefe superior de la Policía en Barcelona, Enrique Mosquera; el delegado del Gobierno en Cataluña, Juan Rovira Tarazona, y el fiscal de guardia, Alejandro del Toro.

Al grupo se sumará después el director general de la Policía, José Luis Fernández Dopico, y también Alfonso Escámez, director del Banco Central, conocido como «el banquero real» porque llevaba personalmente la cuenta de Juan Carlos I. Con él llega también su mano derecha, Ricardo Tejero, conocido a partir de entonces como «Tejero el Bueno» para diferenciarlo del guardia civil golpista, desde que ese fin de semana se comentó ante un grupo de periodistas «Tejero está de camino al banco» y todos se llevaron un buen susto.

En un primer momento, los asaltantes se niegan a hablar con las autoridades de Barcelona y reclaman línea directa con el Gobierno central. Mientras, en Madrid se reúne la Junta de Seguridad: el presidente Calvo-Sotelo; el ministro de Interior, Juan José Rosón; el director de Seguridad del Estado, Francisco Laína; el inspector general de la Policía Nacional, José Sáenz de Santamaría, y el director general de la Guardia Civil, José Aramburu Topete, el que intentó negociar con el teniente coronel Tejero en el golpe del Congreso.

El fantasma de la Guardia Civil profranquista sobrevuela en las conversaciones de los mandos cuando un rehén liberado asegura que uno de la banda le ha confesado que el objetivo del asalto es «liberar a nuestros compañeros», y cuando otra rehén asegura que ha oído a un asaltante ordenar a los otros ponerse en «posición ráfaga».

Pero la psicosis golpista se desata cuando el general Pajuelo cree reconocer al capitán de la Guardia Civil, Gil Sánchez-Valiente, en la voz del que se hace llamar el Número Uno, el jefe de la banda que negocia con la Policía. Pajuelo, que tuvo a Gil Sánchez-Valiente a sus órdenes, tiembla al recordar que el capitán es uno de los hombres presuntamente implicados en el 23F que consiguió fugarse del Congreso. Días después del asalto, algunos medios publicaron que Sánchez-Valiente, miembro del CESID, se había llevado consigo una maleta con documentos sobre la trama del

golpe a la democracia.

La noticia de la sospecha salta a los teletipos y convulsiona el poder. Es una pesadilla hecha realidad: los secuestradores pueden ser militares y el asalto al Central una segunda parte del asalto al Congreso.

Ya es mediodía cuando, desde Madrid, Francisco Laína llama al banco:

> Banco: ¿Diga?
> Laína: Buenos días, ¿el capitán Sánchez-Valiente?
> B.: Bueno, es que…
> L.: De parte de un amigo de La Gomera, Paco Laína.
> B.: A ver, un momento. Porque están por aquí y miraré para localizarlo.
> [Alguien del comando, que no se identifica, coge el teléfono].
> Secuestrador: ¿Diga?
> L.: Gil, ¿me conoces?
> S.: ¿Diga?
> L.: ¿Me conoces? Soy Paco Laína… ¿Me recuerdas de La Gomera?
> S.: No lo recuerdo.
> L: De La Gomera, estando de secretario de la Delegación del Gobierno. Te estoy llamando desde la calle. Me he enterado de que estabas ahí. Siento hablar contigo en estas circunstancias.
> [En ese momento, el interlocutor de Laína le sigue la corriente].
> S.: ¿Qué es lo que quieres?
> L.: Hombre, si podemos buscar alguna solución.
> S.: La solución ya saben cuál es.
> L.: Pero, hombre, Gil… A mí me agradaría tratar de superar esta situación.
> S.: Mira, tengo un tío que lo van a sacar urgente en una ambulancia y tengo que estar en la puerta, ¿me comprendes?
> L.: Gil, ¿pero me recuerdas perfectamente?
> S.: Escúchame, ahora no estoy para eso. Perdóname.
> [Cuelga].

José Juan organiza los grupos de rehenes en el interior del banco y decide que una de las personas que le va a ayudar va a ser el señor Ramón Rollán, el interventor del banco. Mientras, en el exterior todo es confusión. El oportunismo es una virtud necesaria para la supervivencia y el Número Uno utiliza el caos a su favor. Cuando en una nueva llamada la Policía reclama otra vez que Sánchez-Valiente se ponga al teléfono, él sigue sin desmentir nada y afirma que el único portavoz es él.

En paralelo, el Gobierno quiere ponerse en contacto con Tejero para preguntarle por su implicación. Para ello, utilizan de enlace al periodista Francisco Mora, que había entrevistado al golpista. Mora accede a la petición, llama a Tejero a la prisión militar de El Ferrol y le pregunta. El teniente coronel niega vehementemente su implicación en el asalto al Central y, refiriéndose al Gobierno, le dirá: «Si son más tontos, hay que hacerlos de encargo».

Después, a través de su abogado López-Montero, Tejero emitirá un comunicado

en el que afirmará:

> Desautorizo profundamente la utilización de mi nombre en cualquier actuación dirigida contra víctimas inocentes. Igualmente rechazo de antemano cualquier maquinación que pretenda mi liberación, que no debe ser más que a través de la sentencia que en su día dicte el Consejo Supremo de la Justicia Militar, una vez celebrada la vista de la causa, acto que no quiero rehuir en modo alguno. El día 24 de febrero rehusé las ofertas oficiales que se me hicieron para mi salida de España y mi actitud no ha cambiado. Desde mi prisión del castillo de La Palma, hago un llamamiento a los responsables del suceso de Barcelona para que, sea cual sea su ideología, sus motivaciones y sus propósitos, pongan inmediatamente en libertad a las inocentes víctimas que mantienen secuestradas.

Las autoridades ofrecen al Número Uno hablar con el protagonista del 23F para que oiga de primera mano su negativa a cualquier implicación en el asalto, a lo que este contesta: «Yo no hablo con traidores».

En una nueva lectura de la nota de los asaltantes, a algunos analistas les llama la atención la exigencia de liberar a Torres Rojas, San Martín, Mas Oliver y Tejero, adscritos a la línea más dura del golpismo, y que la lista no incluya a Alfonso Armada o Milans del Bosch, los dos militares de mayor rango, ambos de perfil monárquico.

Otro rehén liberado dice que los asaltantes llevan CETME, conocidas popularmente como «chopos», el arma reglamentaria de la Guardia Civil. Desde la Dirección General se ordena una inspección en cada uno de los cuarteles para localizar a todos los miembros del cuerpo y sus respectivas armas. Es una tarea de locos, efectuada a contrarreloj, de la que luego se informa que todo está en orden.

Después, será el general Pajuelo, jefe de la Guardia Civil en Cataluña, quien telefonee al banco para intentar averiguar lo que está ocurriendo. El Número Uno, con quien habla, no hace sino alimentar aún más las dudas:

> Cajero: Dígame.
> Pajuelo: ¿Cajero?
> C.: Dígame. Rollán al aparato.
> P.: Mire, aquí el general de la Guardia Civil. Que quisiera hablar un momentito con el capitán Sánchez-Valiente.
> C.: Sí. ¿Qué general, por favor?
> P.: Soy el general Pajuelo, jefe de la IV zona.
> C.: Pues me dicen que no desean hablar con usted.
> P.: Hombre… Yo quiero hablar con él, por favor.
> C.: Lo siento. Usted comprenderá…
> P.: Sí, pero insista, por favor. Que es por su bien y por el de todos. Por el de él y el de todo el Cuerpo.
> [Nueva consulta del cajero].
> P.: Por favor, decídselo. Lo he tenido a mis órdenes y se lo pido por favor.

Finalmente, uno de los asaltantes atiende al teléfono:

> Secuestrador: Mire, yo creo que el favor más grande que usted nos va a hacer es tratar de que la negociación siga adelante. Porque aquí la gente, las doscientas y pico de personas que tenemos, están un poco cansadas.
>
> P.: La negociación se tratará de que siga adelante, pero yo quiero charlar con él porque lo he tenido a mis órdenes y sé que él me hace caso a mí.
> S.: Pues por eso precisamente. Porque usted lo ha tenido a sus órdenes no queremos que hable con usted. […] Tienes que darte cuenta de que él es hijo de un guardia, como yo lo soy también.
> S.: Sí, yo también. Yo también soy hijo de un guardia y pertenezco al cuerpo. […] Sí, el motivo es que aquí sabíamos a qué entrábamos todos: o fracasábamos o triunfábamos. Nuestro fracaso es la muerte.
> P.: No hombre, no. En ese estilo tampoco. Yo creo que es un fracaso enorme el pensar en la muerte. Tenéis que procurar por todos los medios entregaros. Tener una salida airosa. ¿No lo comprendes?
> S.: La salida más airosa que tenemos ahora mismo, para nosotros y para el bien de esta gente que está aquí y que se está comportando maravillosamente, es que nosotros mañana o pasado mañana —no nos importa estar más tiempo, porque estamos tan acostumbrados a no dormir, cuando la obligación ha sido así, ¿comprendes? Y perdone que le tutee y no le dé el grado que tiene […]— volamos el edificio y tapamos toda la deshonra que estamos cometiendo.

La conversación acaba abruptamente. El Rubio inspecciona la situación: una idea le llega como un relámpago. Decide que va a salir. Ante el asombro de todos, busca al cajero Rollán, se pega a él por detrás, lo encañona con su pistola y lo obliga a caminar. Juntos se dirigen hacia la puerta, la abre y cruzan el umbral del Banco Central hacia la calle. Fuera, el corazón de Barcelona casi se para en ese momento. El silencio es sepulcral.

Desde el agujero de su pasamontañas marrón, oyendo su propia respiración a la intemperie, José Juan observa a centenares de policías apostados en aceras, calles y edificios. Da un breve paseo con Rollán agarrotado a su pecho a modo de escudo, mira en todas las direcciones y comprueba que las salidas están cortadas. Hay decenas de coches patrulla que miden cada uno de sus movimientos. Con un Winston en la boca, pistola en mano, el Rubio empieza a contar el número de francotiradores apuntando a su cráneo, pero al cabo de medio minuto deja de hacerlo. Son demasiados.

A Barcelona ya ha llegado el Grupo Especial de Operaciones, los geos, a cuyo mando se encuentran el comandante Carlos Holgado y el capitán Enrique Esteban. Desprevenidos y sin tiempo, llegan a la ciudad en el puente aéreo Madrid-Barcelona, equipados con el uniforme y todo tipo de armas, para pasmo del resto de pasajeros. Son una unidad de élite de la Policía española creada en 1978 a

imagen y semejanza del GSG 9, el grupo de operaciones especiales alemán que liberó un avión secuestrado en Somalia en 1977.

José Juan aprieta la mandíbula cuando identifica a los agentes de los GEO y, hundiendo un poco más la pistola en el cuello de Rollán, regresa de vuelta al banco.

Dentro, nota un calor que el paso de las horas hará asfixiante. Están atrapados. Hay que buscar una salida. Entre el material que ha traído la banda en las bolsas de deporte hay un documento con información específica sobre el banco, un plano detallado del edificio, un mapa de las alcantarillas y herramientas de obra. Ha llegado el momento de excavar un túnel.

Selecciona a los rehenes más fuertes, les obliga a bajar al sótano y ordena que empiecen a picar una pared, en el punto exacto que él les indica, bajo la supervisión de otro miembro de la banda. Van a usar picos y un taladro para hacer un boquete que llegue a la alcantarilla más próxima. Al cabo de un tiempo, el que vigila la operación avisa al cabecilla. Algo va mal. A pesar de los esfuerzos, la pared no cede. No han conseguido perforar nada. El muro no es de hormigón. Es un bloque de piedra viva.

José Juan da vueltas mientras piensa. Comprende que los planos son viejos. O peor, son falsos. Entiende también que están en una ratonera rodeados de dinero y que fuera hay centenares de policías esperando un solo gesto para matarlos.

La tensión se dispara. El resto de miembros de la banda empieza a preguntar. Bajan al sótano, suben y vuelven a bajar. Empiezan a ponerse nerviosos. Hay gritos. Hay insultos y reproches. Tienen a su alcance sacos con más de trescientos millones de pesetas —casi dos millones de euros—, pero están rodeados de agentes armados hasta los dientes, sin escapatoria posible.

En ese instante, la cohesión entre los miembros de la banda salta en pedazos. En un arrebato, uno de ellos sube al vestíbulo los sacos del dinero, los amontona y se dispone a quemarlos. Los rehenes saben que pueden morir por el humo y las llamas y el pánico se desata una vez más. La serenidad del señor Rollán consigue hacer entrar en razón al asaltante enloquecido, que al final opta por subirse a las sacas y fumarse un cigarrillo encima de la montaña de billetes.

Como un espasmo, el miedo se esfuma y regresa, incontrolable. El tiempo pasa y en la planta principal del banco los teléfonos siguen sonando. Una de las llamadas es de un directivo de la entidad bancaria, quien consulta a Rollán el dinero que hay en el banco. Cuando el cajero empieza a contestar, José Juan, que está a su lado, se da cuenta de que el directivo no ha preguntado por la situación de los trabajadores y clientes. Arranca entonces el aparato de las manos de Rollán y grita: «¡Usted lo que no tiene es vergüenza!».

Otra llamada de esa tarde es la del periodista Pedro Vidal, en directo desde Radio Nacional de España. Se le ocurrió marcar el número de la centralita del banco y sus compañeros vieron cómo de sus ojos saltaron chispas cuando oyó al Rubio contestarle al otro lado de la línea.

Pedro Vidal: ¿Con quién hablo, por favor?

José Juan: Con el Número Uno.

P. V.: ¿Qué piensan hacer en las próximas horas?

J. J.: En las próximas horas pensamos hacer lo siguiente: primero, si no se acatan nuestras peticiones, no saldrá nadie de este establecimiento.

P. V.: Sí, Número Uno. Usted ha dicho que si no se aceptan las condiciones que han planteado, nadie va a salir de ahí, del Banco Central.

J. J.: No, señor. De aquí nadie tiene la posibilidad de salir si a nosotros no nos da la gana.

P. V.: ¿Qué podría ocurrir si no se aceptan las condiciones?

J. J.: Podría ocurrir la mayor catástrofe que podría ocurrir en España.

P. V.: ¿Como por ejemplo?

J. J.: La voladura de un edificio de siete plantas.

Mientras, desde el Hospital Clínico, un locutor de Radio Barcelona explica que hay ingresada una veintena de personas liberadas del banco y que el único herido de bala es Martínez Calafell. Los demás sufren ataques de epilepsia, ataques de pánico y amagos de ataques al corazón.

Entre el terror y la esperanza, pequeños grupos de rehenes van saliendo con cuentagotas.

Cuando el reloj de la fachada del banco va a dar las seis de la tarde, dos jóvenes borrachos en un Ford Fiesta intentan romper el cordón de seguridad y llegar hasta la puerta del Central. Van vestidos con uniformes paramilitares, gritan vivas a la patria y dicen estar dispuestos a intercambiarse por los rehenes. Algunos medios dirán después que los borrachos, detenidos por la Policía, son miembros de Fuerza Nueva, que ese día celebra el acto de clausura de su congreso regional en Barcelona.

En los alrededores del banco hay un millar de personas que se agolpan tras los cordones de seguridad. Para todos ellos, el edificio del Banco Central es un imán al que miran hipnotizados. A última hora de la tarde, tres hombres se acercan a la suntuosa puerta de la entidad. Son Enrique Mosquera, el general Pajuelo y Enrique Chinchilla, un abogado ligado a la extrema derecha. Hablan algo menos de diez minutos con uno de los asaltantes y se vuelven por donde han venido. Más tarde, Chinchilla afirmará en una entrevista que pidieron entrar a la sala principal del banco, pero que el asaltante que les atendió se negó alegando que el general Pajuelo podría reconocer a alguno de ellos.

Después, Mosquera llama por teléfono al Número Uno y le dice:

—Con esto que estáis haciendo, a España no la beneficiáis. Habláis de amar a España y la estáis dejando a la altura del betún. Si sois lo que yo me supongo que sois, tenéis que tener honor, y el honor es la dignidad.

Al atardecer, por las inmediaciones de plaza de Cataluña hay dos grupos. Uno lanza vivas a Tejero y el otro grita: «¡Muera Tejero!».

El cielo de mayo va oscureciéndose. De un color naranja sucio, el centro de la

ciudad tiene un aire de sepulcro. A la puerta del banco llega un grupo de voluntarios de Cruz Roja con una televisión y bolsas con trozos de pollo y bocadillos fríos.

Se cumplen casi doce horas del inicio del asalto y José Gracia, uno de los trabajadores de mantenimiento del banco, lleva desde las nueve de la mañana metido en el lavabo del sótano. Suda y maldice su suerte. Ese sábado él libraba, pero tenía cita en el dentista por un dolor de muelas y, como estaba algo nervioso, decidió distraerse pasándose por el trabajo para acabar un arreglo pendiente. Allí, atrapado y solo, empieza a perder la noción del tiempo. No va a aguantar mucho más.

Esas largas horas de encierro y cansancio juegan a favor de la Policía. No tan lejos de donde está José Gracia, casi a sus pies, un pequeño comando de los GEO avanza por los conductos de las cloacas.

Fuera, junto a la sede del Banco de Bilbao, en la misma calle Vergara, a tiro de piedra de donde permanece reunido el centro de mando, está el restaurante Ca l'Agustí. La tensión, la sed y el hambre no perdonan, y a esa hora allí se van concentrando los policías.

José Martí Gómez era entonces un joven periodista que conocía a casi todos los ladrones y policías de la ciudad, casi tanto como a la ciudad misma. Antes de mediodía ya sabía que los que mandan y los que obedecen tarde o temprano acabarían recalando en el Ca l'Agustí. Ese sábado se pasa horas allí, entre cafés, comida y bebida, para oír novedades y transcribir conversaciones. Allí, un policía le expresa sus dudas sobre el perfil de los asaltantes, detalles relacionados con el hombre que ha salido a la calle llevando a Rollán como escudo. Le habla de esa forma de andar y fumar, de botas de tacón cubano, de pantalones gastados. Sospecha que no son guardias civiles, que son unos quinquis. Martí Gómez todo lo apunta. Tiene contactos en todos lados y poco después hablará con el ministro Fernández Ordóñez, quien le confirmará que el Gobierno está dispuesto a preparar los aviones que reclaman los asaltantes.

Rozando las diez de la noche, en ese mismo restaurante entrará Fernando Reinlein, militar condenado y expulsado del Ejército por su pertenencia a la UMD, y periodista para *Diario 16*. A esa hora, la calle Vergara ya se ha decretado zona de acceso prohibido, pero Reinlein consigue colarse. Utiliza el truco de pegarse a la espalda de uno de los mandos, el capitán Julián Delgado. Cuando el soldado que vigila la entrada le da el saludo marcial a Delgado, Reinlein también pasa, espetándole al pobre soldado un «¡baja la mano, chaval!», una frase que sabía que, pronunciada en el tono imperativo exacto, haría desistir al recluta de preguntar más.

Al entrar al restaurante todos los mandos discuten de lo mismo: si en el Banco hay guardias civiles y si detrás de todo el asunto puede estar Gil Sánchez-Valiente. Pero no puede escuchar mucho más, porque alguien le reconoce, le suelta un «pero tú que haces aquí» y le echan del bar.

Esa noche en Madrid, el presidente Calvo-Sotelo sigue puntualmente el suceso,

que ya ha saltado al ámbito internacional. El rey Juan Carlos recibe llamadas de apoyo del primer ministro francés François Mitterrand y del presidente estadounidense Ronald Reagan, y el canciller de Alemania Occidental, Helmut Schmidt, anuncia que retorna urgentemente a Alemania desde París, preocupado por el nuevo golpe a la estabilidad española.

La Moncloa decide enviar a Barcelona al general de la Guardia Civil Aramburu Topete. En el fragor de aquella psicosis durante la madrugada del 23 al 24 de mayo, Rodolfo Martín Villa consulta a varios legisladores y llega a poner sobre la mesa del presidente del Gobierno el borrador de un decreto ley que da orden de disolver la Guardia Civil.

Mientras, a más de seiscientos kilómetros de allí, de vuelta al perímetro de la plaza de Cataluña, las reuniones del mando único en el edificio del Banco de Bilbao están estancadas. Uno de los asistentes abandona el edificio para dirigirse a su casa. Es el fiscal de guardia, Alejandro del Toro. «Esto es un jaleo. Hay más de sesenta personas allá arriba opinando», le dice al periodista Fernando Reinlein, el expulsado del restaurante Ca l'Agustí, cuando los dos se encuentran en la calle.

Como un teatro, las lámparas que iluminan el interior del Central ayudan a la Policía —desde fuera, en la oscuridad— a estudiar detenidamente cada uno de los movimientos dentro del banco. Los geos ya han llegado a la conclusión de que la única forma de acceder a él no son las puertas ni las ventanas ni el subsuelo. Va a ser el tejado.

La noche avanza, pero nadie duerme. Con todas las luces encendidas, la sede del Central se llena de sombras espectrales. De lejos, cuando se levanta algo de niebla, parece un barco a la deriva. Allí dentro, perdidos, hay rehenes y asaltantes sentados en sillas, en el suelo, encima de las mesas. Algunos comen algo. Casi nadie habla. Un grupo ve en la tele la película *Waterloo*, en la que Rod Steiger interpreta el papel de un decrépito Napoleón. La distracción es una tregua, porque el agotamiento y la tensión están acabando con todos. A las seis de la mañana llega una ambulancia a la puerta del banco para llevarse a una rehén que ha sufrido un ataque de histeria.

Esa misma madrugada van llegando los periódicos a los quioscos de la ciudad. El asalto está en todas las portadas y hay denuncias sobre la falta de información oficial.

El jefe máximo de la Guardia Civil, Aramburu Topete, se incorpora el domingo por la mañana al mando operativo ubicado en el Banco de Bilbao. Su primera decisión es enviar una tanqueta de la Benemérita a las puertas del Central. Tras cruzar la solitaria plaza de Cataluña en un silencio que hiela la sangre, un guardia civil que está dentro de la tanqueta despliega un papel, coge un megáfono y lee: «Vuestro intento ha fallado. Solo os queda elegir. De vosotros depende exclusivamente el trato que hayáis de recibir. O salís como unos equivocados o lo hacéis como unos criminales. Estáis incomunicados. Os llamaremos cada media hora para ver si necesitáis algo».

Sobre esta arenga diría después el rehén Antonio Martínez: «La tanqueta hizo un mensaje digno de la revista *El jueves*». Pero en aquel momento, la situación roza la

tragedia. La respuesta desde el interior del banco es una ráfaga de disparos que da de lleno al vehículo militar. El enfrentamiento a tiros entre los asaltantes y la Guardia Civil desata el terror.

En la radio hay dramáticos llamamientos de los familiares de los rehenes para que los asaltantes no cometan una locura. Una señora apela al ejemplo del papa, que perdonó al terrorista que le hirió. Otra mujer, ya mayor, explica que lleva desde las diez de la mañana del día anterior al pie del banco, rogando información sobre su hijo, que trabaja allí. «Estoy aquí desde ayer, con solo dos cafés con leche en el cuerpo», explica. «Soy viuda y el que está ahí dentro es mi chico pequeño. Acaba de ser padre de un niño hace pocos días y tienen que liberarlo», suplica.

Desde las ventanas algunos rehenes también ruegan que cesen los disparos. En ese momento de tensión, la vista engaña y las cámaras y los micrófonos se confunden con metralletas. Un periodista y algunos secuestrados dialogan a gritos:

Rehenes: Dejen de disparar. ¡Que nos matan a todos si tiran!
Periodista: ¿Qué?
R.: ¡¡Que nos van a matar a todos!! ¡Se nos están llevando!
P.: ¿Han matado a alguien?
R.: No, pero nos van a matar, ¡igual han matado a alguno!
P.: Pero ¿no han matado a alguien todavía?
R.: ¡¡¡Aquí nos van a matar a todos!!!
P.: ¿Cómo? Perdón. ¿Qué?
R.: ¡¡Por favor!!
P.: ¿Qué queréis?
R.: ¡¡Que no tiren, que si tiran ustedes nos matan ellos!!
P.: No, ¡nosotros somos periodistas!

Desafiando toda lógica, tras el episodio de la tanqueta, el Número Uno sale del banco escudándose de nuevo con el cuerpo de Rollán. Esta vez llega hasta la Rambla. Un grupo de personas parapetadas tras la valla de seguridad le grita: «¡Hijo de puta! ¡Asesino!». En ese momento está rodeado por más de 1350 hombres de las fuerzas de seguridad. Hay policías, guardias civiles, GEO y agentes de los servicios secretos. Como si caminara sobre una pista de hielo, José Juan inspecciona todos los rincones hasta que regresa al interior del edificio. Al entrar le parece que penetra en un volcán.

No sabe qué hacer y, para aligerar la presión, da la orden de liberar a cuarenta rehenes. A esa hora han abandonado el banco casi ciento cincuenta personas. Cuando en el reloj de la fachada del Central suenan las doce del mediodía, el señor Rollán lee al teléfono las nuevas condiciones de los llamados «terroristas». Piden el traslado de los asaltantes y un grupo de rehenes en tanquetas blindadas hasta el aeropuerto de El Prat, donde tomarán un avión para abandonar España. El comunicado finaliza advirtiendo: «Sabemos que nosotros caeremos, pero también caerán los ciento cincuenta rehenes».

Al poco, Rollán descuelga el teléfono del banco y razona así ante el delegado del

Gobierno en Cataluña, Rovira Tarazona, antes de pasarle el auricular a José Juan:

> Rollán: Esta gente son seres humanos, como nosotros. Y llega un momento que llevan muchas horas en tensión y no sabemos lo que puede pasar. ¿Eh, me comprende?

Después:

> José Juan: Nosotros, para nuestra integridad física personal, queremos salir de España.
> Rovira: Pero eso ya se lo hemos dicho a ustedes, que es imposible que se pueda acceder a este tipo de peticiones. Ustedes, más que nadie, saben lo que representan acciones como esta, que no se puede resolver de esta manera.
> J. J.: Bueno, pónganos cuatro coches, despejen el terreno y nosotros desapareceremos, como se les hace a unos atracadores normales.
> R.: No, no.
> J. J.: Denos esa oportunidad también. No nos quieran tener metidos en la cárcel.
> R.: Lo único que nosotros queremos es, en primer lugar, resolver este incidente de la forma más civilizada. Sin que exista ningún derramamiento de sangre. En segundo lugar, que nosotros podamos establecer una serie de condiciones con ustedes que hagan que esta entrega, y lo que posteriormente va a realizarse, sea dentro de la mayor dignidad y el mayor respeto hacia ustedes.
> J. J.: Pero la gente no está de acuerdo en entregarse. ¿Qué hago yo con ellos?
> R.: Pero si yo entiendo la papeleta tan tremenda con que usted se encuentra. Yo lo entiendo perfectamente. Usted, en estos momentos, asume uno de los papeles difíciles que en las historias personales de cada uno nos tocan. Usted, dentro de ese colectivo que son ustedes, juega un papel heroico.

El tiempo pasa, pero nada se mueve. Los nervios están destrozados y se teme una masacre. En el mando único se toma una decisión insólita: el delegado del Gobierno Tarazona y el director de la Policía, Fernández Dopico, van a entrar al banco a negociar personalmente con los asaltantes.

Antes de acceder al edificio, Tarazona escribe en un papel y subraya apresuradamente: «¡Entrar en diálogo!».

El delegado y Dopico se dirigen a la puerta, a la que se asoma el cajero Rollán, que los cachea para comprobar que van desarmados. Después, cruzan el umbral de la puerta del banco y su vida queda a merced de la banda. En el encuentro, que dura algo más de media hora, José Juan exige llevar a cabo una rendición con honor y pide tiempo para convencer al resto de la banda. En paralelo, poco antes de la entrada de Dopico y Tarazona, sucede otro hecho extraño: a la una del mediodía, y durante treinta minutos, todas las emisoras excepto Radio Barcelona dejan de emitir información sobre el asalto.

Después, cuando se restablecen las conexiones, una radio logra dar con José Juan de nuevo, y este le pasa el teléfono a uno de los secuestrados, que lee otro comunicado, esta vez elaborado por los rehenes:

Barcelona, pueblo de Cataluña, pueblo de España.

Nuestros secuestradores están deseando llegar a un final feliz. Y, para demostrarlo, acaban de liberar a cuarenta hombres y dos mujeres. Queremos que no se interprete esto como un signo de debilidad.

Acaban de celebrarse unas conversaciones entre nuestros secuestradores y los señores Rovira Tarazona y Fernández Dopico. Esperamos y deseamos que lleguen a un feliz término. El ambiente ahora es mucho más tranquilo y mucho más relajado que hace unas horas.

Las similitudes entre el 23 de febrero y el 23 de mayo son evidentes. Si el 23 de febrero no fue sangriento, ¿por qué lo tiene que ser este? Que no lo sea. Pongamos todos de nuestra parte. En el 23 de febrero había 250 diputados. En el 23 de mayo había 250 rehenes. El 23 de febrero se resolvió de una forma satisfactoria para todos. Para que no haya españoles de primera y de segunda categoría es por lo que hacemos este nuevo llamamiento.

Nos han dicho que nos facilitarán toda la comida y los medicamentos que necesitamos, pero nos gustaría más no tener que necesitar ninguno. Por ello, pedimos encarecidamente, a las autoridades, y sobre todo a los que en estos momentos más nos tienen que dar su apoyo, las centrales sindicales, los partidos políticos, nuestros compañeros todos de banca: pacíficamente, salid a la calle, id a la Generalidad, venid aquí, prestadnos vuestro apoyo.

A los compañeros que acabáis de salir: decid lo que habéis hecho antes de traspasar la puerta. Habéis estrechado la mano de los secuestradores. Decidlo sin miedo, porque es la verdad. Decid que lo habéis hecho; yo lo creo sinceramente, no por dar las gracias porque os liberan, sino en reconocimiento a su buena voluntad.

Esperamos y deseamos que este sea el último comunicado y que, dentro de poco, de muy poco, podamos estar todos juntos, podamos traspasar esta puerta que nos separa y podamos abrazarnos todos mutuamente. Esto es todo. Muchas gracias.

El tiempo apremia. Huele a desesperación, todo parece estar a punto de estallar. Las familias de los secuestrados no pueden más.

Un grupo se manifiesta junto a la Jefatura Superior de Policía de vía Layetana en demanda de información. Los allí congregados esperan, transistor en mano, la llegada de los secuestrados. La angustia aumenta entre los que comprueban que los suyos no están entre los liberados. Les preguntan: «¿Has visto a Ángel, el electricista? ¿Conoces a Masó?».

Conforme pasan las horas, el sufrimiento de las familias de los secuestrados es insostenible. Se monta un punto de información en la delegación del Banco Central en paseo de Gracia, donde se consulta la lista de rehenes liberados y se atienden preguntas y peticiones. Pero no es suficiente. Los familiares se sienten cada vez más decepcionados, reclaman más atención y presionan hasta conseguir hablar directamente con las autoridades. A la reunión con las familias acuden Rovira Tarazona, Aramburu Topete, Fernández Dopico, el alcalde Narcís Serra y el presidente del Banco Central, Alfonso Escámez. El encuentro empieza tarde y mal.

«Entendemos su doble angustia. Cómo se encuentran sus familiares y cuándo van a poder volver a abrazarlos», empieza Rovira Tarazona. «Respecto a lo primero, después de nuestra entrada en el banco debemos decirles que los hemos visto en buenas condiciones físicas, teniendo en cuenta el trauma que están sufriendo. Respecto a lo segundo, decirles que estamos perfilando el acuerdo, pero nosotros no podemos acceder a poner ningún medio de transporte para que salgan del país».

Los familiares se soliviantan ante la negativa de las autoridades a ceder y exigen que los negociadores se ofrezcan como rehenes. Les reprochan un tratamiento diferente a las víctimas de este asalto y a las del asalto al Congreso de los Diputados. Se enfadan y protestan. «Por favor, déjenme hablar. He venido aquí a explicarles cómo están las cosas. El acuerdo es que todos los rehenes puedan ser devueltos a sus hogares y que los asaltantes queden a disposición de la autoridad», subraya Rovira Tarazona. «Yo he entrado en ese banco sin saber lo que pudiera pasarme, y lo he hecho por el bien de ustedes». Hay un nuevo tumulto. Entonces interviene el alcalde Narcís Serra: «¡Callad! Sé que estáis sufriendo tremendamente, pero necesitamos un poco de disciplina. Se ha dialogado siempre. Cada vez están cediendo más, cada vez hay menos rehenes. Lo estamos encarrilando. Yo he oído las cintas de las negociaciones y me hace pensar que son personas que cumplen con la palabra dada. No chilléis, que eso no arregla nada. Tranquilidad, por favor. No se usará la violencia. Va todo bien».

Una cosa está clara: las amenazas de los asaltantes de matar a rehenes no se cumplen. La Policía empieza a sospechar que las palabras y las renegociaciones no son más que un intento de ganar tiempo para preparar la fuga. Desde el momento de su llegada, los GEO han estudiado detenidamente la situación. Llevan horas esperando instrucciones para entrar en el banco. Ahora es inminente su asalto final.

Cuando el reloj del banco pasa unos minutos de las ocho de la tarde, las cámaras de televisión muestran a un secuestrador parapetado tras otro hombre. Se oye un tiro. Sin saberlo, el secuestrador se ha acercado demasiado a un agente de los grupos especiales escondido detrás de una de las cúpulas del banco. Los GEO esperaban la orden de asalto, pero ese encuentro lo precipita todo.

El rehén en manos del asaltante en el tejado es José Gracia, el técnico de mantenimiento del banco que se presentó en la sede para hacer tiempo hasta su cita con el dentista. Ha pasado casi todo el secuestro refugiado en el sótano. Después de casi treinta y cinco horas encerrado, cuando ya no podía más, ha salido del cuartucho y ha conseguido llegar con sigilo hasta el terrado. Es allí donde se encuentra con uno de los asaltantes. Derrotados los dos, sus ojos se miran. Y, sin más, llevados por el agotamiento, empiezan a hablar de lo que están viviendo. Hablan también de sus respectivas familias y descubren que tienen un hijo de la misma edad.

Entonces suena el primer disparo y el secuestrador coge a Gracia por el cuello para escudarse con su cuerpo. Aterrorizado, Gracia cierra los ojos. Oye más tiros, y después otros más. Piensa: «Ya está. Estoy muerto». Pero las balas le han pasado

silbando junto al oído. Cuando al fin se atreve a abrir los párpados, ve al secuestrador en el suelo con un tiro en la cabeza.

Ese es el principio del fin del asalto. Como una cascada, el disparo que roza el cráneo de José Gracia desencadena toda la acción policial. Hay carreras, órdenes y contraórdenes, muchos nervios y gritos. Ahora sí, los GEO reciben la orden de atacar. Un grupo dispara para cubrir la acción de sus compañeros apostándose en los tejados del edificio contiguo al Central, el hotel Continental. En paralelo, otro grupo salta hacia las escaleras de acceso a la última planta del banco cubiertos por el fuego de los compañeros. Entran a tiro limpio y van ocupando las plantas superiores del edificio.

Dentro del Central, el ruido de las armas coge por sorpresa a todos, y ese instante de desconcierto lo aprovechan algunos rehenes para escapar por la azotea. En la calle, un grupo de policías toma posiciones detrás de los plataneros de las Ramblas. Otros gritan a los vecinos que entren en casa y cierren puertas y ventanas. Se produce un nuevo tiroteo entre asaltantes y policías, y todo es confusión.

En la sala principal del banco, asaltantes y secuestrados están conmocionados. Los disparos que vienen de arriba suenan cada vez más cerca y hacen estallar los tímpanos. Hay gritos entre los secuestradores y uno, que parece enloquecido, obliga a los secuestrados a ponerse las manos en la cabeza. Muchos están convencidos de que los va a matar. Entonces, un empleado grita: «¡No disparen, voy a abrir la puerta!» mientras busca desesperadamente unas llaves. Abre cajones y armarios. No las encuentra, pero, no se sabe cómo, finalmente alguien consigue abrir la puerta lateral del banco, que da a la Rambla.

En ese momento, atropellándose unos y otros, saltando, varios hombres huyen del banco propulsados por una energía interior. Algunos echan a correr, cayéndose, tirándose, arrojándose al suelo, tratando de seguir las instrucciones que les dan los geos apostados en los alrededores. La Policía sospecha que los asaltantes se están camuflando entre rehenes. Algunos se han cambiado la chaqueta con los secuestrados, se han quitado el pasamontañas y han tratado de ponérselo a la fuerza a los retenidos.

Impulsados por una fuerza salvaje, un río de personas continúa saliendo del edificio mientras la Policía vigila que nadie se escape. Cuando son las 20:40, una treintena de rehenes ya han logrado salir del banco. Aterrorizados, mirando en todas direcciones entre disparos cruzados que no saben de dónde vienen, algunos logran llegar hasta el quiosco de periódicos de las Ramblas y, reptando, consiguen llegar hasta la boca del metro de plaza de Cataluña.

José Juan también se ha quitado el pasamontañas y trata de escabullirse como puede entre la confusión. En su intento de huida, cuando cruza el umbral de la puerta del banco, se le cae la pistola.

Los GEO siguen disparando mientras avanzan cubiertos por sus compañeros ubicados frente a la estación del metro. A las nueve y media de la noche los equipos especiales ya han *limpiado* el cuarto y tercer piso del banco y la mayoría de rehenes ya han salido.

Pasadas las diez, el edificio está completamente rodeado y ocupadas todas sus dependencias. El «acto terrorista del Banco Central», como lo califican las radios y los periódicos, llega a su fin.

La electricidad del ambiente se esfuma. El aire ya es otro. En la calle, la Policía va agrupando a los huidos del banco, los va subiendo a un autobús y se los lleva a la Jefatura de Policía, al edificio de vía Layetana. Por el camino, algunos rehenes hacen señales con la cabeza a la Policía para indicarles quiénes del grupo pertenecen a la banda de secuestradores.

En el banco, los geos reducen a los últimos terroristas y proceden a una labor de reconocimiento en busca de explosivos. Poco a poco se encienden las luces de las dependencias. A las diez y cuarto de la noche del domingo, 24 de mayo, se da por finalizada la operación. Los atracadores se han rendido sin condiciones. Después de treinta y siete horas, el dispositivo de seguridad que rodeaba el Banco Central se levanta. La gente empieza a dispersarse, a pasear de noche arriba y abajo por las Ramblas. Como en un sueño, todos hablan de lo que han visto.

En el fragor del momento, la huida del Número Uno es de corto alcance. Apenas unos metros. Ya lleva un rato detenido junto al banco, maldiciendo su suerte. Está con las piernas abiertas, las manos apoyadas contra la tanqueta de la Guardia Civil que él mismo había tiroteado, junto a un furgón de transmisiones, vigilado por dos inspectores de la Brigada Antiterrorista. Es entonces cuando pasa por allí un grupo de policías. «Coño, José Juan, qué haces aquí. La que has liado», le dice uno al reconocerlo.

De las diez y media de la noche en adelante es la hora de las autoridades. En el banco no queda nadie y apenas hay heridos. Casi no pueden creer que la pesadilla haya terminado así, como un milagro. Se organiza una rueda de prensa improvisada en la Delegación del Gobierno, cerca de la Barceloneta, la regia sala oliendo a salitre.

Frente a los micrófonos una docena de hombres, algunos de uniforme y con medallas en la pechera, fuman sin parar. Empieza a hablar el delegado del Gobierno, Rovira Tarazona. Dice: «No hemos ni dormido, no hemos comido. No hemos podido atenderles a ustedes. Tengan en cuenta que es un tipo de información de carácter muy delicado. Hemos vivido una situación de máximo cuidado en el manejo de los datos informativos». Pasa la palabra al general Aramburu Topete. «El mayor éxito reside en que ha sido demostrado que en absoluto la Guardia Civil ha tenido ninguna participación. Solo ha participado en la lealtad para con el Gobierno de España», sentencia. Algunos dirán después que cuando se enteró de que no había ningún miembro de la Benemérita dentro del banco se echó a llorar.

En un momento de la rueda se pregunta por los motivos y la identidad de los asaltantes, a lo que se contesta que es aún pronto para dar esa información. Se insiste y, finalmente, se da el nombre del Número Uno: «Se llama José Juan Martínez Gómez, nacido en 1956, en Almería. Tiene antecedentes por atracador y anarquista». «¿Cómo atracador y anarquista? ¿Todo junto, las dos cosas, una por la

otra? ¿Es un comando anarquista?», pregunta una periodista. Rovira Tarazona contesta: «No, no, en ningún momento hemos dicho eso. Ustedes han preguntado y en su hoja delictiva sale eso, pero no significa ni decimos que tenga afiliación a la CNT o que sea un comando anarquista». Sobre el móvil del asalto, reconoce que en ese momento solo manejan dos hipótesis: el robo de dinero o la liberación de los encausados por el 23F.

Mientras, en Madrid, a la una y media de la madrugada termina la reunión del presidente del Gobierno Calvo-Sotelo con varios ministros. A esa hora, Ignacio Aguirre, secretario de Estado para la Comunicación, se encuentra con un pequeño grupo de periodistas en los pasillos de la Moncloa. Dice que se está llevando a cabo una «evaluación política de los acontecimientos a la vista de las informaciones que van llegando desde Barcelona tras los interrogatorios de los detenidos». Después habla de conexiones con «elementos de extrema derecha, según primeras conclusiones que ha sacado el Gobierno», y cuenta que «los detenidos han declarado que recibieron cinco millones en Perpiñán para llevar a cabo esta operación».

Segunda parte

6. Una extraordinaria confusión

Tras las treinta y siete horas de secuestro, la mañana del lunes llega cargada de malos augurios. Avanzan las primeras investigaciones y la Policía hace públicos los nombres de diez asaltantes:

José Juan Martínez Gómez, veinticinco años, de profesión electricista. Robos en establecimientos de Almería y en chalés de Torremolinos; diversos robos en bancos, como la sucursal de Caja de Ahorros de Almería o la Banca Jover, en Barcelona; sospechoso de muchos atracos en farmacias en Francia.

Cristóbal Valenzuela, veintitrés años, sin profesión conocida, cuñado de José Juan. Sospechoso de atracos a numerosas farmacias en Francia, detenido por intento de evasión de presos en Barcelona, al encontrársele unos planos para la construcción de un túnel hacia la cárcel Modelo, partiendo de un almacén en la calle Avenida Roma.

Jorge Valenzuela, veinte años, sin profesión conocida, cuñado de José Juan. Carece de antecedentes.

Miguel Ángel Millán, treinta y cuatro años, administrativo. Detenido por estafa y apropiación de treinta millones de pesetas en la Caja Rural Provincial de Zaragoza, de donde era empleado, y por apropiación indebida de un coche valorado en cuatrocientas mil pesetas.

Francisco Domínguez, veintiséis años, sin profesión, tercer cuñado de José Juan. Detenido en Barcelona por varias tentativas de robo, entre ellas a la Banca Jover de Barcelona; reclamado como sospechoso de atracos a farmacias en Francia.

Tomás Paz, treinta y cinco años, pescador. Detenido por la Guardia Civil de San Fernando de Henares por una pelea en una taberna cuando estaba en el Ejército; detenido en Barcelona por robo a mano armada; autor de hurtos en tiendas, pisos y en el interior de vehículos.

José María Cuevas, treinta y cuatro años, de Terrassa, sin antecedentes. El fallecido.

Juan Quesada, apodado el Macaco, cuarenta y un años, sin profesión. Detenido en Almería por hurto, por arresto gubernativo; enviado al Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social por ser maleante; sucesivos arrestos gubernativos en Almería y Barcelona. El Juzgado de Peligrosidad de Barcelona le considera peligroso y le somete a medidas de seguridad. Detenido en Valencia por robo de vehículos; detenido en Barcelona, en unión de José Juan Martínez Gómez, por robo en Banca Jover excavando un túnel.

Mariano Bolívar, veintiún años. Autor del hurto de vehículos, detenido por amenazas, acusado de robo y receptor de objetos robados.

Alberto Ots, treinta y siete años. Detenido por sustracción de furgoneta, por amenazas de muerte; detenido por contrabando.

Los boletines de noticias echan humo. Dan detalles de última hora, avanzan nuevas pistas y buscan declaraciones de los políticos. Informan de que la Policía está registrando el banco de arriba abajo y que han encontrado cinco pistolas de la marca Astra, dos Llama, una Star, dos revólveres y un subfusil Sten. También han encontrado dos taladradoras, picos y palas desmontadas y metidas dentro de la funda de una guitarra, un megáfono, varias bolsas de deporte, un maletín con pasamontañas y guantes de plástico, un medidor de tensión, escarpas, punzones, linternas y un paquete de pilas de recambio.

En el centro del suelo de la sala principal —como una pira sacrificial, buscando un milagro que no pudo ser— han encontrado una montaña de billetes de mil pesetas arrugados y rotos, con manchas rojas de vino.

Ese lunes, 25 de mayo del año 1981, se oye en las ondas: «Retransmitimos desde el programa *Impactos*, de Radio Barcelona. Y, para impacto, lo de este fin de semana». Seguidamente, el locutor, sin dar nombres, presenta a dos rehenes, trabajadores del banco, dispuestos a dar testimonio de lo que vivieron. Antes de acudir al estudio han pasado un momento por el Central y atestiguan lo que había adelantado la Policía: «Aquello es una leonera. Todo tirado, con restos de comida. Sucio».

El rehén número uno describe los primeros minutos del asalto: «Estaba hablando con un cliente cuando empezaron los tiros y nos escondimos debajo de la mesa». Allí oyeron a los encapuchados decir: «Esto no es un atraco. Es un movimiento político. No venimos a por dinero». Explica que después lo encerraron en la cámara blindada con ocho personas y que luego metieron a setenta más. Y describe esas horas como un carrusel de pesadilla. «Los terroristas nos trataban a gritos y al rato se volvían amigables y tranquilos. Nos dieron café con leche, y tabaco había cantidad», detalla. Después, dice que se fijó en las armas que usaban y que le parecieron pocas y antiguas. «Uno me dejó un momento la suya. Me dijo: “Aguántamela un momento, que voy a echar un trago”».

El rehén número dos comenta que esa mañana estaba en la sección de Cuentas Corrientes cuando vio a «un asaltante medio tapado y disparando, y me asusté. Pero después el trato fue bastante correcto, todo hay que decirlo. Nos dijeron: “Tranquilos, que el avión viene enseguida y nos vamos”, y también: “No somos de la ETA. Nosotros odiamos a ETA”. Hablaban del “héroe de Tejero”, del “terrorismo rojo” y gritaron cuatro veces “¡viva España!”».

Los dos trabajadores coinciden en que uno de los momentos en que más temieron por su vida fue cuando entraron los GEO. Por lo demás, su percepción del suceso es distinta. El rehén dos calcula que había unos quince secuestradores y afirma no creerse que fueran una banda de delincuentes. «Igual alguno sí lo era, pero lo hemos hablado entre algunos de nosotros y no nos lo creemos», reflexiona. Su compañero, en cambio, calcula que los asaltantes eran ocho, y le parecieron «hombres, no sé, como de poca talla. Pero es cierto que ahí había una organización, una disciplina. Todos eran obedientes y el que mandaba era el Número Uno».

La realidad es volátil y las divergencias entre los que vivieron aquellas horas de

terror persisten en el tiempo.

Jordi Mas está hoy sentado al fresco en una terraza de la vía Júlia, en el barrio de la Prosperitat, en Barcelona. Es pronto por la mañana y el tráfico ruge, pero a esa hora temprana el aire huele a tierra mojada, la de la cercana montaña de Collserola. Mas es uno de los trabajadores del banco que sufrió el asalto de 1981. Entonces él era miembro del sindicato Comisiones Obreras y comunista del PSUC. Explica que decidió entrar a trabajar en el Banco Central para hacer la revolución. Su idea era estar allí un tiempo y largarse después a seguir la lucha con los trabajadores del metal. Pero lo que te depara el futuro nunca se sabe. Cuando ocurrió lo del asalto al banco, Mas ya llevaba diez años en la plantilla y allí se quedó, viviendo las sucesivas fusiones entre entidades bancarias hasta su jubilación.

Cuarenta años después, Jordi sigue preguntándose qué ocurrió ese fin de semana. Nadie le ha explicado aún por qué sufrió aquella pesadilla. Del sábado 23 de mayo recuerda el momento preciso en el que salió del lavabo de la tercera planta y vio a un tipo con «un señor pistolón» que le apuntó a la cara y le dijo: «Para abajo». Cuando llegaron a la sala principal del banco había un montón de compañeros tendidos en el suelo. Los asaltantes pidieron voluntarios para subirse a las ventanas y hacer de parapeto para disuadir a la Policía de disparar, y él levantó la mano. «Fue por hacer algo. Mejor estar distraído», dice. Ese fin de semana lo tenía todo preparado para ir con su familia al camping Benelux de la Costa Brava en cuanto saliera del trabajo. Encaramado frente al cristal, observando las idas y venidas de la Policía, imaginaba a su mujer y a sus hijos cargando el Citroën 2 CV de toallas y de cerveza fresca, esperándole.

Mirando los plataneros de las Ramblas, a Jordi le martilleaba una pregunta: ¿podré estar un día más con mi gente o ya todo se acabó para mí?

Pasó mucho miedo. Recuerda cuando los GEO entraron al banco y uno de los secuestradores, «el más jovencito, se puso muy nervioso y empezó a disparar al techo». Aún agradece el gesto del trabajador del banco —no recuerda su nombre— que, en el momento de máxima tensión, como en una vieja película de cine negro, levantó las manos y, mirando a los ojos de los hombres armados, dijo: «Todos tranquilos. Nos vamos juntos. Salimos todos juntos». El héroe anónimo, ese al que quizás muchos le deben la vida, se fue en busca de la llave sin encontrarla, pero, no se sabe cómo, finalmente consiguió abrir la puerta.

Jordi no duda un instante al afirmar que el asalto fue «una cosa de chorizos». «Tenían unas pintas de quinquis que tiraban para atrás. Había uno, gordo, al que al agacharse se le veía el culo. Y el Número Uno era un chulo con una pistola que miraba a la gente arrodillada en el suelo, todo fanfarrón y satisfecho». Explica que las cajas de seguridad solo se podían abrir con la combinación de dos llaves a la vez —la del dueño y la del encargado de las cajas del banco— y que no se tocó ninguna. Después, cuando la pesadilla acabó, el Banco Central regaló unas vacaciones a los trabajadores afectados por el asalto, y Mas y su familia se fueron a Tenerife.

Algo más lejos, en su casa de la ciudad de Girona, agotados de enfrentarse a un enigma, Ramón Mendoza y su mujer, Isabel, hacen un esfuerzo por recordar aquellos días de mayo. Ramón era taxista y hacía trabajos para el banco, llevando documentos desde las oficinas de Girona a las de Barcelona. Ese sábado tenía que llevar unos papeles al Central en la plaza de Cataluña. Se fueron los dos juntos para allá, porque después de esa entrega empezaban su fin de semana de sol y playa. A las 9:20, cuando llegaron a la esquina de la plaza con la Rambla, Ramón se bajó un momento del coche mientras su mujer lo esperaba con el motor en marcha. Al cruzar la puerta del banco, una mano lo cogió por la pechera y una voz le dijo: «Mala suerte. *Palante*». Era José Juan, que estaba cerrando desde el interior cuando Mendoza asomó la cabeza. Le empujó hacia adentro, a la sala principal del banco, y allí Ramón vio a un montón de personas tiradas en el suelo con los brazos cruzados en la espalda. Buscó un espacio para su cuerpo en las baldosas y se agachó para hacer lo mismo, pensando en su mujer, oyendo a los autobuses y a los coches tocando el claxon, impacientes ante ese coche aparcado donde no debía. Y así estuvo ella, las manos sudorosas al volante, escrutando la puerta con ojos muy abiertos, casi enfadándose ante la tardanza de Ramón. Hasta que se le acercó un policía y le dijo: «Señora, tiene que sacar el coche de aquí. Hay que despejar la zona porque están atracando el banco».

Dentro, a Mendoza le obligaron a subirse a la ventana, pero al poco tiempo uno de la banda cambió de idea y le ordenó vigilar las escaleras. «Me dijo que me quedara allí, por si oía o veía algún movimiento sospechoso que viniera de arriba», explica. El asaltante le dio un paquete de tabaco y le dijo: «Si ves que viene por ahí algún policía o alguien, tú tira el paquete. Esa será la señal. Y piensa que como baje alguien y no lo hagas, te pego un tiro en la cabeza».

Fuera, en la calle, su mujer iba loca. Dejó el coche donde pudo y corría del banco a la sede de la Policía en vía Layetana y vuelta a empezar; sin comer, aterrorizada por lo que le pudiera pasar a su marido. «Perdí tres kilos ese día. Estaba sola, pero no quería avisar a la familia para que no sufrieran», recuerda. Finalmente, Ramón salió en el grupo de rehenes liberados ese mismo sábado.

Teresa Gallissà está sentada en el sofá de su casa del pueblo de Masnou, a quince kilómetros de Barcelona, y observa el río de coches de la carretera de la costa. Ella lleva también cuarenta años conviviendo con la sombra de ese fin de semana. Entonces era una joven feminista, una ferviente comunista. «La leona del Maresme» la llamaban, y ríe al contarlo. Militaba en Bandera Roja y creía en la revolución. Entró a trabajar en el Banco Central para «descomponer los restos del sindicato vertical franquista, proletarizar a los asalariados y despertar la conciencia obrera de sus compañeros», explica. Pero vinieron los hijos y las responsabilidades, y acabó jubilándose en el banco.

Recuerda que aquel sábado había salido un momento a tomar un café al bar Nuria, en la Rambla, y que, de vuelta al banco, nada más cruzar la puerta forjada, un encapuchado la cogió, la obligó a bajar al sótano y la encerró en la sala de las

cajas de seguridad. Asustada, mirando y hablando con otros, le dio la impresión de que algunos de la banda eran miembros de extrema derecha.

Recuerda que al cabo de unas horas el miedo dio paso a una sensación de hambre, pero el pánico regresó cuando se dio cuenta de que algunos asaltantes estaban mirando y abriendo cajones buscando los bocadillos de los trabajadores. «Yo tenía un ejemplar de *Estrella Roja* —revista del Ejército Revolucionario del Pueblo— en mi mesa y me obsesioné con la idea de que podían encontrarla y buscarme para matarme», dice.

Después, cuando todo acabó, Teresa Gallissà también se fue con su pareja y sus hijos a las Canarias a cuenta del banco. Pero al volver entendió que la pesadilla no había terminado. Junto a un semáforo, un coche o una moto, la sombra de cualquier persona que se parara a su lado le hacía temblar de terror.

En los días posteriores al 23 de mayo, los medios ponen a sus mejores equipos a trabajar en el caso. *La Vanguardia* publica que la Policía francesa asegura que José Juan, Cristóbal, Jorge, Domínguez y Juan Quesada forman parte de una banda de atracadores en busca y captura como presuntos autores de varios robos a entidades bancarias del sur de Francia mediante el método «rififí»: excavando túneles desde las alcantarillas.

Los diarios *El País* y *El Periódico de Cataluña* recogen que fuentes anarcosindicalistas de Perpiñán aseguran que José Juan es un confidente de la Policía española. Le acusan de ser el responsable de la detención, por posesión ilícita de armas, de dos militantes anarcosindicalistas franceses que se habían trasladado en 1978 a España. Según dichas fuentes, José Juan fue detenido, acusado de presunta implicación en el atentado contra la sala de fiestas Scala, pero su nombre no aparecía en la nota policial redactada con tal motivo el 17 de enero de 1978. Las fuentes insisten que fue puesto en libertad sin que se formulase ninguna acusación en su contra y tras un intento de linchamiento por un grupo de detenidos anarquistas.

La idea del asalto como un acto de desestabilización política es un incendio negro que se propaga por todas partes. La semana del 25 de mayo nace con escasas certezas. El asalto paralizó el país. Fue un espectáculo hipnótico retransmitido en directo, una acción que puso en jaque al Gobierno y que, por el espacio de unas horas, hizo temblar los cimientos de la democracia. A partir de ahí, todo es espeso y oscuro, la receta perfecta para las conspiraciones.

En los días posteriores al asalto las informaciones que van desgranando fuentes policiales, fuentes del Gobierno y fuentes oficiosas son un frenético baile que va de la crónica política a la crónica de sucesos, del mundo del terrorismo al mundo de los bajos fondos. Como una mancha de sangre, la duda se extiende sobre el número de asaltantes y su identidad, su filiación política, sus fuentes de financiación; sobre los posibles instigadores de los hechos y sobre los fines perseguidos.

El primero en vincular el atraco con la extrema derecha es el propio Gobierno de Calvo-Sotelo. Lo hace a través de sus primeras notas y de las declaraciones de prensa del sábado 23 de mayo. Una senda a la que se suma el Número Uno, en

cuya declaración a la Policía se recogió lo siguiente:

> El día 15 o 16 de marzo se había entrevistado en Perpiñán (Francia) con un tal Antonio Luis, que se presentó como de tendencia política ultraderechista, y le encargó «una acción importante», ofreciéndole por ella cinco millones de pesetas y cantidades similares a los demás participantes.
>
> Unas fechas más adelante, volvió a tener un segundo encuentro con Antonio Luis en Perpiñán, en el que le concretó que la acción consistiría en el asalto a las dependencias del Banco Central de la plaza de Cataluña, en Barcelona. Habría de tomar como rehenes a cuantas personas se encontraran allí en esos momentos. Seguidamente, haría público un comunicado que hacía referencia a la solicitud de libertad, a cambio de los rehenes, del general Torres Rojas, el coronel San Martín y los tenientes coroneles Tejero y Mas, que habrían de ser trasladados, en avión preparado al efecto, desde el aeropuerto de Barajas a la República Argentina. Idéntico destino habrían de tener los asaltantes desde el aeropuerto de El Prat, en Barcelona. El plazo máximo a conceder a las autoridades para efectuar el canje sería de setenta y dos horas.
>
> El declarante sería el encargado de buscar a los integrantes del grupo entre gente de su absoluta confianza: Antonio Luis le había entregado la cantidad de 1.500.000 pesetas. Al sugerirle el declarante la dificultad de obtener armas, el tal Antonio Luis le había indicado que él se las proporcionaría más adelante.
>
> Antonio Luis le había indicado en esa entrevista la importancia fundamental, para el buen desarrollo de la acción, de mantener en todo momento un comportamiento semejante al de los cuerpos castrenses, por parte de todos los integrantes del grupo asaltante, mientras durara la toma del edificio y el secuestro de los rehenes. No habrían de negar ni afirmar la pertenencia a ningún cuerpo en concreto.
>
> El día 15 de mayo, en Barcelona, se reunieron de nuevo Antonio Luis y el declarante, quien le entregó un maletín de color marrón asegurándole que en él se encontraban las armas solicitadas. También declaró el detenido que, igualmente, le hizo entrega del texto del comunicado que debería dar a conocer una vez que hubiera tomado el banco, a la vez que le exigía que la operación se realizase, inexcusablemente, el día 23 del corriente mes de mayo.
>
> El declarante contaba con varias personas para realizar esta acción. A todas ellas les había hecho ver que el principal motivo era el atraco al Banco Central y que, al hacer creer a la Policía y a la opinión pública que se trataba de una «acción política», exigiendo la libertad del teniente coronel Tejero y de sus compañeros, les sería más fácil conseguir su objetivo.
>
> El pasado día 22, hacia las seis de la tarde, se reunieron en el bar Miquel, en la calle del Almirante Isada, de Barcelona, todos los integrantes del grupo con el fin de estudiar los últimos detalles para realizar el citado asalto al día siguiente.

La declaración fue hecha pública y los diarios recogieron que, tras el asalto, la Policía barcelonesa detuvo a Alberto Royuela, Jorge Mota, Roberto Ferruz y Luis García Rodríguez, y en Madrid a Ignacio Maldonado, Rafael Gómez y Francisco

Javier Rodríguez, todos ellos vinculados a la ultraderecha, pero que a la semana fueron puestos en libertad sin cargo alguno.

La crisis del Central lleva al presidente del Gobierno a comparecer ante el Congreso de los Diputados el martes 26 de mayo, apenas cuarenta y ocho horas después del fin del asalto. En el Diario de Sesiones queda anotado que Calvo-Sotelo advierte: «Adelanto ya —como decía Ortega y Gasset— que explicar claramente una realidad confusa puede falsearla».

En la Cámara, la retórica del presidente transmite la confusión del rompecabezas cuando dice:

> Al cabo de solo un día y medio de interrogatorio de los secuestradores, quedan aún puntos sobre los cuales ni siquiera toda la voluntad de transparencia del Gobierno podría traer aquí la luz definitiva y necesaria.
>
> En cuanto al número de asaltantes, se va conociendo a lo largo del secuestro, por lo que dicen los propios asaltantes y los rehenes. Con alguno de estos he hablado personal y largamente, y su estado al salir no les permitía dar cuenta de forma serena de lo que habían visto, ni dentro estaban en condiciones de observar bien, ya que ninguno tuvo nunca una visión global ni vieron juntos a todos los asaltantes, además de que parece que estos cambiaban de vestimenta y su cara cubierta hace difícil una evaluación. Los propios secuestradores hablaron primero de que eran veinte, y luego, veinticuatro, para exagerar su propia fuerza. Estas cifras llegaron a la opinión pública por deseo de transparencia de quienes dirigían las operaciones en Barcelona, que seguramente les hizo decirlo precipitadamente.
>
> En cuanto a las armas, se les han encontrado doce, y parece que uno de ellos utilizaba una metralleta y una pistola a la vez. Había la sospecha de que huyeron algunos de ellos entre los rehenes; por eso se ordenó que todos estos, en cuanto hubiese alguna duda, pasasen para ser identificados por la Jefatura Superior de Policía, por lo que no es razonable que hayan escapado secuestradores. Se ha detenido a un undécimo, hermano de uno de los asaltantes, pero que parece que no estuvo dentro. En este tema no hay propósito de ocultar nada, ni hay cautela ni precaución, sino, en todo caso, hubo falta de ellas en el mando operativo de Barcelona.
>
> En cuanto a la identidad, se han dado los nombres, y el historial está en manos del ministro del Interior. Se sigue investigando y ninguno de ellos, por lo que se sabe hasta ahora, pertenece o ha pertenecido a las fuerzas de seguridad del Estado. Sobre su filiación política tenemos las fichas de algunos, entre ellas las del jefe, en donde se recogen conexiones con anarquistas, un grupo autónomo anarquista; pero ello no quiere decir que la iniciativa y la responsabilidad de los hechos sea de estos grupos. Tras la primera hora y media de interrogatorios, el secretario de Estado para la Información dijo que se apuntaba a una operación de la extrema derecha. Tal vez fue una información prematura, pero se dijo porque una de las primeras declaraciones del jefe de la banda iba en este sentido.

El presidente procede entonces a detallar las informaciones del interrogatorio a la Cámara y cuando ya está finalizando su intervención advierte: «Actualmente, se

busca al tal Antonio Luis en colaboración con la Policía francesa. El Gobierno dará cuenta de la marcha de estas gestiones. Pero hay una pregunta fundamental, a la que no puedo dar una respuesta solvente: ¿quién está detrás de estos hechos?».

Las explicaciones de Calvo-Sotelo no son bien recibidas por los grupos parlamentarios. El diputado Marcos Vizcaya, del PNV, habla de informaciones contradictorias y acusa al presidente de esconder indicios de que se estaba preparando algo con motivo de la celebración del Día de las Fuerzas Armadas en Barcelona. Otros denuncian que hace demasiado tiempo que el Gobierno no ofrece informaciones claras, que vive a la defensiva y dando la sensación de estar cediendo «ante cosas que no se sabe muy bien cuáles son», según Jordi Solé Tura, diputado del PSUC. Felipe González, líder del PSOE y cabeza de oposición, va más allá y subraya: «El hecho del 23 de febrero debería ser calificado como políticamente más grave; el hecho del 23 de mayo, como políticamente más ignominioso». Y prosigue: «No era posible que gente calificada de macarras, chorizos y con no sé qué connotaciones anarquistas, que era la referencia de ficha policial, hubieran tenido en jaque a un Estado como el Estado español durante más de treinta horas en un acoso perfectamente organizado, perfectamente instrumentado. Eso no se lo cree nadie. Y el que menos se lo cree es el Gobierno».

La confusión aumenta cuando se descubre un túnel en un sótano de la calle Casanova, 199, a dos kilómetros de la plaza de Cataluña. El local se alquiló a nombre de José María Cuevas, el asaltante muerto. En el registro, la Policía encuentra varias armas, documentación falsa y material de obra para perforar la pared. Cerca de ese túnel se iba a celebrar, pocos días después, el desfile del Día de las Fuerzas Armadas. La rumorología se dispara, pero los expertos apuntan que es demasiado bizarro preparar un atentado de esas dimensiones y, a su vez, asaltar un banco con una toma de casi trescientos rehenes. La Policía sospecha que, en realidad, es la preparación de otro intento de robo. En una noticia del *Diario 16*, con fecha de 2 de junio del 81, se afirma que el túnel de la calle Casanova estaba orientado directamente a la manzana donde tienen su sede la Banca Mas Sardá y una importante joyería.

Si, tal como explicó José Juan a la Policía, detrás del asalto había un plan de desestabilización, el éxito fue rotundo.

7. Golpe rico, golpe pobre

La perplejidad es total. Un editorial de *El País* —titulado así, «Perplejidad»— empieza diciendo:

> Si es preciso creérselo lo creeremos; creeremos cuando dicen que los asaltantes al banco de Barcelona son pistoleros contratados, macarras y gentes de mal vivir. No tan macarras a la postre, si bien se mira, toda vez que han rechazado los abundantes millones de pesetas que tenían en su poder en el banco y han preferido rendirse e ir a la cárcel en vez de intentar salir con rehenes y gozar de su botín en Dios sabe dónde.

Una carta anónima al director publicada en el mismo diario, firmada solo bajo el misterioso epígrafe de Abogado, relata:

> La versión de que los asaltantes del Banco Central de Barcelona son solo delincuentes comunes es difícil de digerir si, además, se cae en la cuenta de que, en una primera declaración, el llamado Número Uno habló de un tal Antonio Luis y que entre los ultraderechistas detenidos a raíz del asalto al banco aparecía un tal Luis García Rodríguez en las notas dadas por la Policía a la prensa, cuyo nombre completo es, efectivamente, Antonio Luis García Rodríguez, conocido ultra con residencia en Barcelona, que facilitó la entrada en España de un numeroso grupo de ultraderechistas italianos —Salvatore Francia, Delle Chiaie, Giannettini, etcétera— y cuya extradición fue pedida varias veces por el Gobierno italiano por suponerle relacionado con el sangriento atentado del tren Italicus y hasta con el asesinato del fiscal de la república, el juez Occurzio, pues había indicios de que el tal Luis Antonio había proporcionado el arma que sirvió para ejecutar al fiscal italiano.

En la revista *La Calle*, Manuel Vázquez Montalbán publica un artículo titulado «Rufufú», como la comedia italiana de Mario Monicelli de 1958, en la que unos ladronzuelos desesperados sueñan con un gran golpe, pero lo único que consiguen robar es una cazuela de potaje de garbanzos con morcilla. Montalbán escribe:

> A estas horas, kilómetros de palabras ya han especulado sobre lo que concierta y no concierta entre las distintas perspectivas desde las que podemos aproximarnos a los hechos de Barcelona. Y a juzgar por las concertaciones más frecuentes, es fácil llegar a la conclusión de que todo ha sido una broma, una broma de extrema derecha, pero una broma. Se disfraza a unos chorizos de ambigüedad castrense y se deja que el miedo colectivo urda todo lo demás.

En *Cambio 16*, José Oneto escribe que los objetivos del asalto al Banco Central

parecen

> reforzar la posición de los militares golpistas (Antonio Tejero, José Ignacio San Martín, Torres Rojas y Pedro Mas), revestirlos de una aureola de héroes que se niegan a huir y que además condenan el hecho y, de paso, en una clásica maniobra de intoxicación, desprestigiar a la Guardia Civil provocándola, incluso desde el propio Gobierno.

Y sentencia: «Aquí hay un auténtico asalto al Estado y el Estado no sabe lo que está pasando».

Los días pasan y la realidad no da tregua. El 30 de mayo, José Juan hace una segunda declaración a la Policía y en ella confiesa que el asalto fue en realidad un intento de gran robo. Un gran golpe para retirarse y vivir de rentas. Cuenta que ese era un asunto que le rondaba hace tiempo la cabeza y que la idea cristalizó cuando obtuvo información sobre el funcionamiento y la organización interna del Banco Central de la plaza de Cataluña gracias a Julia Cabrera, exempleada del banco y novia de un miembro de la banda. Los papeles de Cabrera detallaban la distribución interior del edificio, las cajas de seguridad, la ubicación de los despachos, etcétera. También obtuvo un plano arquitectónico del banco y otro de las alcantarillas de la zona. Según confesó en este nuevo interrogatorio, con todo aquello decidió poner en marcha la operación: pagó de su bolsillo la financiación, buscó la banda y decidió disfrazar el asalto de acción política para ganar tiempo y confundir a la Policía.

En esta nueva confesión detalla que la idea era que, mientras se negociaba la situación de los rehenes, todos se fugaran con el dinero por las cloacas, a través de un agujero en las paredes del banco. El Rubio explicó que Cuevas y él compraron, el 29 de abril, una máquina de taladrar y varias brocas para agujerear el muro. La Policía recuperó la factura de dicha compra, efectuada en una ferretería de la calle Londres de Barcelona. Según el Rubio, lo que sucedió es que no pudieron abrir el túnel por tratarse de un muro de piedra y no de hormigón. En las largas horas que estuvieron trabajando en ello hasta que los GEO penetraron en el banco apenas lograron perforar un centímetro.

En esta nueva declaración, José Juan reveló también que el túnel de Casanova se usaba para ocultar armas y el dinero procedente de los atracos, y como vía de huida por las alcantarillas si eran descubiertos.

El nuevo documento, hecho público por la Policía, fue acogido con un silencio de hielo —que olía a tinta fresca y a humillación— por parte del Gobierno y la totalidad de partidos políticos.

El asombro ante el misterio del asalto al Central es estupefaciente.

Mientras, los medios siguen viviendo jornadas frenéticas y dan con jugosas informaciones. La revista *Cambio 16* descubre que uno de los detenidos, Alberto Ots, era un viejo conocido de los Servicios de Información de la Guardia Civil:

Denunciado en 1977 como provocador incontrolado por la UGT y la CNT, iba con el carnet falso con el nombre de Roberto Costoya, nacido en Galicia. Ambos datos eran falsos, como se ha revelado ahora. Lo mismo que era falso su pasado revolucionario, su condición de obrero despedido y de estudiante incitador a la huelga general que le había fabricado la Guardia Civil para infiltrarlo en las organizaciones de extrema izquierda. Su actitud en la huelga que a principios del 77 se vivió en la empresa Ford de Almusafes, en Valencia, terminó desenmascarándole. «De aquellas fechas —reveló un estudiante de Filosofía de la CNT—, Ots Jiménez iba llamativamente ataviado con un mono de trabajo, crespones negros y una ikurriña colgando del cuello». En la empresa Ford se había presentado como militante de UGT de Euskadi y en la Facultad de Filosofía como militante de ETA recién amnistiado. «Inmediatamente se lanzó a pedir dinero para montar una ikastola en Valencia y se dedicó a recoger firmas de jóvenes a los que les interesaba aprender euskera. Cuando empezamos a sospechar de él y le quitamos la agenda, ya había fichado a más de sesenta personas», relata el estudiante. A finales de agosto del 77, la Policía le detiene como integrante de un grupo anarquista que había provocado diversos atentados contra las sedes de UGT. En el piso donde vivía, la Policía encontró objetos como cruces gamadas, banderas del FRAP, porras de cuero al estilo de las que usaba Fuerza Nueva y carteles de ETA.

Por su parte, *La Vanguardia* asegura que el Rubio había sido detenido en enero de 1978 y que, a cambio de su libertad y de un millón de pesetas, había facilitado a la Guardia Civil información sobre las actividades de grupos anarquistas y libertarios en el sur de Francia y otros lugares como Barcelona, Valencia y Madrid. Según el diario barcelonés, antes de decidirse a colaborar con la Guardia Civil, el Rubio habría planeado un gran golpe: apoderarse de todos los caudales bancarios que cada seis meses se transportaban desde Almería al Banco de España de Madrid en un furgón blindado. Según la Policía, el Rubio había dirigido en marzo el atraco al Banco Hispano Americano de Barcelona, junto con otros cinco asaltantes del Banco Central. Y en este atraco los autores utilizaron un orden numérico en lugar de nombres propios para comunicarse entre ellos.

La prensa explota el filón y vende como nunca. A la trama se suman personajes secundarios como Carmen Dedeu, conocida como «la novia del Central». En una entrevista con *El País*, Dedeu da cuenta de su infancia en la calle Ample, junto al puerto de la ciudad; su adolescencia de excursiones a la montaña del Montseny; el recuerdo de manifestaciones callejeras a favor de la libertad de expresión; las protestas estudiantiles y las discusiones en familia ante un plato de verdura. Explica que es madre soltera a los dieciocho años, que su diversión preferida es salir por la noche y bailar durante horas en la pista de la discoteca Camelot. Allí conoció a José Juan y lo define como «un caballero andante». «Yo entonces estaba llena de problemas. Mi hija tenía solamente un año, acababa de presentar mi dimisión en el banco en que trabajaba y hacía pocos días que había discutido con mi madre. A él no le había visto nunca antes. No le gusta bailar ni ir de discotecas. Me ofreció algo distinto y prometió ayudarme, incluso económicamente. Por todo eso me fui a vivir con él». Y advierte: «Del Central no sé nada. No hemos hablado

nunca del asalto. No sé si detrás de él existe una trama negra. A mí, desde luego, me molestaría que así fuera. La verdad es que no lo sé. No se lo he preguntado nunca. Tenemos cosas más importantes de que hablar».

La acción del Banco Central es un enigma de mil caras. Todo es extraño y los medios alimentan la fascinación por la identidad equívoca del Número Uno. Se crea un personaje de leyenda que perdurará en el tiempo, pero la realidad es concreta.

Cuatro décadas después, en un café cercano a la plaza Molina de Barcelona, el notario Eladi Crehuet rememora aquel tiempo de maniobras del miedo y, también, los entresijos de lo cotidiano. Recuerda que, por mediación de una inmobiliaria, un familiar suyo alquiló un piso en Sant Feliu de Guíxols a José Juan. Se enteró cuando este familiar le llamó el 25 de mayo del 81 para contarle que la Policía había entrado en el apartamento, en el que se incautaron televisores, tocadiscos, cámaras de cine y también unos chacos, un arma defensiva que se usaba en artes marciales muy populares entonces.

Crehuet explica que esos días decidió ir a Sant Feliu a ayudar a ese familiar apurado. En aquel apartamento había paredes pintarrajeadas con trazos infantiles de colores rojo, azul y verde, como si hubiera vivido una criatura pequeña que aprendía a dibujar. «Allí había más objetos de los que mis parientes habían dejado. Por ejemplo, en la estantería de los libros de la editorial Austral encontramos algunos ejemplares de las revistas *Playboy* y *Penthouse*. Y también un par de libros de tema anarquista, uno de los cuales pedí que me dejaran. Era *El anarquismo y la revolución de España*, de Diego Abad de Santillán. El otro era *Anarquismo y utopía. Bakunin y la revolución social en España*, de Antonio Elorza, que llevaba una firma con tinta roja con el nombre de Martínez».

En aquella primavera de 1981, las radios, la tele y los periódicos hablan de anarquismo y de extrema derecha, pero a la hora de la cena, en despachos, bares y en las tertulias de quiosco un jeroglífico sobrevuela las conversaciones. Es el perturbador paralelismo entre el asalto del 23 de febrero y el del 23 de mayo. El cantautor y humorista sevillano Josele publicó ese mismo 1981 un casete de chistes llamado *Golpe rico, golpe pobre* que recogía esa percepción popular. En un juego de espejos, el asalto al Banco Central parece retroalimentarse del asalto al Congreso. Como una broma endiablada, en los dos sucesos coincide la situación de terror de grupo, de personas secuestradas a la fuerza, a punta de pistola y bajo amenaza de muerte en un espacio cerrado. Los dos asaltos ponen en jaque al país apelando a la grandeza de España, al honor y al espíritu castrense. En ambos repiten protagonismo nombres como Antonio Tejero, Aramburu Topete, Fernández Dopico, Francisco Laína o el propio presidente Calvo-Sotelo. Y los dos comparten un rasgo de locura personificado en el fuego: en el Congreso, cuando los asaltantes pensaron que les iban a cortar la luz, Tejero ordenó que se rompiera el tapizado de algunas sillas para extraer estopa y hacer una hoguera; y, en el banco, se planteó hacer otra, esta vez alimentada por sacas repletas de dinero. Incluso en su final

comparten una extraña similitud: cuando todo está perdido, algunos grupos de guardias civiles tratan de huir por las puertas y las ventanas del Congreso tirando sus armas al suelo; en el Central, los asaltantes hacen exactamente lo mismo.

Los días pasan y el espejismo político empieza a resquebrajarse. En las dependencias policiales, uno de los detenidos, Miguel Ángel Millán, revela que la banda intentó asaltar el Banco Central varios días antes, el 16 de mayo, con un comunicado reclamando la libertad de terroristas del GRAPO, pero que la intentona se torció antes de llegar a la puerta del banco por el miedo de uno de los asaltantes. La nueva tentativa surgió aquella misma tarde del 16 de mayo, cuando el Número Uno pasó delante de un cine donde un cartel anunciaba la proyección de… *Y al tercer año, resucitó*, basada en la novela de Vizcaíno Casas. Según Millán, el Rubio explicó entonces que la acción tendría mucha más repercusión si «se hacía al tercer mes del fallido golpe de Estado realizado por el teniente coronel Tejero». Fue entonces cuando acordaron dar el golpe el sábado, 23 de mayo.

Hay nuevas investigaciones y nuevos datos, pero el eco de la conspiración política persiste. Es el vigor de la mano negra en el imaginario patrio. Pero no todos sospechan por igual. En *Diario 16*, Fernando Reinlein, el excapitán de la UMD reconvertido en periodista, testigo de primera línea en el suceso, afirma: «Terminado el episodio del asalto al Banco Central, en medios políticos catalanes se hacen muchas preguntas como, por ejemplo, que en las informaciones oficiales durante el asalto se tuviese el convencimiento de que los hombres que habían asaltado el Banco Central estuviesen integrados por guardias civiles u organizaciones paramilitares». En su psicosis golpista, fue el propio Gobierno «el primero que dio por buenas las sospechas que la propia Guardia Civil extendió sobre su cuerpo», recuerda ahora al teléfono Reinlein, cuarenta años después.

Y, en junio de 1981, en una entrevista al ministro Rosón, un periodista de la revista alemana *Der Spiegel* razona de esta manera: «Si hoy es tan fácil en España hacer creer que miembros de la Guardia Civil participan en estos actos de violencia terrorista, esto solo demuestra lo buenas que deben ser las relaciones de la ultraderecha en el aparato policial y militar. Si no lo fueran, no se creerían tan fácilmente esas hipótesis».

Sentado al fondo de una cafetería del centro de Zaragoza, lo primero que hace el capitán Enrique Esteban, uno de los jefes de la intervención de los GEO en el asalto al Central, es declararse «harto de la vida que se le da a las teorías conspirativas y políticas». Después, explica algunas cosas más. Revela que, del grupo de ochenta geos, veinticinco participaron en el asalto final, pero algunos lograron entrar al banco la misma noche del sábado 23, y comprobaron detalles que desmontaban toda la presunta implicación de guardias civiles o militares. «Nosotros éramos los ojos y oídos de los mandos y se veían cosas claras: un guardia civil no lleva un arma con culata de nácar blanca ni habla ni se comporta como ellos lo hacían… Solo porque lo dijo el Número Uno ya se creyeron que eran militares», afirma.

Esteban recuerda las dificultades del caso, las dudas y la indecisión del Gobierno. Al llegar a Barcelona ese sábado, 23 de mayo, lo primero que hicieron los GEO fue exigir una única figura negociadora y cortar todas las líneas de teléfono del banco, excepto la que ellos reclamaban para tener interlocución directa con el Rubio. Pero nada de eso se les concedió. Reconoce también que la entrada de Dopico y Tarazona al banco desarmados fue «un error de bulto» que ellos desaconsejaron vivamente. Explica que uno de los objetivos fundamentales era que los asaltantes fueran liberando rehenes mientras ellos iban cerrando salidas, acordonando el subsuelo y rodeando la terraza. Y rememora los ruidos extraños que empezaron por la tarde y siguieron por la noche. Fue cuando los asaltantes usaron los taladros y los picos en el subsuelo del banco. Después, ya se sabe, se toparon con muros de piedra. «Un banco está pensado para que no lo roben. Para que no puedas entrar ni salir. Al final, los asaltantes resultaron malos. No de maldad, ¿eh? Malos de no saber», sentencia.

Esteban recuerda cómo, a partir del domingo a mediodía, «el suflé fue bajando» y que el plan de contingencia y asalto de los GEO estaba listo. «Entramos, provocando desconcierto, usando petardos que no hacen daño, pero irradian una luz muy potente, y también granadas de luz y sonido. Así ganamos una mano, esos quince segundos imprescindibles en momentos así».

Con la liberación del banco, los GEO se convierten en los héroes del momento. «¡Qué guapos son! Qué bien hechos están estos hombres! (…) Se portaron divinamente. Nos dieron agua en el autobús. Nos ofrecieron comida y bebida en Jefatura, me dejaron llamar a mis padres en Canarias, gratis, claro, porque dejé el bolso en el Banco, y me dieron dinero para coger un taxi y volver a casa», según explicó una trabajadora del Central, en declaraciones recogidas por el diario *ABC* el martes 26 de mayo.

Después de mayo viene junio, va llegando el verano y las informaciones sobre el Central se diluyen. Pero, en julio de 1981, el caso del Central asalta de nuevo las portadas: la revista *Interviú* y el diario *El País* publican una entrevista del periodista Xavier Vinader a un asaltante huido llamado Rafael Edo Bertolín, conocido como Bartolo. La exclusiva es una sensación. Entre muchos detalles, Edo describe cómo pudo engañar a más de mil policías y conseguir escapar: cuando los GEO entraron en el edificio del Central, aprovechó la confusión para subirse a la terraza y saltar al hotel Continental, junto al banco. Corriendo, mirando, se metió como pudo en un cuarto repleto de escobas, cubos y fregonas y, para su asombro, nadie abrió la puerta de su escondite. Después de esperar un tiempo, se decidió a salir, y cuando ya estaba por el pasillo del Continental, a tres pasos de la calle vio cómo un policía golpeaba la puerta del hotel para que él la abriera por dentro. Y eso hizo Edo, explica: le abrió la puerta al policía. Entonces, «cuando lo hice, le pregunté: “Què, ja s’ha acabat tot el merder?” (‘Qué, ¿ya se ha terminado todo el jaleo?’), y, al responderme que sí, sin pensármelo dos veces, me fui charlando con él hasta la confluencia de la calle de Santa Ana. Yo iba caminando como si tal cosa, pero tenía el culo que no me cogía un fideo. En la esquina había geos, pero como me vieron charlando con el municipal no me dijeron absolutamente nada. Ni yo mismo me

podía creer que hubiera podido escapar».

En la entrevista, Bartolo asegura a Vinader que el asalto era en realidad un atraco disfrazado de acción política aprovechando la psicosis del golpe del 23F. «La idea era hacer una especie de tocomocho al país. Como el timo de la estampita, pero con pistolas. Sabíamos que, si entrábamos en el Central diciendo simplemente que era un atraco normal y corriente, por mucho que nos atrincheráramos, la Policía y los GEO hubieran entrado a por nosotros sin tardar. Sin embargo, si dábamos un comunicado pidiendo la liberación de Tejero y los otros tres y nos hacíamos pasar por guardias civiles, con el miedo que el Gobierno le tiene a esa gente tras el 23 de febrero, se llevarían mucho más cuidado, y mientras discutían y una cosa y otra… ¡Zaca!, nos dábamos el piro con el dinero».

La estupefacción crece entre la opinión pública, pero no entre la Policía de Barcelona. Tras días de investigación, encuentran un documento extraño que amplía el eco de la trama que apunta al robo. Es una descripción pormenorizada de la estructura interior del banco, su distribución, las secciones y los nombres de las personas al cargo. El documento fue elaborado por Julia Cabrera, la antigua trabajadora de la entidad bancaria, en aquel momento novia de uno de los asaltantes. El escrito mecanografiado empieza así:

> Jefe de Cartera: Campoy
> Jefe de los conserjes: Bonareu
> Jefe de Cuentas Corrientes: Quiñoa
> —El banco consta de siete plantas, de las que solo dos funcionan con público.
> —En la planta de entrada están las secciones donde puede haber más movimiento de público.
> —A mano derecha está primero el despacho del Sr. Martínez, que es el subdirector.
> —La puerta de al lado es la que corresponde al despacho del interventor Sr. Ramírez.
> —Después de entrar en su despacho, hay una salita en donde está la secretaria.
> —Al lado está la conserjería, en donde se puede encontrar al conserje, que tal vez lleve un arma, pero no es seguro. El jefe de los conserjes se llama Bonareu.
> —Según entras, a mano izquierda, están primero la sección de Cartera (jefe Campoy), al lado hay un pequeño retén del departamento de Extranjero y, a continuación, todas las ventanillas de las cajas y la sección de caja, cuyo jefe es el Sr. Rollán. Justo enfrente de la puerta de entrada está la sección de Cuentas Corrientes, cuyo jefe es el señor Quiñoa.

Y así sigue dos páginas más.

Francisco Álvarez era jefe del grupo Antiatracos de la ciudad en 1981. Cuatro décadas, después, ya jubilado, me recibe en su despacho de la calle Balmes. Asegura que su equipo manejaba buena información sobre los atracadores que circulaban por la ciudad —«hablábamos mucho con ellos, les preguntábamos en qué andaban unos y otros»— y que a tipos como al Bartolo los conocían «hasta de

espaldas».

Álvarez vivió las primeras horas del asalto, porque fue él quien encontró la nota de los asaltantes sobre la liberación de Tejero y los suyos en la cabina telefónica. Y fue ese papel —por sus connotaciones políticas— el que lo apartó del caso, al dejar de ser considerado un robo y pasar a manos de la brigada antiterrorista. Pero, al fin y al cabo, Álvarez era un policía y a lo largo de las horas siguió los pormenores del suceso.

«Fue todo un poco como de vodevil. Por las primeras pistas nosotros ya vimos que no era una acción de tipo político. Hay detalles: uno de los asaltantes se asomó con una caja de cartón en la cabeza con dos agujeros para los ojos, estaban aquellos botines de tacón cubano…». El domingo por la noche, una vez desalojado el Central, él y su grupo Antiatracos fueron reincorporados al caso para informar sobre los detenidos. Y fue uno de los suyos quien identificó al Rubio a pie de calle, con las piernas abiertas y los brazos en alto sobre la tanqueta de la Guardia Civil.

Aquella semana de julio del 81, con la entrevista de Bartolo crece la indignación por la falta de información oficial sobre un acontecimiento en el que se temió por la vida de casi 300 personas y que puso en jaque al Estado. Cada vez más voces acusan a la gestión gubernamental de bailar entre el error y la catástrofe, y en los despachos en la Moncloa parece que la consigna es que el asalto al banco es un episodio a enterrar.

Pero hay personas que no olvidan. Muchos de los clientes y trabajadores que vivieron el asalto en sus carnes llevan meses en estado de shock, con depresiones y fobias. Algunos no se han atrevido a volver a pisar el banco y otros permanecen encerrados en sus casas. A finales de julio de 1981, Comisiones Obreras anuncia que un grupo de trabajadores del Central ha contratado al abogado Joaquín Ruiz-Giménez para actuar como acusación particular en el caso. Un boletín informativo del sector de banca, bolsa y ahorro del sindicato dice: «El asalto y secuestro ocurridos en el Banco Central los días 23 y 24 del pasado mes de mayo corre el riesgo de pasar a engrosar la lista de enigmas que se van precipitando sobre el país».

8. Un paisaje de enigmas y conspiraciones

El 12 de julio de 1979, a las ocho y cuarto de la mañana, se desató un pavoroso incendio en el hotel Corona de Aragón, en Zaragoza. Murieron setenta y ocho personas y hubo un centenar de heridos. Entre los fallecidos había muchas familias de militares, porque ese día se celebraba un acto de las Fuerzas Armadas en la ciudad. El incendio fue muy extraño. En menos de media hora, el Corona de Aragón, un hotel de nueve plantas y doscientas cuarenta y siete habitaciones, ardió de arriba abajo. Cuarenta y ocho horas después, el Gobierno afirmó que la tragedia había sido un accidente producido a causa del aceite hirviendo de una freidora de churros de la cafetería del hotel. Algunos meses después, el Juzgado de Primera Instancia de Zaragoza vio probable que se hubiera utilizado napalm o pirogel debido a las temperaturas alcanzadas en el incendio, pero la Audiencia Provincial de Zaragoza dio por cerrado el proceso penal por no «resultar debidamente justificada la perpetración del delito». Décadas más tarde, gracias a la lucha de las familias que sufrieron la tragedia, se reabrió el caso y el Consejo de Estado reconoció que no fue un suceso fortuito, sino intencionado.

«La sola posibilidad de admitir que se trataba de un atentado terrorista, cometido precisamente el día en que tenía lugar el acto de entrega de despachos en la Academia Militar de Zaragoza, era más, mucho más de lo que el Gobierno, las fuerzas políticas y el país entero estaban en condiciones de soportar», escribió la periodista Victoria Prego. En esos tiempos, la verdad oficial se parecía mucho a una ley del silencio envuelta en humo negro.

Un policía dijo una vez: «Busca siempre la mentira y verás cómo todo se aclara». El incendio del Corona de Aragón era otro eslabón en la cadena de muertes, amenazas, asaltos, ataques y atentados terroristas que recorrieron el país en el sangriento camino de transformación entre un sistema dictatorial militar y un sistema democrático. El Gobierno declaraba materia reservada algunas investigaciones y muchos veían en ello un gesto de censura más que un intento de clarificar lo sucedido.

En esa cadena, el asalto al Banco Central es otro enigma a sumar en la historia de la Transición española.

Del misterio que tuvo lugar en Barcelona en mayo de 1981 se hizo una película. Se tituló *Asalto al Banco Central* y se estrenó dos años después. La protagonizaron José Sacristán e Isabel Mestres, que encarnaban a dos periodistas de un periódico que cubre el caso. En la escena final, cuando el personaje de Sacristán comprende que no le van a dejar investigar el asalto, dice: «Nos merecemos otro país, que sepamos lo que pasa».

Cuarenta años después, ahí está José Juan Martínez Gómez. El Número Uno, el

Rubio, ahora con pelo gris. Sentado en la última mesa, al fondo del bar del Kursaal, en San Sebastián, mira sin quitarle ojo a la puerta. Anguloso, como una escultura que ha cincelado su biografía a conciencia, rompe a hablar: «La verdad del asalto es la de mi primera declaración. Fue un encargo. Pero estuve varios días encerrado, de interrogatorio en interrogatorio —no me tocaron un pelo, porque eso ya no se veía bien—, hasta que me cansé y les dije a los policías: "Si vosotros queréis que diga que el asalto fue un robo, pues lo digo". Y eso hice».

Entre silencios, en un tono de voz bajo, hablando hacia dentro para que las palabras no se dispersen más allá de su control, José Juan desgrana lo que él llama su «vida corta, pero continua, sin descanso». Habla de su infancia libre y salvaje, de sucesivas estancias en las cárceles, donde dice que se codeó con terroristas de la Baader-Meinhof, de las Brigadas Rojas, de ETA y de los GRAPO. En un tono monocorde, habla de torturas, de dinero, de los intereses de los americanos en España, de reuniones clandestinas; habla de París, de Tintín como figura cultural para luchar contra el comunismo; habla de misteriosas caídas de grupos anarquistas, de maleteros sangrientos en coches de la mafia.

Es un hilo de voz que no descansa. Aquí y allá salpica la conversación con detalles de enjundia legal, de referencias a la verdad de las hemerotecas y de nombres de protagonistas de la historia contemporánea de España: Rodolfo Martín Villa, Carrero Blanco, Federica Montseny, Jordi Pujol o Juan Carlos I. Es un hipnotizador que no lo parece.

A él no lo engañan. El mundo se mueve al compás de secretos y conspiraciones. «Yo sigo viviendo como en la clandestinidad aún ahora. Es una forma de ser. Tener el control y no dejarse llevar por el miedo», dice. Habla de desaparecidos, de información que se pierde, de pruebas a las que no se les sigue la pista, de atentados que se mandan no investigar «desde arriba».

Esa es la cadencia que el Número Uno aplica también al asalto al Banco Central:

> En la investigación, muchas cosas desaparecieron. Mi primera declaración a la Policía, en la que hago responsable a Emilio Manglano, el jefe del CESID, la que lee Calvo-Sotelo en el Congreso. Esa desapareció. También desaparecen armas que pertenecían a gente del Ejército… La idea era cortar cualquier prueba, decir que habíamos ido a robar. No había interés en saber lo que realmente pasó. La cosa era que toda pista se cortase. A nadie le interesaba que esa investigación continuase.
>
> Pero quizás algún día saldrá algún arrepentido y entonces hablará de lo que realmente pasó el 23M. Se empiezan a destapar cosas de aquellos tiempos. De cuando la Transición. Gente que empieza a hablar. Alguien soltará algo importante antes de morirse. Lo que ocultaban los políticos. Lo que hacían. Cuarenta años robando, enriqueciéndose a toda costa. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Hay tanto chorizo que no hay pan suficiente para todos. Lo que pasa es que desde aquellos tiempos lo que nos venden es miedo, miedo y miedo. Y nosotros compramos miedo, miedo y miedo. Muchos querían ir para atrás o aprovecharse. Y, si te sales de eso, de ese montaje de la sociedad, eres un desahuciado.

Si te dejas llevar, el Número Uno se escapa hacia la política —allí vuela, es expansivo—, pero, si insistes, regresa, más parco en palabras, a lo que él repetidamente llama «el 23M».

«Vino el encargo de Perpiñán. Lo comenté con Cristina y decidimos hacerlo. Se fue buscando gente. Se fue preparando el golpe, pero la mayoría de los de la banda nunca supieron los detalles de la operación».

Dice que todos los miembros de la banda están muertos: algunos por sobredosis, otros por suicidio, uno más por enfermedad, aquel de viejo, algunos por enfrentamientos con la Policía, otro en un incendio.

Al reclamar detalles del asalto, señala que la primera pista está en el restaurante Ortez, donde él solía ir porque conocía al dueño, Manuel Vilagrán, «un excapitán de la Marina Mercante y exespía de los Servicios Secretos de Carrero Blanco». Una tarde de marzo del 81, comiendo allí, Vilagrán le da un recado: un conocido en común llamado Soler quiere verle en Perpiñán porque tiene un encargo para él. (Según una investigación de la CNT, Eduardo Soler, el hombre que presuntamente le encarga el asalto, es un infiltrado de los Servicios Secretos de la Guardia Civil en el sur de Francia, un agente provocador y responsable directo de la detención del anarquista Agustín Rueda en la frontera entre España y Francia, luego torturado y asesinado en la cárcel de Carabanchel).

En Perpiñán, José Juan dice encontrarse con el tal Soler, con Emilio Manglano en persona —miembro de los Servicios Secretos y flamante jefe del CESID desde el 22 de mayo de 1981— y con un tal Antonio Luis. Allí le explican la idea de robar unos documentos.

A finales de marzo vuelven a verse, esta vez en la cafetería Nebraska de Madrid, donde le dan más detalles del asalto y le indican que el objetivo es el Banco Central. El tercer encuentro, explica, fue en Barcelona, en la cafetería de El Corte Inglés de la plaza de Cataluña, junto al mirador desde el que se divisa el edificio del banco, donde le entregan un maletín marrón con las armas, parte del dinero y un comunicado reclamando la liberación de Tejero, San Martín, Mas Oliver y Torres Rojas.

En esa tercera reunión es donde se le dice que en el asalto debe adoptar lenguaje, gestos y movimientos de carácter militar. Y le dan otros detalles. El encargo consiste en sustraer unos documentos relacionados con el 23F. «Están en la caja de seguridad número 156 y los necesitamos», relata el Número Uno que le dijeron. Esos papeles —sustraídos del Congreso por Gil Sánchez-Valiente tras el fracaso del golpe de Tejero, explica— incluían el listado de miembros del Gobierno de concentración presidido por el general Armada, las capitanías que iban a apoyar el golpe y los primeros decretos del Gobierno golpista.

Por esos documentos le ofrecieron un millón de dólares en una cuenta suiza —una cifra que él afirma haber cobrado—, «más todo el dinero que nosotros pudiésemos robar», dice. Asegura que esos papeles salieron del Banco Central de la mano de Vilagrán, el dueño del restaurante Ortez, a las once de la mañana del sábado, 23 de mayo, con el primer grupo de rehenes.

Insiste en que esa es la verdad.

«Fue un encargo del CESID. Querían rescatar unos papeles relacionados con el 23F y, por lo que sea, ellos no podían hacerlo directamente. Fue un encargo», insiste José Juan. Con esa documentación en su poder, con armas y dinero, soñando, planeando el asalto una y otra vez, José Juan cree que va a dar el golpe de su vida.

En un movimiento que tiene algo de comedia cinematográfica —*Rufufú*, *La cuadrilla de los once* a la española o *Atraco a las tres*—, José Juan empieza a montar el grupo de asaltantes empezando por sus cuñados, Cristóbal y Jorge Valenzuela, y Francisco Domínguez, pareja de la hermana de su mujer. Luego busca más miembros hasta que reúne a la banda y empiezan a planificar el asalto.

En el Kursaal, ante una copa de chacolí, describe los documentos que facilitaron el asalto: un plano del banco, un plano de las cloacas, documentación falsa de la banda, dinero y armas. Según el Rubio, los planos del banco eran viejos. No incluían la reforma del hotel contiguo —el hotel de la fiesta de champán y sangre de décadas atrás—, cuando pasó a formar parte de la entidad bancaria y esta decidió blindar su caja fuerte destruyendo las paredes de hormigón y sustituyéndolas por bloques de pura piedra.

José Juan habla, describe todos los pasos y repite una y otra vez la misma secuencia en el desarrollo del suceso. Lo ha hecho varias veces, en periódicos, en la radio, en programas de televisión. Pero si se sigue el hilo de esa trama, la conclusión es que algunos detalles van cambiando con el tiempo. Por ejemplo, en una nueva versión de mayo de 2021 asegura que, en realidad, no fue Vilagrán, sino él mismo quien se llevó los documentos del banco.

Después vuelve a los momentos vividos en el Banco Central y explica una verdad: en aquellas horas encerrados allí, simularon tener un perfecto control de la situación, pero todo era un farol. «Aquello era como ir montado en una moto sin frenos a todo gas por la bajada del Tibidabo».

En un momento de confidencias explica una vanidad: la Policía temía su habilidad para construir túneles. «Hubo uno que estaba tan bien hecho que pensaron que lo había construido un ingeniero de Caminos. No se podían creer que lo hubiera hecho yo».

Más tarde, con un hilo de voz, entre silencios, como si compartiera un secreto a voces, vuelve a hablar del CESID, de Emilio Manglano, de agentes de la Guardia Civil y de la implicación oculta del rey Juan Carlos en la trama del golpe de febrero. «Están jugando con todos los españoles», se indigna.

Como dijo un policía que conocía a José Juan: «Este tío hace relojes de madera. Y le funcionan».

Al Número Uno, como a tantos, le fascinan los enigmas. Y uno de los más turbios e inspiradores es el de la «guerra» que estalló entre los diferentes servicios secretos desde la intentona del 23F de 1981 y el juicio a los golpistas. En 2011, en una entrevista a *El País*, Francisco Laína, director de la Seguridad del Estado y presidente del Gobierno provisional en el 23F, reconoció al periodista José Luis

Barbería que en aquellos años existía

> Una trama civil: falangistas, excombatientes nostálgicos y algunos empresarios, pero no había muchas pruebas y tampoco creo que tuvieran un papel importante en el golpe. De lo que no tengo pruebas es de la posible intervención del CESID en el golpe. Alguno de sus miembros fue condenado. Tenían una gran división interna y el jefe del servicio no controlaba nada. Luego, tras la sentencia, se produjo un ajuste de cuentas: voladuras de locales del Servicio Secreto, el incendio de la vivienda del padre del comandante José Luis Cortina, que falleció a consecuencia del fuego.

También lo explicita Manuel Pastrana, un doble agente de los Servicios Secretos de la Guardia Civil que se infiltró en ETA y que no ocultó su participación en el 23F: «La tensión entre el CESID y la Guardia Civil era máxima después del 23F. Alguien se había portado mal y otros habían hecho una travesura», comentaba en referencia a las misteriosas explosiones ocurridas en cuatro oficinas secretas del CESID el 14 de junio de 1982 en Madrid, once días después de que la sentencia del juicio del 23F se hiciera pública. Santiago Bastos, jefe de la Unidad de Involución del CESID, recibió el encargo de investigar el enigma y concluyó que los autores de esos atentados pertenecían al grupo primero de los Servicios de Información de la Guardia Civil, según revelaron los periodistas Antonio Rubio y Manuel Cerdán.

En ese ambiente de enfrentamiento entre servicios secretos, chivatos, infiltrados y agentes provocadores nacen muchas tramas ocultas, quizás también la del asalto al Banco Central. Para algunos medios era cada vez más evidente que, en paralelo a los brutales golpes del terrorismo de ETA o GRAPO, había miembros de la seguridad del Estado y de la extrema derecha que estaban desarrollando un plan de desestabilización política de dimensiones desconocidas. Y en la calle la percepción no iba muy desencaminada. Aquel verano de 1981, una encuesta reveló que el 44% de los consultados creía que el asalto era obra de ultraderechistas, un 9.8% que eran los mismos que en el 23F, un 2.9% que era una acción de organizaciones internacionales, un 2.8% que habían sido los anarquistas y un 2.4% la extrema izquierda. A la pregunta sobre si creían que volverían a suceder hechos similares en las semanas siguientes, más de un 40% respondía que sí.

En una coqueta terraza del barrio de Chamartín de Madrid, un exagente del CESID que responde al nombre de Paco reconoce la abierta hostilidad entre los diferentes grupos de espías en aquellos días. Se resiste a hablar más de eso, y luego hace memoria y recuerda que sus jefes decidieron enviarle la madrugada del 24 de mayo a Barcelona, a ver si conseguía alguna pista interesante sobre el asalto y el misterio de la identidad de sus perpetradores. Cuando llegó, habló con policías, con guardias civiles y nadie parecía saber lo que estaba pasando, según él. En el centro de operaciones del Banco de Bilbao mandaba la confusión y los únicos que parecían tener claros los pasos a seguir eran los jefes de los GEO. Del resto de políticos, policías y demás altos cargos dice: «Nadie sabía qué hacer ni qué pensar porque no sabían a lo que se enfrentaban».

El miedo es un arma poderosa. «Érase una vez un país donde nunca pasaba nada, pero todo era posible. Si terrorismo es aquello que provoca terror, el asalto al Banco Central entra totalmente de lleno dentro del concepto», se lee en el número de junio de 1981 de *Servir al pueblo*, el periódico comunista. A los comunistas les hubiera interesado consultar un informe de la CIA fechado el 26 de mayo de 1981 que advertía sobre la alta tensión política y la fragilidad del momento en España. El documento alertaba sobre la desconfianza mutua entre el Gobierno, los militares y la Guardia Civil por el 23F y el caso Almería, y recogía «la alta presión que el Gobierno está recibiendo por parte de los partidos de izquierda para aclarar los hechos del Banco Central». Un misterio que deslumbra y ensombrece todo lo demás.

A veces el enigma sobre la verdad es demasiado grande, un agujero que todo lo acapara.

Claire Sterling era una periodista norteamericana que vivía en Italia y que trabajaba para *The Atlantic* y *The New York Times*. En 1978, Aldo Moro, presidente de la Democracia Cristiana, fue secuestrado cuando se dirigía a la sesión de investidura del cuarto gobierno de Giulio Andreotti, que, por vez primera, iba a ser apoyado por los comunistas. El cuerpo de Moro apareció cincuenta y cinco días después en el interior de un Renault 4 rojo, en el centro de Roma, con once balas disparadas por la organización terrorista de extrema izquierda: Brigadas Rojas.

Fue entonces cuando Sterling decidió investigar a fondo qué tipo de terrorismo era aquel de los setenta. Viajó a una docena de países, se entrevistó con centenares de personas y acabó iluminando una oscura trama de relaciones de interés entre diferentes grupos terroristas. El resultado fue el libro *The Terror Network. The Secret War of International Terrorism*. A Sterling le hicieron una entrevista a principios de 1981 en la que dijo: «La situación más preocupante ahora mismo se da en España, donde el terrorismo ha estado a punto de destruir su frágil democracia y podría conseguirlo en breve». Se refiere a ETA, a los golpistas y a la extrema derecha. «En apenas pocos años, demasiados grupos, demasiadas acciones y operaciones buscaban el cuanto peor, mejor. La primera regla del terrorismo es desestabilizar», subraya Sterling, «y todos los terroristas con los que he hablado quieren que las democracias, a través de sus acciones, se conviertan en estados policiales para después combatirlos e imponer cualquiera que sea su sueño».

Para documentarse en su trabajo, es probable que Sterling estudiara la doctrina del equilibrio del terror de Henry Kissinger, ese proceso que promueve una primera acción para forzar una reacción y desencadenar la acción buscada. La primavera de 1981, Sterling podría haber ido a Barcelona y preguntarle personalmente a Kissinger por su táctica. Porque el lunes, 25 de mayo, el exsecretario de Estado de los Estados Unidos en las administraciones Nixon y Ford, y consejero de la administración Reagan en aquel momento, estuvo en la ciudad dando una conferencia para el Centro de Estudios de la Banca Mas Sardá titulada «La situación mundial hoy y su posible evolución». Preguntado por la situación en España esos días, Kissinger declaró: «A pesar de que el proceso de transición se ha complicado últimamente, creo que los elementos básicos del Estado son lo

suficientemente fuertes y la democracia española va a sobrevivir». Respecto al asalto al Banco Central de Barcelona, señaló que no podía pronunciarse por no tener información suficiente.

En un camino de obstáculos y de ideas conspiratorias, la realidad del país avanzaba a sobresaltos.

Pocos meses después del extraño suceso del Banco Central, aumenta la sensación de que hay un cierto consenso en el secreto y el olvido. El asunto del Central gana por méritos propios un capítulo en los grandes misterios de la Transición, un período en la historia de España donde nuevos periódicos y revistas —más serios algunos, amarillistas otros, las nuevas estrellas de los quioscos de todo el país— se vendían masivamente porque eran un espejo del frenesí del momento.

Era un juego abierto, sin normas establecidas. De las reinas del destape al presidente del Gobierno, todo el mundo hablaba con todo el mundo. Eran los primeros pasos de la prensa y de los órganos de información del Gobierno en democracia. Las opiniones estaban muy politizadas, la práctica de la elaboración de información en libertad era inédita y el ejercicio del periodismo sin cortapisas podía ser peligroso. Hubo bombas en la revista satírica *El Papus*, en *Diario 16*, en *El País*, en *El Ideal de Granada*, *El Ideal Gallego*, en Radio España. Muchos periodistas sufrieron condenas, otros fueron torturados y algunos asesinados. A la vez, extrañamente, la libertad campaba a sus anchas en las redacciones.

Sentado en una terraza del barrio del Raval, Pancho Fernández hace memoria. Ejerció de periodista desde mediados de los setenta hasta principios de los ochenta. Trabajó en la redacción del *Interviú*, revista de vanguardia en el periodismo de investigación, con portadas y páginas centrales de mujeres desnudas a todo color. Nacida en 1976, en *Interviú* se publicaron reportajes de denuncia impensables apenas un año antes, como las cuentas de la familia Franco —por lo que fue secuestrada y llevada a juicio—.

Otras veces se publicaban también historias de un amarillismo casi insoportable. Fernández cubrió la tragedia del incendio del camping de Los Alfaques, en Alcanar (Tarragona), en julio de 1978, cuando un camión cisterna volcó con 43 metros cúbicos de propileno y murieron calcinadas 215 personas. Pancho recuerda cuando fue enviado corriendo para allá y cuando, aún en shock, volvió desde Alcanar a la redacción de Barcelona para cerrar el reportaje. Cuando fue a la sección de Fotografía y le pidieron que ayudara a separar las «fotos más asquerosas», se puso a apartarlas, casi a tirarlas, hasta que le avisaron de que esas eran las elegidas para ilustrar el reportaje.

«Trabajábamos a destajo y se hablaba de tú a tú con todos, fueran diputados, sindicalistas o jueces», dice. Se vivía al día, con total entrega. «En aquella época todo se hacía a salto de mata. A pelo. Fuéramos nosotros los periodistas, los políticos, la Policía, los ladrones o los mismos terroristas. Ni infraestructura ni planificación en nada. El país funcionaba así», reflexiona. Pancho explica el caso de un etarra que conoció: «Una vez fue a una discoteca, se ligó a una chica pija, se fueron a su casa. Sus padres no estaban. Pues bien, el tío se llevó con él la mochila con explosivos hasta la casa de la pija para follar». Y prosigue: «Antes podías

preguntar todo, decirle a un ministro en una rueda de prensa públicamente que estaba mintiendo. Pero después la cosa se torció. Llegó el gran negocio, la publicidad, el dinero. Y todo comenzó a irse al traste», sentencia.

Al teléfono, la periodista y exdirectora de *El País* Soledad Gallego-Díaz tiene recuerdos parecidos, pero no idealiza el pasado:

> Los periodistas de entonces no éramos mejores ni peores que los de ahora. Lo que pasa es que en aquel tiempo pasaban muchas cosas. Constantemente. Además, éramos muy jóvenes y comenzamos a tener cargos de responsabilidad muy pronto. Se dio la circunstancia de que los periodistas de cincuenta años para arriba estaban machacados por la dictadura. Muchos estaban alcoholizados, incapacitados para ejercer un trabajo de dieciséis horas como hacíamos nosotros. Algunos habían tenido relación con el franquismo, pero otros no. Por esa frustración profesional y personal —y todas las dictaduras provocan una frustración terrorífica— estaban machacados. […] Eso sí, había una sensación inminente de conspiración. Se demostró que fueron muchos los grupos que intentaron derribar la democracia. No sé hasta qué punto la gente era consciente de esa situación.

Pasaban muchas, muchísimas cosas. Un editorial de la revista *Cambio 16* de junio de 1981 decía: «Un par de semanas sin catástrofes inauditas abren serenamente la posibilidad de enfrentarnos a los problemas reales del país».

El país quería seguir la senda de la normalidad, pero el terrorismo todo lo trastocaba. A las acciones de ETA y de los GRAPO había que sumar las tramas negras de extrema derecha, nacionales o internacionales. Solos o de la mano de miembros de las fuerzas de seguridad del Estado, de involucionistas militares —casi abiertamente tolerados por algunos estamentos de la Policía— tuvieron un papel de peso a la hora de enturbiar el ambiente de la primera y segunda Transición. Y el período del asalto al Banco Central no fue una excepción. Tres días después de los sucesos del 23 de mayo en Barcelona, el Parlament de Catalunya aprobó la puesta en marcha de una comisión de investigación para tratar de explicar los hechos. De esta comisión formaron parte Assumpció Sallés, del PSUC; Albert Alay, de ERC; Agustín Luna, Centristes; Francesc Casares, del Grupo Socialista, y Enric Olivé, de CiU.

El dictamen de la investigación resolvió que el móvil de los asaltantes era provocar una situación de desestabilización que favoreciera el desarrollo de posturas involucionistas. Según la comisión, la acción formaba parte de un plan más amplio y sitúa los hechos en el contexto de la situación creada tras el frustrado golpe de Estado del 23F. Entre otros muchos puntos, la comisión subrayaba «la violencia manifiesta de determinados grupos ultraderechistas» en la jornada anterior al asalto al banco en Barcelona. «Es innegable que en todos estos hechos se intenta producir un distanciamiento negativo y peligroso entre el poder político y quien dona razón de ser a este poder, el ciudadano; se intenta que este vea, no ya como extraños quienes lo representan, sino como peligrosos y

perniciosos para el mismo pueblo».

El informe describe el irrespirable ambiente que se vive en los días y meses posteriores a la intentona de febrero y enumera una serie de sucesos desestabilizadores. Denuncia que en los últimos días de marzo «los buzones de las casas militares en Madrid y de muchas provincias recibieron un dosier de aproximadamente cuarenta y dos folios con el título *Informe general extraordinario para las Fuerzas Armadas. Causas del malestar militar*. Parece que este mensaje constituye el tercero de este tipo que los militares reciben desde que se produjera el intento de golpe del 23 de febrero». Asimismo, se hace eco de unas jornadas ultraderechistas de organizaciones internacionales en Roma los días 7 y 8 de junio, cuyo objetivo era «mantener e incrementar la estrategia de tensión en Grecia, España y Portugal. Acelerar el acceso ya en marcha de proveer de armas modernas a las guerrillas de desestabilización en dichos países. Fomentar las campañas de desprestigio de los sistemas de gobierno de Grecia, España y Portugal, aprovechando su crítica situación económica y laboral, creando un clima de descrédito para las Fuerzas Militares que haga de detonante y determine una acción subversiva de estas».

En este contexto, la comisión destaca la importancia de la celebración del Día de las Fuerzas Armadas en Cataluña, en un momento en el que grupos desestabilizadores intentan que los cuerpos de Seguridad del Estado se vean arrinconados por la violencia terrorista, se crean atacados por el poder político y se encuentren distanciados de la sociedad civil.

Cuarenta años después de todo aquello, en su casa del barrio de Tres Torres, Assumpció Sallés —entonces diputada del PSUC, abogada y miembro de esa comisión de investigación— recuerda: «Se vivía en un ambiente de conspiraciones. Era muy difícil saber lo que estaba pasando. Los de la comisión hablamos con rehenes, con directivos del banco, con guardias civiles, pero cada uno explicaba una historia diferente a la de los otros. Era todo muy turbio entonces y la falta de cultura democrática era un verdadero problema».

No muy lejos, en su casa en el barrio de Sarriá, Lluís Reverter, todo ojos chispeantes, mira el pasado y no duda al decir que se hizo una buena labor teniendo en cuenta las extraordinarias circunstancias. En 1981, él era la mano derecha de Narcís Serra, alcalde de Barcelona, quien le encargó personalmente la planificación y la preparación de la Semana de las Fuerzas Armadas de finales de mayo. En un momento delicadísimo, cuando la desconfianza hacia todo lo militar había alcanzado cotas máximas, la voluntad fue de pacto y de entendimiento, de luchar contra las generalizaciones y apoyar a los militares en su cauce democrático. «El golpe del 23F fue tremendo y se hizo bien en castigar a los culpables. Pero no había que castigar a todas las Fuerzas Armadas y a toda la Guardia Civil por ello. La única opción entonces era dignificarlos. Buscar entre todos su papel en el futuro del país. No se les podía excluir del proceso. Si hacíamos eso, no se iba a ninguna parte», reflexiona.

A pesar de la intentona de febrero y a pesar del asalto al Banco Central, la Semana de las Fuerzas Armadas y el desfile en Barcelona el 31 de mayo transcurrió

sin problemas. De hecho, ese éxito fue determinante en el nombramiento de Narcís Serra como ministro de Defensa cuando el PSOE ganó las elecciones en 1982. Reverter —el hijo del dueño de la droguería del barrio, sin estudios— se fue con Serra a Madrid y uno de sus primeros trabajos fue buscar un edificio para el Ministerio de Defensa. Y dio con él en el paseo de la Castellana. De esta manera, fue Narcís Serra el primer titular de Defensa que dejó atrás la «trashumancia» de capitanía en capitanía a la que se refería el periodista Miguel Ángel Aguilar y que tuvo despacho propio.

Después del desfile militar en Barcelona el último día de mayo de 1981, y tras la comisión de investigación, los meses pasaron. Nuevas noticias coparon los titulares y el asalto al Central, hasta entonces vivo y eléctrico como una anguila, se diluyó en el tiempo.

En 1983 llegará el juicio a los detenidos. La sentencia no consideró el suceso de carácter político, sino que lo catalogó como delito de tipo común. Condenó a sus autores a penas de entre treinta y cuatro y cuarenta y un años de cárcel por un delito de robo con violencia e intimidación en las personas, con las agravantes de reincidencia y disfraz; por delito de masa —que afecta a los intereses de una generalidad o «masa» indeterminada de individuos— y detención ilegal, con los mismos agravantes, y un tercero de tenencia ilícita de armas. Los condenados no podrán cumplir más de treinta años. Y esa es la pena máxima que recibió José Juan, el cerebro del asalto.

El Gobierno enterrará rápidamente el suceso.

Descubiertas algunas caras y nombres, un hipnótico principio de conspiración se afana en buscar la verdad última. Quizás un apellido de tinieblas que solo la desclasificación de los archivos secretos podrá revelar. La obsesión es encontrar la mano negra que dispone el acto del asalto al Banco Central, la que desata el caos.

Pero hay otra mano que se sienta a escribir, y que transforma ese caos en el orden establecido. Ahora es el momento de la escritura final. El hombre que representa al Ministerio Fiscal toma la palabra.

9. La verdad de las mentiras

El fiscal Alejandro del Toro era conocido en los mentideros judiciales de Barcelona por su *finezza* legal y por un sentido del humor áspero como la lija. En el juicio del atentado de la sala de fiestas Scala —donde un incendio mató a cuatro personas— desmontó la acusación contra un grupo de jóvenes anarquistas al destapar la figura de Joaquín Gambín como agente provocador y delator de la Policía. En 1978, un acto así no era cualquier cosa.

A Alejandro del Toro le tocó la guardia el fin de semana del 23 y el 24 de mayo de 1981.

Aquella mañana, el fiscal paseaba tranquilo hacia su despacho para hacer el informe de novedades, un trámite que supuso breve. Entonces, de forma casual, sobre las diez, en el cruce de la calle Pelayo con la calle Balmes vio a un grupo de mirones y policías señalando inquietos en dirección a plaza de Cataluña.

Al reconocer a Del Toro, un sargento llamado Hernández —tras felicitarle por la rapidez de la Fiscalía en acudir al lugar— le dice: «Nada, el atraco de los sábados, pero hay tiros y hemos cortado la calle». De pronto, el fin de semana se presentó largo y Del Toro procedió a apuntar en una libreta las informaciones que pasaban por su mano y las gestiones que iba llevando a cabo.

Un cuarto de hora antes, sobre las 9:45, la Policía había encontrado en una cabina telefónica el comunicado en el que se pedía la liberación de Tejero y los otros tres golpistas. El fiscal es una de las primeras personas en leer la nota de los secuestradores y escribe en su cuaderno: «Los policías Torres, Rozas, Romero, Zapata y yo mismo no nos creemos absolutamente nada. Manifiesto mi escepticismo por la deplorable redacción, la pobreza léxica, la confusión con los militares del golpe, cómo unos ultraderechistas avisan a *El Diario de Barcelona*, de ideología absolutamente opuesta».

Después, se interroga a Ricardo Martínez Calafell, el herido de bala del banco, y este calcula que hay quince o veinte encapuchados. Del Toro rebaja mentalmente la cifra de asaltantes. Todo el que ha estudiado Criminología sabe que en un suceso de tensión los números tienden a aumentarse. Mientras, la Policía recorre las calles a uno y otro lado de la Rambla, en busca de pistas entre su red de confidentes.

¿Estamos ante un atraco o un acto de terrorismo? No se sabe qué pensar. «La Policía se halla muy desorientada y carente de mando político», anota Del Toro en su libreta. «Sale un rehén con un ataque de nervios. Se le da coñac. Grita que los de dentro son militares porque se llaman por números y actúan jerárquicamente», prosigue. Le dan recado de que llame a Alejandro Sanvicente, fiscal jefe de la Audiencia Territorial de Barcelona, su superior. Busca una cabina, llama y su jefe le cuenta que en Madrid se ha armado «un follón gubernativo». En otra línea de teléfono de su despacho, Sanvicente tiene a José María Gil-Albert, el fiscal del

Estado. Habla con uno y le explica lo que le dice el otro, y al final une los dos auriculares para que Gil-Albert pueda hablar directamente con Del Toro. El fiscal del Estado le pregunta si cree que hay relación con el 23F y el fiscal de guardia le responde: «No lo creo en absoluto».

Al poco llegan los directivos del banco y explican que en el interior del edificio hay 500 millones de pesetas. Del Toro habla con ellos sobre el cajero Rollán, hace preguntas y manifiesta la posibilidad de que esté desarrollando un síndrome de Estocolmo. Después, constata que Madrid está que arde cuando llega a sus oídos que el Número Uno le ha explicado al primer policía con el que ha hablado que todos los asaltantes del banco son guardias civiles que quieren salvar España.

Se decide montar un centro operativo en la sede del Banco de Bilbao. Oyen por la radio que una sucesión de políticos grita en las ondas y dan por sentado que los atracadores son de la Benemérita. Del Toro escribe «¡cielo santo!» en su libreta. Después, llega la hora de comer y toman mucho café con pinchos de tortilla. Se entera de que la Policía ha ordenado a la Cruz Roja que lleve bocadillos y botellas de vino al banco, y Del Toro comenta con los que comparte mantel que también deberían llevarles algunas garrafas de haloperidol, —un tranquilizante muy potente— a las autoridades. Al poco se presenta Enrique Mosquera, jefe superior de Policía de Barcelona, que acaba de llegar de Roma. Explica que él cree que los de dentro son guardias civiles y seguidamente se va al aeropuerto a recibir a Fernández Dopico, el director general de la Policía.

El paso del tiempo complica el cuadro. El Gobierno central decide que Aramburu Topete, director general de la Guardia Civil, se desplace a Barcelona con un montón de jefes de la Benemérita. «Esto sí que es grave, porque la presencia de Aramburu es la confirmación oficial de la hipótesis», apunta Del Toro en su cuaderno.

En el centro de operaciones se van reuniendo políticos, policías y juristas. Del Toro insiste en que no cree que sean guardias civiles. Le contestan que qué pruebas tiene de que no lo sean, a lo que responde que las mismas como para suponer, por ejemplo, que los atracadores son «un grupo de líderes políticos buscando fondos para sus partidos», responde. Todos ríen y la tensión se reduce, pero es solo un instante. Mira a su alrededor y el fiscal se da cuenta de que, en ese espacio de gestión de una crisis de dimensiones desconocidas, hay un ajetreo de gente que entra y sale que nadie conoce. Reflexiona en voz alta al respecto, pero percibe que los máximos dirigentes políticos y policiales son reacios a aislar el centro de operaciones «por considerarse una medida impolítica», anota en sus papeles.

Hacen acto de presencia los GEO. Uno de sus jefes, Carlos Holgado, le pide a Del Toro que busque un psicólogo para que haga un estudio del Número Uno a partir de las llamadas. El fiscal recorre la ciudad hasta que en el restaurante Madrid-Barcelona, en la calle Aragón, da con el doctor Sales Vázquez. Lleva al doctor al centro de mando y este, tras escuchar a José Juan, lo describe como «andaluz o extremeño, con acento suavizado por la lejanía de la región, de veinticinco a treinta años, buena expresión, regular cultura, tranquilo de ánimo, espíritu de liderazgo; disfrutando de su protagonismo, pero inseguro en sus proposiciones».

Sales añade un dato: si José Juan fuera guardia civil, no podría evitar mostrar un tono de cierta sumisión al negociar con el delegado del Gobierno, pero su actitud es insolente. El doctor entonces se inclina por la hipótesis de que se enfrentan a una banda de delincuentes comunes, pero ninguna de las autoridades está con él, salvo el jefe de los GEO, uno de los policías y el propio Del Toro.

El reloj vuela y las negociaciones prosiguen. En una llamada, el Número Uno se muestra indignado porque los militares que ellos piden liberar se desentienden del asalto, y los llama traidores. Busca una salida honorable y también más comida, radios y una televisión. Después, insinúa que podría acabar con la pesadilla del asalto, pero advierte que algunos de la banda no estarán de acuerdo, a no ser que haya billetes por medio. «¡Por fin!», gritan Holgado y Del Toro, que desde el primer momento buscaban la pista del dinero.

De pronto, al centro operativo llega «una muchedumbre de personalidades políticas, parlamentarias, gubernativas, autonómicas, provinciales, municipales, etcétera con sus séquitos. Se saludan, se abrazan, comentan». La mayoría da por sentado que los atracadores son guardias civiles. Del Toro y los jefes de los GEO deciden buscar otro despacho y montar otra sala de decisiones sin que los políticos se den cuenta. Llega una nueva ola «de segundas, terceras y cuartas autoridades y políticos. Aún no han descubierto el diminuto y nuevo centro operativo», escribe.

Los teléfonos del Banco de Bilbao se saturan de llamadas de toda España. «Afortunadamente, la masa política se precipita hacia los teléfonos y charlan de cosas», apunta el fiscal. El jefe de los GEO se lamenta de que han solicitado varias veces aislar los teléfonos del Central, pero todos siguen abiertos y a pleno rendimiento. «Antes bien, de muchos sitios de España, incluidas autoridades de Madrid, cotorrean con los secuestradores», detalla el fiscal. Holgado le cuenta también que han insistido en la necesidad de que haya un solo negociador y tampoco lo han conseguido.

Pasan las horas y el sábado se consume en la desolación. A las diez de la noche, el fiscal Del Toro cede al agotamiento y pide permiso para irse a casa a descansar. Al salir del centro operativo se tropieza con el periodista Reinlein y le dice: «Esto es un jaleo. Hay más de sesenta personas allá arriba opinando».

A la mañana siguiente, al despertar, Del Toro se sacude como puede el desconcierto de encima. A eso de las diez regresa al centro de operaciones del Banco de Bilbao, donde muchos no han dormido, hipnotizados por la silueta del Central. El coronel de la Guardia Civil Antonio Pastor le explica que Aramburu Topete ya está en Barcelona y que lo primero que ha ordenado es que un tanque, blindado —uno muy viejo—, se pasease ante el Central. Le cuenta que el tanque se estropeó, que los secuestradores lo ametrallaron y que tuvieron que llamar a una grúa para remolcarlo. En ese momento, el general Aramburu dice por una emisora: «De haber guardias civiles en el banco, ya han dejado de serlo».

Del Toro anota en su libreta su asombro por que veinticuatro horas después del asalto el director de la Guardia Civil siga considerando esa hipótesis. Hace traer a tres secuestrados liberados, les enseña un CETME y les pregunta si han visto esa arma dentro del banco. Le responden que no.

Holgado le cuenta una confidencia: esa noche han logrado meter a varios geos en el banco, han observado a los secuestradores y han visto que tienen un taladro con el que llevan horas intentando perforar un muro de ochenta centímetros de espesor. «Qué bestias», anota en su bloc.

Al cabo de un rato, los rehenes leen su comunicado. Dicen que sus captores son buenas personas y que las autoridades deben ceder a sus demandas. El fiscal escribe: «Esto es un síndrome de Estocolmo de primerísima calidad». Habla con el fiscal jefe Sanvicente sobre el problema de instrucción jurídica que supone que haya tantos interlocutores y mandos, entre la Policía, los políticos y la Benemérita, y este le responde que no se preocupe, que se está preparando un real decreto para la disolución de la Guardia Civil.

Por la tarde, en el mando único se toma una decisión insólita: el delegado del Gobierno Rovira Tarazona y el director de la Policía Fernández Dopico van a entrar a negociar. Se acercan a la puerta del banco, Rollán los cachea y permanecen dentro algo más de media hora. Todos contienen la respiración. Luego salen y, a las siete y media, se oyen dos disparos. Llaman desde el banco y el Número Uno denuncia que le han matado a un hombre. «Veo a Holgado que pasa, tranquilo y rápido, y me guiña un ojo», apunta Del Toro. Todos en el centro de operaciones corren hacia las ventanas que dan al Banco Central. Oyen los gritos, observan los primeros movimientos de los agentes especiales, el tiroteo, las explosiones cegadoras y la riada de secuestrados que, a salto de mata y como pueden, consiguen salir del banco.

A las 21:45, el fiscal escribe: «El teniente Esteban de los GEO sube al centro de operaciones con un sujeto acogotado y algo maltratado, pero que se mantiene. Dice llamarse José Juan y tener antecedentes anarquistas. Dice que su grupo se compone de once, salvo el recién muerto, que son delincuentes comunes y que los ha reclutado en España y Francia, por indicación de un individuo que no recuerda. Entiendo que esta confesión pública no procede y debe trasladarse a Jefatura, junto con los otros detenidos. Todos los rehenes que salieron del banco han sido también retenidos y serán llevados a Jefatura. Una autoridad política, que no hace al caso, aún se asombra de que no fueran guardias civiles».

Del Toro pide permiso para ir a su casa a descansar, pero su labor no acaba aquí. Ni mucho menos.

Tras el fin del asalto los días pasan y aumentan las especulaciones. Se insiste en que la clave del misterio del asalto tiene que estar en las cintas grabadas del Banco Central. A Del Toro le ordenan investigar, la Policía le entrega fotocopias de más de un centenar de folios transcritos con todas las conversaciones telefónicas, pero se sorprende al comprobar su mala legibilidad. Deduce que es debido al número de copias que ya se han repartido y un encuentro con la Policía le confirma su sospecha.

Acto seguido, el fiscal Del Toro procede a detallar las llamadas:

Tres conversaciones con el negociador.

Conversación policía Mosquera, el cajero Rollán y el Número Uno.

Conversaciones madres y esposas de rehenes: Isabel, Virginia, Marina, Concha, incluido el padre de una tal Teresa.

Varias llamadas de un hombre que se identifica como «el Legionario Rojo», que anima a los secuestradores desde Valladolid.

Conversación para pedir una ambulancia.

Conversación entre Rollán y un antiguo cajero del banco, un tal señor Lorente, en la que hablan de sus cosas.

Conversación entre el general Pajuelo y el Número Uno, que se confiesa guardia civil. Hablan de móviles patrióticos y Pajuelo pretende hablar con Gil Sánchez-Valiente.

Conversación de Francisco Laína llamando desde Madrid, preguntando por Gil Sánchez-Valiente: «Nos conocemos de La Gomera…».

Conversación entre el cajero Rollán y su mujer Mercedes. «Estos señores —en referencia a los secuestradores— se portan magníficamente».

Conversación entre Dopico, Mosquera y el Número Uno. Reclama médicos; luego, un cardiólogo. Finalmente, convienen una consulta permanente.

Conversación entre Rollán y el Legionario Rojo de parte del Número Uno. Los dos últimos se ponen a charlar tratando uno y otro de averiguar sus respectivas identidades. El vallisoletano pregunta por los asaltantes y el Número Uno corta la llamada.

Conversación y negociación con Dopico, que se muestra inflexible y les desmoraliza: no hay trato.

Conversaciones entre rehenes y familiares: Isidro, Manolo, Victoria, Amadeo, Jesús, José, Tomasa, Enrique, Milagros, Felipe, Juan, Esteban, Blázquez, Carlos, etcétera.

Conversación con Radio Barcelona, que logra, al fin, un comunicado de los secuestradores, «pero estos se preocupan de su difusión, ya que entonces está el programa *Carrusel deportivo*, de José María García, y la gente está más pendiente de este que del banco. Al final, emiten el comunicado».

Diversas conversaciones entre Rovira Tarazona y José Juan, al que repetidamente llama Ramiro. Hablan de medicinas, de atenciones a rehenes.

Conversación de alguien del Central, probablemente un rehén, que quiere comunicarse con una tal Ramona, «la del Gato», dice, en Morata de Jalón. Se confunde y habla con una tal Loli.

Conversación larga y emotiva entre Rovira Tarazona y el Número Uno, que pide coches, que se retire la Policía y después pide autobuses. Después, habla Mosquera con él y se acusan mutuamente de estar disparando. Hay gran tensión, pero interrumpen la línea diversas llamadas: un tal señor Ramonet, un tal Lorenzo, la Agencia EFE, y un tal Jaume, que pregunta a un rehén si tiene el presupuesto de unas obras en las que ambos están interesados. Jaume le dice al rehén que el presupuesto es urgente, este se enfada y le dice: «Cómo quieres que me encargue si estoy aquí…».

Conversación con la esposa del teniente coronel Tejero, que llama desde Madrid porque quiere saber qué pasa. Se interesa por los rehenes. El Número Uno le advierte que no es buen momento y que no moleste: acaban de matar a un compañero suyo.

Cuelga y llama a la Policía, amenaza y cuelga violentamente. Le sucede una llamada de una mujer desconocida para que le informen de si hay muertos. «Señora, por Dios, estamos en un tiroteo», le grita.

Conversación de un técnico de Radio Nacional, que hace la misma pregunta, y quiere saber de qué ha muerto. «De un susto», contesta el Número Uno y cuelga.

Conversaciones entre familiares y rehenes. Llama otra vez Radio Nacional, Agencia EFE y también una señora de Toledo que pregunta por el capitán Sánchez-Valiente. Es su cuñada Isabel, que apela a la conciencia de corazón para que no muera nadie. Otra mujer llama y desea suerte a los secuestradores.

Conversación en la que se amonesta a Radio Nacional porque retiene las líneas telefónicas. Después hay una conversación entre el apoderado del banco con el delegado del Gobierno, pero han de esperar porque las grabadoras han dejado de funcionar.

Conversación entre el Número Uno y Rovira Tarazona. El primero grita que los GEO están entrando por el edificio de al lado, el de la Banca Garriga Nogués. Rovira lo niega y manifiesta su preocupación por el público del Barça, porque el partido ha concluido y parece que están viniendo desde el Camp Nou hasta la plaza de Cataluña. Hay tiros y se corta abruptamente la comunicación.

10. Son ilusiones

Las voces no engañan. Esas llamadas son una tragicomedia sin guion, un retrato a la intemperie del estado mental del país. Tras leer las transcripciones, Alejandro del Toro reflexiona: «La mayoría de políticos conocían tales cintas, pero su contenido era tan risible que parecía preferible alimentar la hipótesis de su carácter secreto y sumarial».

El fiscal fue el responsable legal —los ojos, los oídos y la voz— de informar sobre el suceso del asalto al Banco Central al ministro de Justicia Fernández Ordóñez y al fiscal del Estado Gil-Albert.

En un extenso informe para la publicación especializada *Cuadernos Jurídicos*, Del Toro apunta que su testimonio llegó a su destino —al Gobierno de Calvo-Sotelo en Madrid— el 27 de mayo de 1981.

En el documento, el fiscal incluye cuatro cuestiones y un brevísimo comentario:

> —Por qué se desobedecieron las órdenes de los GEO de tener un solo mediador y por qué no se aisló telefónicamente el banco.
>
> —Por qué el Gobierno —antes de las 12 del 23 de mayo— presumía la profesión benemérita de los bandoleros.
>
> —El general Pajuelo y el secretario de Estado Laína deberían declarar sobre el motivo de suponer que se hallaba en el Banco Central el capitán Sánchez-Valiente.
>
> —Era urgente localizar y explicar los usuarios del teléfono que empleaba el llamado Legionario Rojo.

El comentario es: «Yo interrogué a los detenidos el mismo día y aún se reían sobre su falsa condición de guardias civiles».

Restaurar los vestigios de verdad de un suceso es complicado, porque muchas veces permanecen sepultados bajo toneladas de opiniones, propaganda y vaguedades. Ya lo dijo Robert Louis Stevenson: «¡Señor, no existe algo parecido a lo que llamamos toda la verdad! De hecho, no hay nada tan evidente en la vida como que hay dos lados en una cuestión».

En muchas historias la identidad es solo una quimera. En el jeroglífico del asalto al Banco Central, la reinvención de José Juan es notoria, pero es una de tantas. En el posfranquismo fueron legión los que falsificaron su vieja identidad y trampearon su pasado. Por no perder comba y ganar en la nueva partida, por vergüenza, por pereza, por mimetizarse con el prójimo, porque sí. Como muchos en su tiempo, José Juan huyó del blanco y negro del franquismo, y pintó su vida en color. El Rubio es un buscavidas que años después sigue escuchándose explicar la versión más heroica de la historia del asalto. Pero en sus conversaciones suelta algunas

pistas. Dice: «El mejor mentiroso es el que confiesa verdades inofensivas salpicadas de mentiras», o «la versión más increíble puede pasar por verosímil si se repite las suficientes veces y las hostias no te amilanan». Son mentiras que, como un licor espeso, llegan a muchos rincones. Mentiras que anidan y crecen donde no hay luz, donde no se sabe qué está pasando. «El miedo es un arma», suelta también José Juan.

Un mediodía en la terraza del bar Xampú, en la Gran Vía de Barcelona, está tomándose un vino blanco Mateu Seguí, un tipo humanista y sabio, también abogado especializado en el movimiento anarquista. Conoce al Rubio —a la persona y a su personaje— porque lo defendió un par de veces en los años setenta y ochenta. Otro cliente suyo, llamado Pedro Sánchez Coca, le contó que en marzo de 1981 José Juan le ofreció meterse en su banda para atracar el Banco Central. Sánchez se interesó por el asunto, pero al preguntarle por los otros miembros se echó atrás. «Eran unos chapuceros. Suerte que no me apunté. Me he librado de una buena», le contó después a su abogado.

Para entender la psicología de José Juan hay que entender el contexto, prosigue Seguí. «Era un momento muy muy especial. Muy rompedor. Como en cierta forma sucedió tras la Revolución de los Claveles en Portugal, aquí se hacía cualquier cosa por romper lazos con la dictadura». Seguí no duda en afirmar que el atraco es un engaño con revestimiento político. Más allá del pragmatismo, de lo que se trata es del enamoramiento de la máscara. «Hay muy pocas personas lo suficientemente honestas para aceptar lisa y llanamente lo que hacen, sin más», reflexiona. «Y en ese ambiente muy poca gente acepta un hecho delictivo tal cual, sino que lo disfrazan de circunstancia política, como sucede en tantos otros ambientes», sostiene. «Todo el mundo quiere escribirse una biografía y todo el mundo quiere justificarla».

La pregunta que procede entonces es: ¿cómo todo un Gobierno es rehén de un acto así, hasta el punto de que el ministro Fernández Ordóñez se plantee conceder todo lo que piden los asaltantes y Rodolfo Martín Villa consulte la posibilidad de disolver el cuerpo de la Guardia Civil? Está la psicosis del golpe de febrero —con la que juegan con maestría de pícaros los asaltantes— y está, sobre todo, «el desconocimiento profundo de la realidad, de la calle», apunta Seguí. «Muchas veces hay que minimizar los hechos y no magnificarlos. Vivimos sumergidos en el reino de las mentiras, de las películas, el uso del mecanismo del miedo, de la manipulación. Y así hemos de vivir. Con lo que no se explica. Con lo que se calla. Con los engaños y las fabulaciones», reflexiona.

El concepto dominante en el suceso es el de la simulación. La impostura, real o figurada. «Son chorizos, macarras y anarquistas que simulan ser de extrema derecha. O fascistas que simulan ser chorizos, macarras», escribió en esos días el periodista Luis Carandell.

A su vez, no olvidemos que todos los gobiernos mienten, como advertía el famoso periodista de investigación Isidor Feinstein Stone, más conocido como I. F. Stone.

El Gobierno de Calvo Sotelo, humillado por un puñado de ladrones, no quiso explicarse más allá de lo obvio y enterró el asunto lo más rápido posible.

Y así vivimos, entre la desmemoria colectiva y las mentiras compartidas, entre pactos mudos, como el que se acordó entre muchos: no desenmascarar al prójimo para no ser desenmascarado. No en vano, la Ley de la Amnistía del 15 de octubre de 1977 fue también conocida para muchos como el Pacto del Olvido. La realidad y la ficción, mano a mano. En ese camino, muchos se reinventaron colectivamente un pasado antifranquista o demócrata. Un consenso sin taquígrafos ni luz alguna, labrado a pie de calle y en despachos de ministros. Sin debates ni documentos. Pero hay ciertas verdades que sí existen. Algunos fueron antifranquistas de verdad, y lucharon.

Hay cabos sueltos que llevan al corazón del enigma. Emilia Llorca era una activista vecinal de la Barceloneta en unos tiempos en que los barrios en Barcelona y muchas otras ciudades se forjaron a base del trabajo exhausto de mujeres y hombres, de familias enteras en protestas y manifestaciones para reclamar un territorio digno de ser habitado. Emilia Llorca es el nombre que los vecinos decidieron ponerle a una calle de su propio barrio, que antes se llamaba Almirant Aixada y, aún más años atrás, Almirante Isada. En esa calle de los tres nombres está el bar Sergio, el único bar que parece anclado en el tiempo, en un barrio hundido en la más esquizofrénica de las muchas gentrificaciones que vive Barcelona.

Cuatro décadas después del asalto, se llega al bar Sergio preguntando por otro local en la misma calle, un bar llamado Miguel, uno de los escenarios en que José Juan apunta que se preparó el asalto. Nada más entrar en el Sergio queda claro que es uno de esos bares de pocas palabras, lleno de hombres cabizbajos concentrados en un objetivo: seguir bebiendo.

Todo bar es un pequeño teatro donde el camarero ejerce de director. Este lo es, y al que está tras la barra le gusta conversar. Al preguntar sobre el bar Miguel tuerce el gesto, porque se enorgullece de conocer su barrio y ese dato se le escapa. Al final, entre él y un cliente llegan a la conclusión de que ese bar Miguel tenía en realidad otro nombre, pero que se le conocía por ese en referencia a alguien que trabajaba allí. Hay acuerdo sobre dónde estaba y queda claro que ya no existe. Después, al explicar el motivo de la búsqueda —el asalto al Banco Central—, el bar Sergio se enciende como una luz. El camarero empieza a recordar historias del suceso, de las que explicaba su padre, y se suman detalles que recuerdan algunos habituales de la barra. Al rato, desde el fondo de la bodega, una voz recia con unos ojos de agua rompe a hablar: «Yo conocí a Tomás Paz y a otros miembros de la banda del asalto. Era un quinqui, un pobre ladrón. Murió ya. Había trabajado de pescador, de barrendero. Y siempre se arrepintió de lo del asalto, que no le trajo más que desgracias. El resto eran también delincuentes, muchos eran de por aquí. Y te digo una cosa: el tema político fue un montaje».

La afirmación es un filón, porque el nombre de Tomás Paz, uno los asaltantes, no había sido mencionado antes en el bar. Entonces, el camarero se lanza y explica

que su padre también conocía a Tomás; otros se animan y, con ojos iluminados por la conversación, piden otra ronda. Empiezan a recordar a Tomás y luego pasan a hablar con delectación de Casa Emilio, el bar que dio refugio a José Juan cuando salió de la cárcel y se vino a Barcelona. Unos a otros se cuentan que aquello estaba lleno de anarquistas y pescadores, de bohemios sin posibles, gente con una cosa en común: odiaban a la autoridad.

Días después, en una terraza de la plaza de la Mercè, Vicens Forner, memoria andante de la Barceloneta, toma un café y dice una frase que paraliza el instante. Es un fogonazo: «En el piso de arriba del bar Emilio se preparó el asalto. Yo iba cada día a desayunar allí y al final todo se sabe».

El bar Emilio lo llevaban Evaristo y su hermano Paco. ¿Era anarquista Evaristo? «Bueno, iba contra el mundo, contra todos. Como todos aquí», dice Vicens. Después dice de ir al bar Jaica a hablar con el dueño, quien explica que Tomás Paz y José Juan también eran clientes habituales allí. «Recibían encargos y los hacían, como muchos otros en el barrio». La Barceloneta era entonces una especie de refugio para todo tipo de personas, un lugar en el que estabas a salvo «si nadie del barrio tenía nada contra ti, claro», dice Forner. Al rato se unen a la tertulia varios más, entre ellos otra de las grandes memorias de la Barceloneta, que no quiere que se revele su nombre. Habla de Christine —la mujer de José Juan, y se refiere a ella así, en francés— y recuerda que durante los preparativos del asalto, con la ilusión cegándole los dientes, el Rubio le dijo riéndose: «Si sale bien, te juro que te compro una barca».

Se improvisa una tertulia en el bar Jaica. Más allá del asalto, hablan de la verdad y de las mentiras, de los que ya no están, de los chanchullos, de los líos con la Policía. Hablan incluso de una vieja prostituta del barrio. «La siete coños», la llamaban. Se quejan después de los precios de los pisos, de los turistas, de las ganas de largarse a vivir a cualquier otro lugar, pero acaban acordándose de los que lo han conseguido y vuelven cada día al barrio a pasear.

Casa Emilio regresa a la conversación. Por allí iban regularmente pescadores, sindicalistas, armadores y gente como el humorista Pepe Rubianes, el periodista José Martí Gómez, el padre Manel —uno de los curas más queridos en Barcelona por su labor en los barrios más vulnerables de la ciudad— y abogados como Rodolfo Guerra y Mateu Seguí. Recuerdan que en la entrada del Casa Emilio había un cartel que ponía «No se habla inglés» y que la especialidad de la casa era el bocadillo de butifarra blanca. Cuentan que quien entraba por primera vez no podía distinguir quién era cliente y quién camarero, porque los hermanos Evaristo y Paco se mezclaban con los parroquianos a charlar, a comer, a beber y a discutir. Abrían antes de las cinco de la madrugada y cerraban cuando querían, y ríen juntos al recordar que en la parte central del local había una pintura enorme que representaba una pelea entre obreros en un bar muy parecido al propio Casa Emilio.

De Evaristo dicen que era un libertario correoso, de los de verdad, y que su maestro fue su suegro Antonio Navarro, el padre de Violeta, la mujer que decidió irse a vivir con Evaristo, también anarquista. En ese filo de la navaja que va entre

la muerte de Franco y los primeros pasos de la democracia —y aún años antes—, Violeta, Evaristo y su gente montaron acciones clandestinas, fueron perseguidos por la Policía y se la jugaron ayudando a muchos amigos. Entre muchos otros, en su casa de la Barceloneta acogieron a la hija de Buenaventura Durruti y también a Federica Montseny.

Algunos en la tertulia del Jaica miran aún más hacia atrás, hasta alcanzar su infancia, y hablan de cuando su familia, como tantas otras en el barrio, en los años de mayor miseria, iba al puerto con trapos para empaparlos del gasoil que se filtraba de los depósitos de los barcos. La superficie del mar era brillante y aceitosa, pura gasolina, y entonces todo se aprovechaba.

Lejos del olor a salitre, en una mesa llena de papeles, en el jardín de su casa de Collserola, desde donde se ve el mar, el abogado Javier Nart recuerda su labor como defensor de Edo Bertolín, el Bartolo, el Número Once, el único de la banda que se libró de la cárcel, ya fallecido. Y rememora otro hecho anterior que enlaza con el asalto: la fuga de La Modelo de 1978.

> Esa fuga la pudieron llevar a cabo Manuel Santín Visuña y otros cuando descubrieron que el edificio de La Modelo, muy viejo, tenía un sótano cerca de la enfermería que, ladrillo a ladrillo, se podía desmontar como un rompecabezas hasta llegar a las cloacas y huir. Entonces hacen todo el trabajo entre muchos y de allí consiguen escaparse los famosos cuarenta y cinco de La Modelo. Pues bien, algunos pensaron que ese sistema de desmontaje, que ese rompecabezas de ladrillos se podría replicar en un edificio antiguo como el del Banco Central. Pero se equivocaron, claro.
>
> Para llevar a cabo la acción del banco compraron una Black and Decker. ¡Una Black and Decker! Imagínate. En la pared del banco la taladradora se fundió como si fuera mantequilla. Tenían que haber ido con una lanza térmica. Cuando vas a hacer un atraco tienes que buscar a los mejores, pero lo que pasó es que José Juan buscó a quien pudo.

Sobre su conocimiento pormenorizado de estos hechos, Nart alega que los obtuvo por boca de Edo Bertolín, si bien este finalmente fue absuelto por el juez. Y, sobre la leyenda del Central, Nart no duda. «“El tiempo pinta”, decía el escritor Paul Bowles. Y eso le pasó a José Juan. A todos nos pasa. Pasan los días, los años, vas adornando tu figura y vas añadiendo información posterior que integras al relato anterior».

En un escenario casi opuesto, una cara ajada por el sol pide una Coca-Cola fría. El que está sentado en la terraza de un bar de barrio en Terrassa —no muy lejos de su pequeño huerto de tomates y pimientos, donde regresa a trabajar un poco más después de trabajar arreglando carreteras— es Mariano Bolívar, de la banda del Central. Tiene unos ojos negros que taladran, ojos de superviviente de mil historias que nunca contará. Pero rompe a hablar: «Yo entré en la banda unas semanas antes del asalto. Estuvimos haciendo los preparativos del asalto aquí y allá, en la

Barceloneta y en un restaurante que tenía un altillo, no muy lejos de la estación de Sants. Ahora no lo encontraría nunca. Hicimos unas comidas allí. Teníamos los planos del banco, el escrito del banco, nos organizábamos para ver quién iba dónde. La última noche, la del 22 de mayo, acabamos brindando por el atraco con Dom Pérignon y tomando farlopa».

Pero todo son ilusiones, como dicen Los Chichos.

> Cuando entramos en el banco por la mañana, nada más cruzar la puerta, José Juan ya quería hacer un agujero. ¿Sabes lo que se tarda en hacer algo así? Yo sí. En un banco con unas paredes como aquellas tienes para un mes. Es imposible. Te lo voy a decir: el problema fue que fuimos idiotas. Pensábamos que iba a ser fácil y que íbamos a escaparnos tranquilamente por las cloacas. Como lo que hicieron en La Modelo. Eso pensamos. Creíamos que íbamos a levantar la tapa y que nos íbamos a ir. Decían que estábamos poniendo explosivos, pero lo que hacíamos era intentar agujerear la pared. Picando. Cuando bajé, yo vi que no habían hecho nada. Esa pared era muy gorda. Era un búnker. El sábado a mediodía ya sabíamos que estábamos atrapados, y entonces el Rubio empezó a negociar y a camelar.
>
> Lo más duro fue cuando llegaron los GEO. Fue un momento de pánico, pero conseguimos decir que todos tranquilos, que abríamos las puertas para irnos. Ya ves. Nos pillaron a todos. El único que consiguió librarse fue el Edo Bertolín. El Bartolo. Yo salí con él por el terrado. «Tira para allá, tira para allá», me dijo al ver una puerta que daba al hotel de al lado. Para allá me fui y me llevé un poco de dinero. Lo que pasó es que nos metimos en el cuartucho de la limpieza. Era muy cuco el Bartolo. Él aguantó y se quedó, pero yo me fui. Antes escondí el dinero y le dije: «Si consigo escapar, mañana mismo alquilo una habitación en este hotel». Pero me cogieron.

Bebe un poco más de Coca-Cola y dice:

> El que me metió en lo del Central fue uno del barrio, el que murió, José María Cuevas, en abril. En 1981. Yo venía una tarde de ver una carrera del mundial de motocross, aquí mismo, en el Circuito del Vallès. A mí siempre me han gustado muchísimo las motos. Y ahí empezó la historia. José había conocido a una gente que eran atracadores y dijo de meterme. Entonces yo tenía un SEAT 1430 y pensé: «Con ese dinero me podría dar otra vida, comprarme un Renault Copa Turbo».
>
> Nos metimos de cabeza. Sin pensar. Algunos éramos entonces muy jóvenes. Los más jóvenes éramos yo y el pequeño de los Valenzuela, Jorge. Algunos ya llevaban mucho tiempo de atracadores y otros eran más mayores.

A Mariano no le gusta el Número Uno.

> El Rubio es un fantástico. Le gusta demasiado la prensa. Viviría de esto del asalto si pudiera. Pero la historia política es un cuento. Lo que queríamos era llevarnos el dinero. Vamos, robar.
>
> Tiene demasiada imaginación. Fíjate. En un programa de la tele, el Rubio dijo que

de la banda no quedaba ninguno. De mí dijo que yo me había muerto en Lloret de Mar, que me habían prendido fuego y que a mi hija la habían salvado de milagro. ¡Imagínate! Mira las cicatrices por las llamas que tengo —se levanta la camiseta y no tiene ni un rasguño—, ¡no tengo nada! ¿Tú te crees que se puede decir algo así?

El Número Uno me ha hecho mucho daño. Yo hubiera podido salir absuelto y él me acusó. Un rehén me dio la chaqueta y no se chivó. No dijo nada de mí. Y otros rehenes que también sabían que yo estaba metido no se chivaron. Me podría haber librado. En el juicio seguí con el tema, negándolo. Dije que yo estaba por allí ese sábado porque iba a comprar chocolate a un camello por la plaza de Cataluña, que fui al banco a buscar cambio para pagarle y que entonces me metieron a la fuerza. Pero el Rubio lo desmintió.

De mayo de 1981 recuerda las idas y venidas con la Policía y el loco sabor del fracaso de algo que lo obnubiló y le hizo pensar a lo grande.

Le cayeron quince años de cárcel, se quedaron en once y finalmente cumplió siete. Empezó a cumplir condena en el penal de Ocaña y cuando la acabó estaba en el de Nanclares de Oca. No quiere hablar mucho de cuando estuvo encerrado, pero al final explica dos cosas:

En Madrid, en la cárcel un grupo de etarras casi nos mata. Nos metieron en una celda con ellos y recuerdo un tío enorme que me cogió por la camisa y me gritó, empujándome hacia la pared: «¿¡Vosotros sois políticos o quién coño sois!?». Iban a por nosotros, y no nos dieron porque antes nos sacaron los guardias. No sé qué podría haber pasado.

Aquellos momentos fueron muy duros, pero nunca se sabe. Resulta que nada más salir de la cárcel conocí a mi mujer, y yo lo veía todo de color de rosa. Con ella hice una familia, y así seguimos, juntos hasta hoy.

Después, otra mañana, en ese momento antes de la lluvia, cuando la ciudad parece sumergirse en agua oscura, de regreso frente al mar, una voz que pide ser anónima revela los últimos secretos de aquel fin de semana de hace más de cuarenta años.

La operación del asalto al Banco Central nació en una celda de Carabanchel en 1978, pero creció, efectivamente, en torno a una mesa del bar Casa Emilio, en la Barceloneta. Los últimos fichajes para montar la banda —sumando a su clan familiar— los hizo José Juan entre los asiduos de ese bar, entre amistades y conocidos. Muchos de ellos sin blanca, parados, sin nada que perder. José Juan era un delincuente común, preso en Granada, donde conoció al Popi, encarcelado por subversivo. Ese fue el que le dio el recado para ir a Barcelona. Cuando quedó libre, el Rubio recaló en el bar Emilio. Allí se movía mucha propaganda y era peligroso. Piensa que una octavilla no, pero tres eran consideradas propaganda ilegal y aquello podía ser motivo de cárcel. El bar estaba al lado del sindicato portuario y allí, en los sesenta, empezaron las huelgas en los puertos. Por eso había por allí tanta gente de la CNT.

Como si fuera una lengua de plata, la voz continúa:

> José Juan se movía con un tal Soler de Perpiñán. Allí conoció a Cristina, que tenía una hija con un policía francés. Los hermanos de Cristina eran Jorge y Cristóbal, y estaba también Paco, otro cuñado, marido de su hermana. Eran un grupo de cinco. Formaron una banda y robaron por Francia, hasta que ya les tenían muy fichados y se vinieron a Barcelona. Lo que pasó es que cuando estaban en Sant Feliu de Guíxols y la mujer se trajo a la niña, vino siguiéndola el policía francés —el padre— y los denunció a la Guardia Civil. Eso dio problemas y probablemente de ahí vino alguna conexión entre José Juan y algún grupo de policías o de secretas. Eso no era tan raro entonces. Tal vez le ofrecieron ejercer de confidente, porque a partir de ese momento empezaron a pasar cosas raras: pillaron a gente de sus grupos, de sus bandas. Él se salvaba siempre, y de golpe la Policía comenzó a llegar al barrio buscando gente muy significada con la CNT.
>
> José Juan llevaba dos años con el plan del asalto metido en la cabeza. Se agenció unos planos del banco, consiguió un documento donde se explicaba cómo funcionaba la entidad bancaria por dentro, quién hacía qué. El problema es que el plano del banco resultó ser viejo, y no salía señalada la pared de piedra. El atraco hubiera ido bien si en vez de llevar unas brocas hubieran llevado una lanza térmica, que consigue fundir lo que se le ponga delante. Es lo que usan los profesionales italianos, pero no lo hicieron.

Y prosigue:

> En la planificación del asalto había una veintena de personas implicadas, algunos trabajadores del puerto. Al banco entraron más de los que se dice, pero algunos pronto no lo vieron claro y decidieron largarse en las primeras salidas de rehenes. Uno del barrio que trabajaba en el ayuntamiento y se ganaba la vida limpiando el alcantarillado de la ciudad consiguió los planos de la cloaca de la zona. La idea era sacar el dinero por la plaza de la Villa de Madrid, a pocos metros del banco, donde estaría esperando una furgoneta, de esas para llevar pescado, para huir con todo el dinero. Pero no pudo ser.

Luego, ya no hay más. La idea de la conspiración se parece a una nube de arena que se va disipando. El círculo de personas que vivieron el asalto de primera mano se cierra, pero el polvo, sucio y centelleante, permanece en el aire.

Bajo los pies, en las cloacas, el rumor del agua negra amortigua la obsesión de la pregunta: ¿quién estaba detrás del asalto? Después, desde el mar, subiendo por la Rambla hasta la plaza de Cataluña, la mirada busca, solo una vez más, la silueta del edificio que fue el Banco Central y que ahora alberga una tienda Primark. Ese último camino tiene una cadencia que dice: la ficción es fulgor y la realidad, barro.

Agradecimientos

A Tere Gallissà, la Leona del Maresme, Jordi Mas, Isabel y Ramón Mendoza, por dejarme entrar en sus recuerdos.

Al añorado maestro José María Martí Gómez, por invitarme a su casa y ofrecer todo lo que tenía y todo lo que sabía.

A Xavier Vinader, que hace unos años que se fue pero dejó un reguero de pistas.

A Pere Rusiñol, por la generosidad en compartir una agenda como la suya.

A los otros maestros José Luis Morales, Soledad Gallego Díaz, Andreu Missé, Antonio Rubio, Miguel Ángel Aguilar, Paco Mora, Nativel Preciado, Fernando Reinlein, Pancho Fernández, Diego A. Manrique, Eliseo Bayo, Ferran Sales, Joan Tapia, Gregorio Morán, Bru Rovira y Laurence Boutreaux por atenderme en persona o por teléfono.

A Juan Manuel Velázquez, por aceptarme en su despacho un día de lluvia furiosa en Donosti.

A José Juan Martínez Gómez y Josephine, por hablar largo y tendido y por los txacolís.

A Mariano Bolívar, por no cansarse de responder preguntas junto a su huerto.

A Vicens Forner y el clan de la Barceloneta, por los ratos de confidencias en el barrio.

A Mister X por abrir esa puerta y dejarme entrar hasta la cocina.

A Juan J. Alcalde, por esa larga conversación una tarde helada —y pandémica— en Collado Villaba.

A Rafael Borrás, Iñaki de El Lokal, Adrià Gual, Juan Carlos Tomasi, Imma Mora, Rafa Vilasanjuán, Iván de Santiago, Hernán de Rivera, Javier Pardo, José Luis Ochoa y a Paco y Juan Carlos Belmonte, por ayudarme a llegar a otros.

A Jaime Ros de Mora, por leerme.

A Jordi Costa, Mery Cuesta y Jorge Guerricaechevarria, por compartir las historias que saben.

A Emilio, por soñar con una editorial de crónica periodística, y a toda la familia del K.O.: Leire, Patxi y María, que van a por todas.

Al general Fernando López de Castro, por la conversación con vistas a la bahía de Roses.

A Paco del CESID y al ex comisario Paco Álvarez, por explicarme cosas en cafés y en despachos.

A Xavier Casals, Roberto Muñoz Bolaños, Iván García Vázquez y Julio Gil Pecharromán, por transmitir su pasión de historiadores.

A Alfredo Clemente y Damià Oliveres, de Comisiones Obreras, por pelear antes y ahora.

A Lluís Reverter i Assumpció Sallés, por recibirme cada uno en su comedor, y por hablar de política cotidiana.

A Mateo Seguí, por enseñarme tanto los mediodías en el bar Xampú de la Gran Vía.

A Javier Nart, por abrirme su jardín.

A Eladi Crehuet, por su memoria a fuego.

A Rosa M. Cruellas, Núria Casanovas, Dolors Rivas, Conxi Petit, Jaume del Hoyo, Ana Lázaro, Joshua Cochran, Daniel Gozalbo, Jordi Serch, Jordi Calafell y a los que trabajan en hemerotecas, archivos y bibliotecas, por su santa paciencia y por su ayuda.

A todas las personas que han accedido a hablar, a recordar, y a los que se han dejado entrevistar. Por su asombrosa generosidad, gracias.

A mis padres Cándida y Antonio, a mi bro Antonio y mi sister Mireya, la mejor banda

imaginable para crecer en esta vida.

Bibliografía

Águila del, Juan José, *El TOP. La represión de la libertad*, CPGE, Madrid, 2020.

Aguilar, Miguel Ángel, *El Vértigo de la prensa*, Editorial Mezquita, Madrid, 1982.

Aguilar, Miguel Ángel, *En silla de pista: álbum de momentos vividos en primera línea*, Editorial Planeta, Barcelona, 2018.

Alcalde, Juan J., *Los Servicios Secretos en España (1936-1995),* Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2008.

Alcántara, Pablo, *La secreta de Franco*, Espasa, Barcelona, 2022.

Amat, Jordi, *El hijo del chófer*, Tusquets, Barcelona, 2020.

Baby, Eva, *El mito de la Transición pacífica. Violencia y política en España (1975-82)*, Akal, Madrid, 2018.

Ballester, David, *Las otras víctimas. La violencia policial durante la Transición*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2022.

Bardavío, Joaquín, Pilar Cernuda y Fernando Jáuregui, *Servicios secretos*, Plaza & Janés, Barcelona, 2000.

Busquets, Julio, *Pronunciamientos y golpes de Estado en España*, Editorial Planeta, Barcelona, 1982.

Casals, Xavier, *La Transición española. El voto ignorado de las armas. Pasado y presente*, Barcelona, 2016.

Casavella, Francisco, *El día del Watusi. El idioma imposible*, Mondadori, Barcelona, 2003.

Castellano, Pablo, *Yo sí me acuerdo. Apuntes e historias*, Temas de Hoy, Madrid, 1994.

Cercas, Javier, *Anatomía de un instante*, Debolsillo, Barcelona, 2010.

Cercas, Javier, *El impostor*, Random House, Barcelona, 2014.

Cernuda, Fernando Jáuregui, Manuel Ángel Menéndez, *23F: La conjura de los necios*, Foca Editorial, Madrid, 2001.

Costa, Jordi, *Cómo acabar con la contracultura*, Taurus, Barcelona, 2018.

Cuesta, Mery, *Quinquis de los 80. Cine, prensa y calle*, CCCB, Barcelona, 2009.

Cuesta, Mery, *Humor absurdo: una constelación del disparate en España*, Astiberri Ediciones, Bilbao, 2020.

D. Joni, *Grupos autónomos. Una crónica armada de la Transición democrática*, El Lokal, Barcelona, 2014.

Elordi, Carlos, *¿Quiénes mandan de verdad en España?,* Roca Editorial, Barcelona, 2013.

Félix Ros, Juan y Domingo Santos, *El asalto al Banco Central. ¿La gran farsa?,* Ediciones Acervo, Barcelona, 1981.

Forner, Vicens, *Cròniques de L'Òstia, Barceloneta 1949-1992*, Editorial Alrevés, Barcelona, 2013.

Gallego-Díaz, Soledad, Bonifacio de la Cuadra, *Del consenso al desencanto*, Editorial Saltés, Madrid, 1981.

Gil Pecharromán, Julio, *La estirpe del camaleón. Una Historia política de la derecha en España 1937-2004*, Taurus, Barcelona, 2019.

Grimaldos, Alfredo, *Claves de la Transición (para adultos)*, Península, Barcelona, 2013.

Grimaldos, Alfredo, *La sombra de Franco en la Transición*, Oberon, Madrid, 2004.

Guindal, Mariano, *El declive de los dioses*, Planeta, Barcelona, 2013.

Heras, de las, Jesús, Juan Villarín, *La España de los quinquis*, Planeta, Barcelona, 1974.

Huertas, Josep Mª, *El plat de llenties. Periodisme i transició a Catalunya (1975-1985)*, Col·legi

de Periodistes de Catalunya, Barcelona, 2005.
Lezano, Arturo, *Madrid, 1983. Cuando todo se acelera*. Libros del K.O., Madrid, 2021.
Martí Gómez, José, *El oficio más bello del mundo*, Clave Intelectual, Madrid, 2016.
Martí Gómez, José, *Animales de compañía*, RBA, Barcelona, 2005.
Martí Gómez, José, *Los Lara*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019.
Martínez Soler, José Antonio, *La prensa libre no fue un regalo. Cómo se gestó la Transición*, Marcial Pons, Madrid, 2022.
Medina, Francisco, *Las sombras del poder. Los Servicios secretos de Carrero a Roldán*, Espasa, Madrid, 1996.
Mora, Francisco, *El Elefante Blanco*, Ediciones B, Barcelona, 2000.
Mora, Francisco, *Ni héroes ni bribones. Los personajes del 23F*, Planeta, Barcelona, 1982.
Morales, José Luís, Juan Celada, *La alternativa militar. El golpismo después de Franco*, Editorial Revolución, Madrid, 1981.
Morán, Gregorio, *El precio de la Transición*, Akal, Madrid, 2015.
Morán, Gregorio, *Adolfo Suárez, Historia de una ambición*, Planeta, Barcelona, 1979.
Muñoz Alonso, Alejandro, *El terrorismo en España*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1983.
Muñoz Bolaños, Roberto, *El 23F y los otros golpes de Estado de la Transición*, Espasa, 2021.
Quílez, Carles, *Atracadores*, Cossetania, Valls (Tarragona), 2002.
Palacios, Jesús, *El golpe del CESID*, Planeta, Barcelona, 2001.
Pardo, Iván, *El año de la desgracia*, Caligrama editorial, Sevilla, 2021.
Pastrana, Manuel y Joaquín Vidal, *En nombre de la guerra sucia*, La esfera de los libros, Madrid, 2018.
Powell, Charles, *El amigo americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011.
Preciado, Nativel, *Hagamos memoria. Políticos y periodistas de la Transición a nuestros días*, Fundación José Manuel Lara, Barcelona, 2016.
Redondo Puertas, Juan Diego, *La fuga de los 45*, Maikalili Ediciones, Barcelona, 2004.
Rubio, Antonio y Cerdán, Manuel, *El caso Interior*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.
Rueda, Fernando y Elena Pradas, *Espías*, Temas de Hoy, 1995.
Samitier Arroyos, Floreal y José Luís García Rúa, *Siempre volviendo a empezar. CNT dentro y fuera de España, 1939-2009*, Centre d'Estudis Llibertaris Federica Montseny, Badalona, 2011.
San Agustín, Arturo, *En mi barrio no había chivatos*, Comanegra, Barcelona, 2016.
Sánchez Soler, Mariano, *Los hijos del 20-N. Historia violenta del fascismo español*, Temas de Hoy, Madrid, 1996.
Sánchez Tostado, Luis Miguel. *La Transición oculta. Ni modélica ni pacífica*, Almuzara, Córdoba, 2021.
Santiago de, Iván, *37 horas de mayo*, Septem Ediciones, Oviedo, 2016.
Santos, Luís, *La prensa que se vendió*, Ediciones Carena, Barcelona, 2015.
Sotillos, Eduardo, *1982. El año clave*, Aguilar, Madrid, 2002.
Speratti, Alberto, *El asalto al Banco Central*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1981.
Tremplett, Giles, *España ante sus fantasmas. Un recorrido por un país en transición*, Siglo XXI, Madrid, 2006.
Valenzuela, Javier, *Crónicas quinquis*, Libros del K.O., Madrid, 2013.
VV. AA. Colectivo Democracia, *Los Ejércitos… Más allá del golpe*, Planeta, Barcelona, 1981.
VV. AA., *Desatado y bien desatado. Diez años sin Franco*, El Periódico de Cataluña, Barcelona, 1985.
VV. AA., *Todos al suelo. La conspiración y el golpe*, Rústica Editorial, Madrid, 1981.
Vázquez Montalbán, Manuel, *Cómo liquidaron el franquismo en dieciséis meses y un día*, Planeta, Barcelona, 1977.

Vázquez Montalbán, Manuel, *Crónica sentimental de la Transición*, Planeta, Barcelona, 1985.
Vázquez Montalbán, Manuel, *Mis almuerzos con gente inquietante*, Planeta, Barcelona, 1984.
Velázquez, Juan M., *Algunos me llaman el Rubio*, Arte Activo Ediciones, Vitoria-Gasteiz, 2016.
Wheeler, Duncan, *Following Franco. Spanish cultures and politics in transition*, Manchester university Press, Manchester, 2020.